

Lecturas
populares
de Teosofía



A. Besant

LECTURAS POPULARES
DE TEOSOFÍA

POR

ANNIE BESANT

P. S. T.



TRADUCIDAS DE LA SEGUNDA
EDICIÓN INGLESA

POR

FEDERICO CLIMENT TERRER

M. S. T.



BIBLIOTECA ORIENTALISTA Y LIBRERÍA TEOSÓFICA

DE R. MAYNADÉ

PRINCESA, 14. — BARCELONA (ESPAÑA)

1919

PREFACIO

Estas lecturas son seis conferencias que se dieron en la Residencia General de Adyar con el propósito de bosquejar sencillamente las ideas fundamentales de LA SABIDURÍA ante un público culto e instruído, pero no familiarizado con estos conceptos. Se publican con la esperanza de que lleguen a conocimiento de las personas cultas e instruídas del mundo entero, a fin de contribuir al estímulo de la pública mentalidad con las verdades necesarias para su mejor provecho. Únicamente la Teosofía puede evitar la catástrofe hacia que la civilización occidental se precipita. Ya se notan señales de que la Teosofía está realizando con éxito su benéfica misión al conducir a las nuevas naciones arias a que beban en las fuentes de la antigua civilización aria. Este libro tiene el exclusivo objeto de indicar el sendero por donde cabe alcanzar la Sabiduría. Cada cual ha de recorrer por sus propios pies este sendero.

ANNIE BESANT.

CAPITULO I

¿Qué es la Teosofía?

Tantas preguntas se han hecho en estos últimos meses acerca de la Teosofía, que tuve por conveniente permanecer aquí durante algún tiempo para dar un curso de conferencias que trataran de los principales puntos y enseñanzas de la tan traída y llevada Teosofía; y a fin de que aun los en ella profanos puedan hacerse cargo del general enlace de las ideas y del plan de conjunto de la materia que hemos de explicar en las cinco siguientes conferencias, procuraré expresarme de la más sencilla manera posible, evitando, si cabe, los tecnicismos, con objeto de que cuantos posean cierto grado de cultura y educación no tropiecen con dificultades para comprender los preliminares de este asunto. No pretendo que las gentes incultas o faltas de buen criterio comprendan la Teosofía en todos sus aspectos; mas las personas medianamente cultas e instruídas, acostumbradas a discurrir en los ordinarios negocios de la vida, no necesitarán extraordinario talento

para entender las principales enseñanzas teosóficas y coordinarlas sintéticamente. Algunas de estas enseñanzas son tan sencillas, que aun el mismo vulgo es capaz de comprenderlas y asimilárselas para guía de su conducta; pero el enlace entre unas y otras y el modo en que todas ellas constituyen una grandiosa síntesis de la Vida, es concepto únicamente asequible a quienes posean cierto grado de cultura.

La Teosofía en su actual modalidad apareció en el mundo el año 1875; pero la Teosofía en sí misma es tan antigua como la civilizada y pensadora humanidad. Se la ha conocido en el mundo con diversos nombres en todos los idiomas; y aunque nombres e idiomas difieran unos de otros, siempre tuvieron el mismo significado. El especial motivo de su reproclamación en nuestros días fueron los rápidos y perniciosos progresos del materialismo en las naciones propulsoras de la civilización mundial. A medida que adelantaba la ciencia, mayormente se extraviaba por andurriales materialistas. El calificativo de «agnóstico» había llegado a ser el característico epíteto del científico; y en aquella crítica época, bajo las especiales condiciones del pensamiento europeo, se esparció la idea de que si bien podía el hombre conocer todo cuanto cayera en el campo de observación de los sentidos y todo lo que su razón fuese capaz de inferir de estas observaciones, no poseía más allá de los sentidos y de la inteligencia ningún medio de adquirir conocimiento y relacionarse con el mundo exterior, por lo que era imposible que el hombre pudiese des-

cifrar los profundos y perennes enigmas de la vida ni saber nada de su origen ni de su fin; nada de cuanto incluían los nombres de Dios, Inmortalidad y Espíritu.

Esta modalidad de pensamiento influyó también en Oriente y en las colonias donde predominaban las ideas europeas, con amenaza de llenar el mundo entero. Entonces los Guardianes de la Humanidad consideraron oportuno proclamar las antiguas verdades en una nueva forma adaptada a la actitud y desarrollo mental de los hombres de la época; y así como antes fueron reveladas una tras otra las religiones, de conformidad con el tránsito de uno a otro desenvolvimiento nacional, así en nuestros días se volvieron a proclamar las bases fundamentales de todas las religiones, de suerte que sin privar a ningún país de las especiales ventajas que su peculiar fe le proporciona, se echara de ver que todas las religiones tienen el mismo significado y que son ramas de un mismo árbol.

Esta manera de exponer al mundo moderno el concepto religioso, era sumamente necesario e importante, porque la ciencia exponía la misma enseñanza, pero de distinto modo y con diferente fin, clasificando las diversas manifestaciones religiosas bajo el título de *Mitología comparada*. El cuidadoso examen de las reliquias del pasado, las investigaciones de los arqueólogos y paleontólogos, el estudio de las literaturas de las antiguas civilizaciones, los resultados obtenidos de las excavaciones y la científica interpretación de las inscripciones antiguas, demostraron con irredub-

tible evidencia la identidad substancial de todas las doctrinas religiosas, que sus códigos morales eran los mismos en análogas etapas de civilización, y que las vidas y hechos de sus fundadores se parecían estrictamente unas a otras. Aun las ceremonias externas, las fórmulas, ritos y sacramentos de las diversas religiones, sólo difieren en los pormenores de su ropaje y entrañan una fundamental similitud de ideas. Pero esta identidad servía de argumento a los incrédulos para combatir y desacreditar todas las religiones, diciendo que todas ellas eran fruto de la ignorancia del hombre, aunque más adelante se hubiesen refinado, y que conforme aumentase el conocimiento del hombre se descubriría la oquedad de su meollo.

Tal era la situación del mundo occidental cuando se reproclamó el antiguo conocimiento. Como la obra de la Teosofía se inició en los Estados Unidos y en Europa, fué preciso buscar en el idioma griego un nombre que expresara la antigua idea. Poco tiempo después de la primera venida de Cristo, emplearon los neoplatónicos el nombre de Teosofía que significa SABIDURÍA DIVINA, y desde entonces la usaron las sucesivas escuelas de filosofía y todos los místicos europeos, de suerte que entrañaba un significado lo bastante explícito para darlo a entender a cuantos estuviesen versados en cuestiones religiosas, místicas o filosóficas. Palpitaba en el nombre de Teosofía su vieja acepción, y las mentes cultas lo aceptaban en la totalidad de su significado.

Si nos remontamos más allá de la era cristiana, encontraremos el mismo concepto, aunque no con el nombre griego de Teosofía, sino con el sánscrito de Brahmavidyá, porque Brahma es Dios y vidyá es sabiduría. También se le dió el nombre de Paravidyá que significa Sabiduría suprema.

A un gran Maestro le preguntó uno de sus discípulos que qué era conocimiento, y el Maestro le respondió que había dos clases de conocimiento: el inferior y el superior. Todo lo que el hombre podía enseñar al hombre, todas las ciencias y artes, todo libro, aun las Escrituras y los mismos Vedas se clasificaban en el orden inferior de conocimiento; y que el conocimiento del Ser encierra toda otra clase de conocimientos; es el conocimiento superior. Este conocimiento es la Teosofía. «Y esta es la vida eterna, que te *CONOZCAN* a tí, sólo Dios verdadero.» (Juan 17 : 3.)

Contra la científica afirmación de que todas las religiones tienen su raíz en la ignorancia humana, se opone la victoriosa proclamación de que no derivan de la humana ignorancia sino del divino conocimiento. Constituyen las religiones los diversos caminos por donde el hombre anda buscando a Dios. ¿Qué es religión? Es el perpetuo anhelo del espíritu humano por el divino, del hombre por Dios. Mirad donde queráis la historia, examinad cualquiera civilización o cualquier país, id a los extremos de Oriente y del Occidente, deteneos en cualquier lugar y tiempo, y por doquiera encontraréis la inextinguible sed del hombre por Dios. Este es el grito que instintivamente brota de los labios de la humanidad. Con acierto

exclamó el poeta hebreo: «Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por tí el alma mía ¡oh! Dios.» (Salmo 42 : 1.)

Giordano Bruno empleó un apropiado símil al comparar el anhelo del hombre por Dios, con el esfuerzo del agua para encontrar el nivel de donde cayera. Así el espíritu humano anhela constantemente alzarse a la Divinidad de que procede.

Pero si en vez de limitaros a esperar, anhelar y creer, *conocéis* con tan segura convicción que nada pueda quebrantarla, no buscaréis entonces al Espíritu fuera de vosotros, sino en vosotros mismos. No os dirigiréis al científico, porque sólo podrá hablaros de las inalterables leyes de la naturaleza; ni tampoco al teólogo, porque únicamente os dará argucias cuando necesitáis conocimiento; ni al artista, porque si bien os hablará de la belleza divina, no es la belleza más que un solo atributo de Dios, pero no el entero Dios; ni tampoco os dirigiréis al filósofo, porque se contraerá a daros abstracciones. Habéis de dirigiros hacia dentro y no hacia afuera. Sumergíos sin temor en las profundidades de vuestro propio ser; buscad entre los repliegues de vuestro corazón el misterio oculto que bien vale la pena de escudriñar, y allí y sólo allí encontraréis a Dios. Pero cuando allí le encontréis, echaréis de ver que el universo entero canta su nombre y su gloria. Hallad a Dios primero en vuestro Yo y después lo veréis por doquiera.

Esta es la verdad fundamental, la Verdad de las verdades. Esta es la divina sabiduría a que

llamamos Teosofía. Esta es la proclamación en el mundo moderno de la más antigua y vital Realidad.

Por otra parte, la Teosofía nos enseña dos doctrinas capitales: primeramente la inmanencia de Dios que está en todas las cosas y en todas partes. En cualquier Escritura antigua podemos encontrar esta verdad, aunque hoy día se haya deslizado de la memoria del mundo occidental y les parezca a muchos una nueva enseñanza, extraña y rara, cuando vuelven a oirla, aunque sea desde los púlpitos cristianos. En el *Bhagavad Gítá*, que nos es tan familiar y querido, leemos:

«Porque ni de lo moviente ni de lo inmoviente nada hay que pueda existir sin Mi.» (Estancia X - 39.)

«Después de formar el universo entero con un átomo de mi Ser, sigo existiendo.» (Estancia X-42.)

Si de las antiguas Escrituras pasamos a los autores modernos, encontraremos expuesta la misma afirmación. Aún Tennyson, cuando ingeniosamente pone en comunicación su propio Espíritu con el Espíritu de Dios, puesto que «el Espíritu puede encontrar al Espíritu», dice que «el divino Espíritu está más cerca que las manos y los pies: más cerca que el aliento».

Nada sino Dios está por doquiera. Nada sino Dios en la multiplicidad de formas. El es toda conciencia, todo pensamiento, porque es el único, el solo, la Vida eterna. Está en nosotros y tal es la prenda de cuanto podemos ser, la prenda de nuestra vida inmortal. Porque ¿qué es la inmortalidad? La interminable sucesión del tiempo, edad

tras edad. El hombre es algo más que inmortal o imperecedero, pues lo que en el tiempo empieza en el tiempo ha de concluir. El *hombre es eterno*. Aquí está la fianza, la seguridad de interminable progreso. El hombre es eterno, como eterno es Dios. «El espíritu no puede matar ni morir. Porque nunca tuvo principio ni fin; ni habiendo sido dejará jamás de ser, y no muere cuando muere el cuerpo.» *Bhagavad Gîtâ* - II - 19, 20.

La muerte solo significa el desecho de una vestidura y la puesta de otra. Mientras Dios exista no puede morir el hombre.

La segunda doctrina capital está invariablemente ligada a la primera, y es la solidaridad de todo cuanto vive y existe. Si solo hay una vida y una conciencia, si Dios está inmanente en toda forma, se infiere que todas las formas han de estar recíprocamente entrelazadas. Tal es el inevitable corolario de la inmanencia de Dios: la solidaridad o fraternidad universal. Si Dios está inmanente en todo, ha de estar presente en todas partes, y el daño que se inflige a un ser se inflige a todos los seres. Doquiera hay una vida, doquiera hay una forma, allí está Dios. Nada puede quedar eliminado de la vasta solidaridad de todo lo existente, y esta solidaridad, esta vida común, es el fundamento de la moral. Todas las cosas han de tener vida en un universo donde la vida es inmanente y omnipotente. Así como la inmanencia de Dios es el fundamento de la religión y justifica que el hombre busque a Dios, así el corolario de la solidaridad universal, la unidad de vida y de conciencia, es el fundamento de toda moral.

No podéis dañar al prójimo sin daño de vosotros mismos, como no podéis poner el veneno en la boca sin que se difunda por la sangre y los tejidos y envenene todo el organismo. Así cualquier pensamiento maligno o acción delictuosa envenena a toda la humanidad sin que nadie sea capaz de prever su alcance. Sobre estas dos verdades capitales descansan la religión y la moral, y ahora las vuelve a proclamar la Teosofía.

Dijimos antes que las diversas religiones son los procedimientos que cada cual sigue para buscar a Dios, y en esto estriba la necesidad de su variedad, porque unos siguen un procedimiento, y otros otro distinto. Tenemos diversos temperamentos y tipos de mentalidad, y por lo tanto diferentes necesidades. Por otra parte, estamos en distintas etapas de evolución. Unos somos adultos y otros chiquillos. Nadie es igual. La verdad es siempre la misma; pero hay cien distintos modos de expresarla, y sin embargo ninguno la expresa con acabada perfección. Todos estos modos de expresión merecen el respeto de quienes comprenden las dos verdades capitales, y cada cual ha de seguir sin retroceso el procedimiento que mejor le convenga. Además, no podemos consentir en que se extinga ninguna de las religiones del mundo, antigua o moderna, porque cada una tiene su peculiar característica de perfección y el hombre perfecto ha de resumir en sí todas las perfecciones. No hemos de lamentar la variedad de religiones, antes bien debiéramos alegrarnos de que la verdad sea lo bastante grande y copiosa para ofrecer veintenas de diversos aspectos,

todos ellos hermosos. Cada religión tiene su peculiar mensaje, algo propio que dar a la humanidad.

Por lo tanto, la Teosofía entra en el mundo en sentido pacificador, diciendo: ¿A qué pelearos? Dios es el centro del círculo y desde cualquier punto de la circunferencia podréis llegar a él. Sin embargo, durante el camino cada cual tomará distinta dirección hacia el centro, según el punto de donde parta. Así ocurre con las diversas religiones. Todas son caminos para llegar a Dios. Quienes deseen ir a Madrás podrán encaminarse desde cualquiera de los cuatro puntos cardinales, y sin embargo todos acabarán por encontrarse en el mismo punto aunque sigan distintas direcciones.

Una antigua religión dijo:

«Por muchos caminos vienen a Mí los hombres y por cualquiera que vengan los recibo, porque míos son todos los caminos.»

Y la religión más moderna de todas dice:

«Nosotros no distinguimos de profetas. Los caminos de Dios son tantos como los alientos de los hijos de los hombres.»

No todos los hombres son iguales. Lo que a uno le sirve de alimento, a otro ni siquiera le sirve de estímulo. Dejad que cada cual tome el Pan de Vida bajo el nombre y en la forma que mejor se adapte a su temperamento. Por variadas que sean las formas de las vasijas, una misma es el agua de la fuente en que se llenan. Dejad que cada quién beba el agua espiritual en la vasija del credo que prefiera. Uno puede beber en la

preciosa ánfora griega; otro en la severa odre egipcia; tal puede servirse de la copa de oro de un emperador y cuál del cuenco de un mendigo. ¿Qué importa la vasija con tal que el agua de la bulliciosa corriente refrigere la seca garganta? ¿Por qué disputar sobre la forma y hechura de la vasija, cuando el Agua de Vida es la misma para todos?

Tal es la situación de la Teosofía en el mundo religioso. Afirma que todas las religiones son buenas, cada cual de por sí, y que de todas hemos de aprender para aprovechar sus diferencias en la ampliación de nuestros conceptos, en vez de ver en ellas enemigos de combate.

Por lo tanto, la Teosofía se presenta no sólo como una base de religión y moral, sino también como base de filosofía de la vida. porque posee los conocimientos relativos a las materias de que trataremos en sucesivas conferencias, cuando sea ocasión de hablar de las grandes Jerarquías que llenan el espacio; de los agentes visibles e invisibles; de la evolución o reencarnación [como la llamamos, por cuya virtud progresa el mundo; de la ley de causalidad, de acción y reacción o sencillamente de acción, llamada Karma, que enlaza el conjunto de verdades; y por último, de los mundos en que el hombre vive, siembra y cosecha. Estas son las enseñanzas de la Teosofía como filosofía de la vida. Además, en su concepto del mundo considera la vida en primer término y las formas en lugar secundario, porque sólo ve en las formas el resultado de las diversas experiencias y manifestaciones de vida.

Algunos científicos consideran el pensamiento, la vida y las sensaciones como resultados de las agregaciones de materia; para nosotros son, por el contrario, las causas de las agregaciones. La sabiduría divina parte del polo opuesto al en que inicia Hæckel su teoría científica de la evolución. El eminente físico Guillermo Crookes, cuando presidía la Sociedad británica para el progreso de las Ciencias, rebatió la teoría del profesor Tyndall, quien ocupando el mismo cargo veintisiete años antes, dijo que debíamos ver en la materia la promesa y potencia de toda forma de vida, mientras que Guillermo Crookes declaraba que debemos ver en la vida el moldeador de la materia. Esto mismo opina la Teosofía, pues sólo por el ejercicio de sus potencias vitales, por el pensamiento, puede el hombre dominar su destino, y en vez de ser en la corriente del tiempo una arista zarandeada de aquí para allá por los más leves soplos, puede ser su propio dueño, y con las armas de la obediencia y del conocimiento, vencer y subyugar a la naturaleza que en otro tiempo le esclavizara. Por lo tanto, desde el punto de vista filosófico, la Teosofía es idealista, porque ve en la materia el instrumento de vida y en el pensamiento la fuerza creadora y plasmante de las formas.

Después hemos de considerar la ciencia positiva que de la observación y comparación de los hechos infiere las leyes que los rigen. Del caos de los fenómenos se construye la ciencia, el cosmos de la ordenada razón. La principal discrepancia entre la ciencia teosófica y la ciencia de cátedra, es que esta última sólo estudia fragmen-

tos del conjunto, o sean, los fenómenos físicos y cualesquiera otros perceptibles al cerebro y sentidos corporales, por lo que muy a menudo son erróneas sus conclusiones. La ciencia observa con los sentidos ampliadísimos por medio de muy delicados aparatos; pero aunque sus observaciones incluyan fenómenos psíquicos, como los sueños y éxtasis, no se atreve a ir más allá de lo que se manifiesta por medio del cerebro. Algunos científicos, entre ellos Guillermo Crookes, creen en una conciencia superior a la cerebral; y Oliver Lodge ha llegado al extremo de comparar la conciencia del hombre con un buque, cuya parte sumergida en el agua sería la conciencia cerebral y el resto del casco la superior.

Pero la ciencia ortodoxa o de cátedra no admite todavía estas ideas, y es preciso que adopte nuevos métodos si ha de adelantar. Aunque la ciencia haga bien en observar, muchos de los fenómenos cuya investigación comienza en nuestros días son demasiado sutiles para observarlos con los sentidos, ni siquiera con los más delicados aparatos. La ciencia oficial es contraria a la ampliación de las perspectivas, y aunque no expulsó de sus filas a Guillermo Crookes, a pesar de sus heterodoxas opiniones, todavía mira con recelo toda investigación que se aparte de la rutina ordinaria. Pero la ciencia se porta en esto como el botánico que, al examinar una planta de loto en el estanque, se satisficiera con clasificar las puntas de las hojas que asoman por la superficie del agua, sin cuidarse de las raíces y capullos ocultos a la vista exterior.

La ciencia teosófica considera el mundo en conjunto como una manifestación del pensamiento en todos los grados de materia. La ciencia oculta sabe que hay especies más y más superiores, de materia mucho más sutil que el éter de la ciencia ortodoxa, que se interpenetran mutuamente y constituyen el vasto universo, que en tal concepto es todo él material, y se le puede observar, examinar y comprender. El hombre no está en modo alguno limitado al mundo físico. La Teosofía afirma que la raza humana ha llegado a un punto de evolución en que algunos de sus individuos, mayormente desarrollados, pueden valerse de nuevos sentidos para observar los fenómenos de la materia sutil y descubrir así las leyes que los rigen. Las facultades mentales y de percepción no tendrán tan sólo por instrumento los cinco sentidos ordinarios, sino también otros más agudos, sutiles y sensitivos. Con estos nuevos sentidos, la ciencia será capaz de ampliar sus investigaciones y servirse de sus peculiares procedimientos de observación y raciocinio en un más dilatado campo, para inferir sus conclusiones con mayor copia de datos.

Las observaciones ya efectuadas con estos más sutiles sentidos, por quienes los han desarrollado, no han de admitirse por ciertas sin que reciban comprobación; pero sí cabe valerse de ellas como de hipótesis para ulteriores investigaciones.

Cada ciencia tiene sus profesores y sus discípulos de estudio. Si un individuo se presenta a un astrónomo para que le enseñe astronomía, le preguntará: «¿Sabe usted matemáticas?» y si no

las supiera, le aconsejaría el astrónomo que las aprendiese como preparación al estudio de la astronomía.

Un marino puede navegar valiéndose del *Almanaque Náutico* y de las tablas de logaritmos, aunque sea incapaz de construir unas por sí mismo; pero de este modo no podrá conocer, sino tan sólo admitir la probable verdad de las afirmaciones de la experiencia.

Asimismo ocurre con los resultados de la Teosofía. Únicamente pueden comprobarlos quienes han seguido los necesarios estudios preparatorios; pero cabe utilizarlos como insinuaciones para la investigación.

En todas las ciencias es preciso que el estudiante esté aprobado para emprender su estudio; y además, ha de tener el tiempo y aptitud necesarios si quiere conocer la ciencia de primera mano, pues, de lo contrario, habrá de contentarse con aprenderla de quienes la conocen por haberla estudiado. Todas las ciencias dicen: «Podéis conocerme si os aplicais con tiempo y paciencia a mi estudio y tenéis capacidad congénita.» Las condiciones difieren según la ciencia. El botánico debe tener dotes de observador; el músico la delicadeza de tacto y oído; y así de las demás. Lo mismo sucede con la ciencia oculta. Si queréis estudiarla provechosamente en los mundos sutiles, debéis purificar vuestros cuerpos físico, astral y mental, porque debéis poseer instrumentos puros para la superior investigación. La lente sucia en el telescopio o en el microscopio ensuciará la imagen, y los pensamientos y

deseos impuros anublarán la visión del investigador. El impuro no puede descubrir ni examinar ni introducirse en los mundos superiores.

En resumen, brevemente bosquejada, es la Teosofía la divina Sabiduría respecto de la religión, la filosofía y la ciencia. En cada uno de estos ramos tiene la Teosofía mucho que enseñar, y algunas nuevas, vívidas e inteligibles ideas que ofrecer a cuantos quisieren comprenderlas. En religión da las bases de la religión y de la moral. En filosofía resuelve los enigmas de la vida, que siempre conturbaron el cerebro de los pensadores, con quebranto de sus corazones. En ciencia, abre nuevos caminos al conocimiento. La Teosofía explica la vida, justifica las diferencias sociales entre los hombres e indica el medio de entre-sacar nuevos hechos del inagotable almacén de la naturaleza.

También la Teosofía da fundamentales normas de conducta aplicables a la vida humana, y levanta grandes ideales que conmueven el pensamiento y el sentimiento, para redimir poco a poco a la humanidad de la miseria, la aflicción y el pecado, que son frutos de la ignorancia, causa de todo mal. Sobre el afligido mundo planea nuestra «afligida Estrella», como se la ha llamado, a través de las luchas de los partidos, de las querellas entre las naciones, las contiendas sociales, la miseria del pobre, la desesperación del sin trabajo, los gemidos de las desconsoladas viudas y de las jóvenes seducidas y abandonadas, y los vagidos de la infancia desvalida. Sobre todos estos infortunios, proclama la Teosofía que el na-

tural e inevitable destino del hombre no es la miseria, sino la dicha. La miseria proviene de la ignorancia, y el mismo origen tiene la pobreza; pero ambas condiciones externas son transitorias y se desvanecen cuando aumenta nuestro conocimiento.

El interno espíritu del hombre es eterno y esencialmente feliz, porque Dios es felicidad, y todos participamos de la divina naturaleza. Las condiciones externas, las establecerá cada cual según su conducta, y la miseria desaparecerá de vuestra vida cuando sepáis invertir la ignorancia en conocimiento. Nosotros nos fabricamos nuestras propias miserias y destruimos lo que hemos creado. Sois vástagos de Dios y podéis dominar el mundo interior, porque el Espíritu acaba por ser dueño de la materia. La felicidad y el gozo son nuestra natural vida. Habéis nacido en el seno de la felicidad y os sumís temporáneamente en la miseria, tan sólo para aprender lo que el gozo no puede enseñar, y restituir a la felicidad que es vuestro inalienable patrimonio. Tales lo que alegremente proclaman los mensajeros de la divina Sabiduría. Vuestras tribulaciones, hijas de la ignorancia, desaparecerán ante la Sabiduría, porque el gozo es peculiar de la íntima naturaleza de que todos procedemos y a la que todos hemos de volver.

CAPITULO II

La Escala de Vidas

Voy a tratar del primero de los puntos especiales en que he dividido el amplio estudio de la Teosofía, y lo titulo: «La Escala de Vidas». Me propongo discurrir sobre lo que la ciencia llamaría el plan de evolución; pero este plan es mucho más vasto desde el punto de vista de la Teosofía, que desde el de la ordinaria ciencia de Occidente, la cual, apoyada en la observación de los fenómenos, parte del punto medio de la evolución, y por lo tanto, necesita una fuerza motora que haga posible la evolución, un razonamiento que explique su método y significado. La ciencia oculta, mucho más amplia, abarca el conjunto de la vasta serie de mudanzas que empiezan en el descenso del Espíritu para incorporarse en la materia, y traza la evolución de las formas a lo largo de etapas de siempre creciente belleza, complejidad y amplitud, de modo que en todas se descubre la evolución de la vida en ellas involucionada. A estas etapas o grados las llamo «La Escala de Vidas.»

Las vivientes formas ocupan sucesivos peldaños de la escala, desde el mineral hasta el trono del mismo Logos. Es una verdadera Escala de Jacob, con el pié hundido en el lodo de la tierra y su tope perdido en la gloria divina. Las Jerarquías de todo lo viviente son los peldaños de la escala, desde el polvo hasta el potísimo arcángel. Una de estas Jerarquías es la humana, situada en un peldaño algo elevado de la escala. Más adelante estudiaremos el método de ascender por ella.

Es evidente que en ésta como en todas las ciencias debe haber ciertos conceptos capitales, ideas madres de vital eficacia, que pueden desglosarse del copioso caudal de pormenores que invaden los pensamientos dominantes, a fin de exponer éstos con toda claridad ante la mente de quien desee ejercitar algo la paciencia y sostener su pensamiento. Por otra parte, hay abundancia de pormenores que invaden los conceptos capitales, y para dominar dichos pormenores se requiere dedicar toda una vida a una pequeña porción de ellos. Exactamente lo mismo sucede en las enseñanzas teosóficas. Hay ciertos conceptos capitales relativos a la evolución, que me propongo exponeros con la esperanza de que este bosquejo despierte en vosotros el deseo de mayor conocimiento, solo asequible por estudio individual. Trazaré el bosquejo y vosotros le añadiréis por el estudio cuantos pormenores hagan inteligible cada una de sus partes, pues en el corto radio de una conferencia no fuera posible exponer pormenores indefinidos en número y de casi infinita complejidad. A lo sumo podré trazar las líneas

generales para vuestra guía, ya que en una conferencia popular sólo cabe bosquejar las ideas capitales y exponer ante vuestras mentes uno tras otro ciertos conceptos claros y definidos. Ninguna conferencia puede substituir al estudio. Quienes sólo aprenden lo que oyen en las conferencias, no poseerán nunca más allá de un conocimiento superficial del asunto. Únicamente el estudiante dominará las dificultades de un tema por individual y vigoroso esfuerzo. De aquí que una vez cumplida mi tarea, os queda la vuestra por hacer. Si los conceptos os parecen fascinadores, como nos han parecido a muchos de nosotros, debéis estudiarlos para hacéroslos reales.

Así pues, tratemos de estudiar el concepto del sistema solar, un concepto básico del aspecto material del mundo. Por decirlo así, trazo un círculo en cuyo interior está el universo de discurso, como dicen los dialécticos. Mi universo de discurso es nuestro sistema solar del que no podemos salir. Tanto la Naturaleza como nuestra propia vida permanecerán siempre incomprensibles a menos que tengamos en cuenta otros mundos distintos del físico, y los conceptos teosóficos serían también incomprensibles si los contrajéramos al mundo físico en que vivimos, porque este mundo físico está interpenetrado y entretejido con otros mundos en los cuales vivimos todos continuamente. El hombre no es ciudadano de un solo mundo sino que en las primeras etapas de su evolución lo es activamente de tres y pasivamente de más de tres.

Imaginémonos el sistema solar como una es-

fera o un ovoide, como una vasta, pero circunscrita porción de espacio, llena en un principio (antes de que los planetas existiesen) de una tenue materia homogénea, ⁽¹⁾ o sea la materia del espacio interestelar. Dentro de este gran círculo del sistema solar, el creador, conservador y regenerador poder de Dios guía a sus criaturas desde el polvo hasta la cima de la divinidad. Allí está nuestra Escala de Vidas, por la cual, si quiera en pensamiento, vamos a ascender.

La materia de nuestro sistema, con sus diversas densidades, es efecto del primer acto creador operado en la homogénea materia del espacio, y este acto creador prepara el Campo de Evolución, como a veces le he llamado. Ahora bien, según sabéis por experiencia, la materia existe en el mundo físico en varias formas o estados. Supongamos que tengo una naranja en la mano. La materia sólida son la corteza y los gajos; la materia líquida es el zumo; y aunque no podáis ver el aire, que es la materia gaseosa, sabéis que está allí interpenetrando las sólida y líquida, y también sabéis que a las tres las interpenetra el éter. Análogamente, si yo pudiera sostener en la mano el sistema solar, como una pelota, veríamos en él estos estados de materia interpenetrándose uno a otro. Por doquiera materia física interpenetrada por otra más sutil, que es respecto de ella lo que la líquida respecto de la sólida; y la materia más sutil que la física está a su vez interpenetrada por otra de mayor sutilidad todavía,

(1) Homogénea para nuestras limitadas facultades perceptivas.

como la materia física gaseosa respecto de la líquida y el éter de la gaseosa. Aquí damos nosotros un paso hacia adelante, que la ciencia aún se está preparando para dar. La ciencia admite la existencia del éter como necesaria hipótesis para explicar la transmisión de la luz, calor, etc.; pero no lo subdivide todavía en varios grados de densidad. Estudia la ciencia las modalidades del movimiento etéreo y les da diversos nombres, como fuerzas o energías naturales. Reconoce que hay diferentes modalidades de movimiento, pero no que se efectúen en diferentes densidades de materia etérea. El éter *tiene* densidades tan diferentes como la del sólido respecto del líquido, que producen lo que llamamos electricidad, luz, calor, sonido, etc. ⁽¹⁾

Hay una densidad de éter cuyo movimiento es la clase de electricidad que acciona los tranvías, y cuyas vibraciones matan el cuerpo humano. En esta misma clase de éter hay vibraciones sonoras que levantan en el aire las ondas acústicas. Otra densidad de éter se manifiesta en las vibraciones luminosas que nos permiten ver los objetos. Hay, además, otras densidades de éter que producen las cortas y suaves ondas de las más sutiles formas de electricidad; y todavía hay una clase de éter más fino y sutil, que es el medio transmisor del pensamiento, de uno a otro cerebro. La materia, en estados que mutuamente se relacionan, como son los en que de ordinario está en nuestro

(1) No olvido que la ciencia llama sonido a las vibraciones del aire, pero estas son secundarias.

mundo, llenaba todo nuestro sistema solar en potentes e interpenetradas esferas, antes de que existiesen los planetas. Todas estas esferas son materiales y perceptibles por órganos sensorios que estén compuestos de los mismos elementos que ellas. Por lo tanto, si consideramos este sistema solar formado de materias de diversos grados de densidad, todas las investigaciones sobre la naturaleza de la materia, sobre la naturaleza del átomo, no solo en el mundo físico sino en las demás esferas, habrán de efectuarse por medio de órganos e instrumentos adecuados. Aquí nos encontramos con la interminable complejidad de pormenores para cuyo acabado estudio se necesitarían muchas vidas.

Pero ¿cómo vino a la existencia esta materia de diversas densidades? Según la teosófica opinión de que la vida es primaria y la materia secundaria, la vida divina constituye la energía motora de cada átomo de materia del sistema solar. La primera gran Oleada de Vida difundida por el oceano de materia interestelar dimanó de Dios, como diría el cristiano; del tercer Logos, como dirá el teósofo; de Brahmá, como dice el induista; del «Espíritu de Dios que se movía sobre las aguas,» como afirman los hebreos; del Creador, como aseguran los musulmanes. Podemos imaginarnos la Oleada de Vida a la manera de un potente círculo que rodando descendiera del cénit al nadir y ascendiera del nadir al cénit. Esta gran Oleada de Vida brota del mismo Logos, y estremeciéndose por todo el sistema solar se quiebra en infinidad de fragmentos, (como la corriente de

agua al caer en un precipicio se quiebra en miriadas de gotas) que se convierten en los vivientes átomos de materia. No hay un átomo, una partícula de materia, que no tenga la vida de Dios por vida propia. Nada hay muerto. La gran Oleada que rueda por el oceano de materia homogénea la cristaliza, como si dijéramos, en átomos, y es el Espíritu de toda partícula de materia. De esta materia viviente están constituidos los mundos. A lo que la ciencia llama espíritu-materia lo llamamos nosotros el Espíritu manifestado. No hay ni una partícula que sea únicamente material; no puede el Espíritu manifestarse sin la materia por vehículo. La materia es el necesario vehículo de manifestación del Espíritu, de modo que Espíritu y materia son el primer par o dualidad, y no puede existir uno sin la otra, porque la Vida divina sólo es Espíritu cuando anima a la materia.

Este es el primer acto creador, la primera Oleada de Vida. Luego de formados los átomos, los cohesiona y construye los numerosos agregados de los diversos tipos de átomos a que en nuestro mundo físico llamamos elementos, ⁽¹⁾ y son los materiales básicos de la construcción de todas las formas.

Conviene advertir que los más eminentes científicos ya empiezan a reconocer la vida en toda materia y nos hablan de las «enfermedades» y de la «fatiga» de los metales, así como de su suscep-

(1) Véase *Química oculta*, para los pormenores relativos a esta construcción en el mundo físico.

tibilidad a los venenos y ponzoñas. Se ha demostrado que en los metales y las plantas responde la vida a estímulos análogos a en los animales y el hombre. He presenciado en Londres los experimentos con que el insigne químico indio Dr. Jagadish Chandra Bose demostró la respuesta de los metales y plantas al estímulo, y en la conferencia dada en Londres ante un auditorio de científicos, terminó diciendo que se había limitado a comprobar experimentalmente la capital verdad proclamada millares de años antes por sus antepasados al cantar en los Vedas: «Únicamente hay una Vida, aunque los hombres le den diversos nombres.» Esta Vida única se difunde por el universo y anima la materia de que están hechas todas las formas. Tal es el primer concepto fundamental que se ha de comprender y recordar, pues nos presenta al Logos como el Constructor, el Gran Arquitecto del universo.

Del mismo Logos en su aspecto de constructor y sustentador de las formas, o sea del segundo Logos, como decimos los teósofos, o de Vishnu, como dicen los induistas, dimana la segunda gran Oleada de Vida, que también rueda del cénit al nadir y dota a la materia de características o cualidades que la capacitan para responder de diversos modos a los diferentes estímulos externos; de suerte que una clase de átomos con sus agregados responde especialmente a los cambios de pensamiento, otra clase responde a los de emoción y deseo, etc. En su descenso hacia el nadir, infunde la Oleada de Vida las diversas potencias en cada átomo y sus agregados, hasta que llega

al nadir o punto inferior de su enorme círculo, y después asciende del nadir hasta el cenit. Durante este ascenso, la Oleada de Vida construye las formas con la materia ya dotada de las cualidades que le comunicó durante el descenso, o sea, las de reordenarse interiormente al contacto de los estímulos externos. Dichas formas son las mineral, vegetal y animal, y por último la animal-humana. En el descenso del cenit al nadir, la segunda Oleada de Vida comunica cualidades a la materia, y durante su ascenso del nadir al cenit construye las formas. Tal es el segundo concepto fundamental que nos presenta al Logos como el Supremo Artífice, y si consideramos que siempre opera por número y medida, se nos revelará como el gran Geómetra del universo. (1)

Vengamos ahora a la tercera y última gran Oleada de la Vida. El Campo de la Evolución está constituido por cinco esferas o planos, y más allá de ellos, en enrarecida y sutilísima materia, con inimaginable esplendor de radiante Vida, en la suprema esfera, mora en la perfección de su peculiar naturaleza el Señor del sistema, a quien los induistas llaman Ishvara, el Señor velado e inmanifiesto. En la segunda esfera refulgen sus aspectos, sus manifiestas energías, a las que llamamos Logos, de quien proceden las Oleadas de Vida. La primera vivifica la materia, la segunda construye las formas y la tercera procede del aspecto o energía Regeneradora. En esta elevada esfera, nada puede vivir sino Dios y

(1) Dice Platón que Dios geometriza.

en El están las semillas de la Divinidad, partículas de sí mismo o emanaciones ⁽¹⁾ que han de ser espíritus humanos en las rúpicas esferas del campo de la evolución, irradiando del seno del Padre, pues los mundos se construyen con objeto de que dichas semillas de Divinidad se vayan desarrollando sucesivamente en las múltiples formas de los diversos reinos, hasta que aparezcan como triunfantes hijos de Dios y reflejen el esplendor de que proceden. Se ha dicho en Oriente: «Tu eres Brahman». Se ha dicho en Occidente: «Sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial.» La esplendidez del objeto de la evolución humana llega a tanto, que el hombre es una simiente divina sembrada en el suelo de la tierra para crecer hasta semejarse a Dios.

La tercera gran Oleada de Vida está constituida por los espíritus humanos que irradian del seno del primer Logos, del Padre, a fin de animar y servirse de los cuerpos preparados para ellos durante la prolongada evolución de la forma en el transcurso de los siglos, en lento ascenso del mineral al vegetal, del vegetal al animal y del animal al hombre-animal. Por último, alborea el día en que los Espíritus humano-divinos, tras larguísima espera de advenimiento, cobijan las formas para ellos preparadas, aunque todavía no pueden influirlas, ni guiarlas, ni regirlas. Constituyen estos Espíritus humano-divinos, la tercera gran Oleada de Vida derramada por los

(1) No es palabra ésta muy adecuada a quienes moran siempre en el seno del Padre.

mundos. Tal es el tercer concepto capital. Del Altísimo desciende la oleada a las formas dispuestas para recibirla.

Así, pues, la primera Oleada de Vida constituye la materia. La segunda Oleada de Vida la dota de propiedades y construye las formas. La tercera Oleada de Vida lleva en su crestería las partículas de Divinidad que han de animar las formas y convertirlas en tabernáculos dignos de Dios.

Imaginémonos una alegoría de estos conceptos. El Espíritu Santo, la tercera Persona de la Trinidad cristiana, el Brahmâ de los induistas o el tercer aspecto del Logos según los teósofos, puede compararse a un río cuyo caudal se diversifica en gotas por el mismo ímpetu de su caída. Así la Vida de Dios se derrama y difunde en átomos por El animados. La Vida de Vishnú, la segunda Persona de la Trinidad cristiana, la Sabiduría, construye las formas, «ordena poderosa y suavemente todas las cosas». La primera Persona de la Trinidad cristiana, el Padre, el Shiva o Mahâdeva de los induistas, el Liberador, derrama los Espíritus humanos.

Prescindiremos en adelante de la primera oleada o efusión de Vida, procedente del aspecto creador del Logos, porque el estudio de sus pormenores exigiría muchas vidas, según apunté al principio. Pero en cambio, consideraremos la segunda efusión en cuyo trayecto ascendente se forma la Escala de Vidas, por la que todos hemos de subir y hemos subido ya algunos peldaños en espera de recorrerlos todos.

Ya hemos visto que la segunda Oleada de Vida dota a la materia de cualidades características y comunica a sus compuestos y agregados la aptitud de responder a diversas modalidades de conciencia. En las tres esferas inferiores tenemos en primer lugar lo que Clifford, adelantándose a su época, llamó «materia mental», o sea, la capaz de vibrar en correspondencia con las variaciones de pensamiento, y después hay también la materia cuyas vibraciones corresponden a las modalidades emotivas de sensación, sentimiento, pasión y deseo. La ciencia moderna no reconoce estos dos tipos de materia. Más abajo todavía, yendo de la esfera de los deseos a la esfera física, tenemos nuestro mundo físico, donde la materia está ya evolucionada hasta el punto de responder por medio de una acción externa a las incitaciones del pensamiento y del deseo. A cada alteración de la conciencia, sea mental o emotiva, corresponden otras alteraciones de vibración en el vehículo físico; porque el cambio de conciencia y la vibración de la materia están inseparablemente relacionados.

La grandiosa obra de la construcción de cuerpos empieza en las piedras, metales y demás materia generalmente llamada inorgánica, que constituye el reino mineral. La corteza terrestre abunda en yacimientos minerales, en donde se inician los esfuerzos de construcción. Después vemos los cristales, que denotan mayor pujanza de la organizadora vida, y por sucesivas etapas llegamos a los cristaloides hallados en algunas plantas, más plásticos que los cristales y de índole inter-

media entre el mineral y el vegetal. Luego vemos el reino monista, que sin ser vegetal ni animal, subyace en la raíz de ambos, y del que arrancan las dos grandes evoluciones de los reinos vegetal y animal. Algunos individuos del reino vegetal, como los árboles florestales, están más adelantados en la evolución que muchas formas de la vida animal.

En el reino mineral se ha de excitar violentamente la grosera materia de sus formas, para que responda la vida del interior. Los terremotos levantan la corteza terrestre, los volcanes vomitan lava y el mar azota las peñas y desmenuza las rocas hasta pulverizarlas en finísima arena. Este violento trato tiene por objeto provocar una respuesta de la vida durmiente en las densas formas del reino mineral. En la Edad Media dijo un sabio instructor sufi: «Dios duerme en el mineral.» Y en efecto, la vida no está en él todavía dispuesta a volverse hacia el exterior ni a mirar a través de su envoltura, por lo que tan violentos contactos propenden a despertar al durmiente Espíritu.

El reino mineral nos ofrece muchos grados de crecimiento y adelanto. Cuando el imán atrae al hierro dulce o repele a otros metales, en sus débiles estremecimientos de la primaria atracción y repulsión tenemos indicios de lo que más adelante se manifestará como amor y odio. Lo interior ha respondido a la excitación del exterior. Esto mismo vemos por doquiera, y cuanto más detenidamente lo estudiamos, más claro aparece el resultado.

Tras innumerables edades de análogas y repetidas impresiones, las partículas de materia viviente dan irrefutable prueba de responder desde dentro al estímulo del exterior.

Durante largo tiempo creyeron los científicos que la vida y la conciencia provenían de la materia; pero últimamente han mudado de parecer al convencerse de que la función crea el órgano y no el órgano la función. Si examinamos un fragmento de materia viviente, de protoplasma, tal como la ameba, no le encontramos boca para comer, ni ojos para ver, ni pulmones para respirar, ni corazón que impela por el cuerpo la sangre, ni manos para prender, ni piés para caminar. Sólo hay ansia, deseo, y el deseo va organizando la forma a medida que a tientas busca su propia satisfacción. Dicen las Escrituras antiguas: «El Atmá desea ojos para ver, oídos para oír y mente para pensar.» La boca fué formada por el deseo que de alimento tenía la vida interior. El deseo existía, y el cuerpo empezó por adherirse al objeto del deseo y asimilárselo por contacto. La continuada repetición de este acto, formó por fin una hendidura, una cavidad bucal con un conducto para el paso a través del cuerpo, y así se fué organizando gradualmente el tubo digestivo con toda su complejidad derivada del simple deseo de vida.

De análoga suerte, la viviente materia deseó moverse y puso una pequeña parte de su cuerpo en la deseada dirección, empujándolo por ella, hasta que repetido este acto innumerables veces en miríadas de ejemplares dió origen a la pierna y el pié para la locomoción.

A medida que la materia se fué ductilizando, se modelaron los necesarios órganos con mayor aptitud para responder a las inherentes exigencias de la vida. La «voluntad de vivir», de que habla Schopenhauer, es el móvil de la evolución y significa la voluntad del Espíritu para construirse un vehículo y modelar los órganos convenientes a su expresión, según se va explayando la vida.

Así, por ejemplo, una corriente de vida desarrolla las hierbas, los arbustos y los árboles. En estos últimos, vemos aparecer los primeros albores de la conciencia mental. La constante repetición de las estaciones allega un prolongado estímulo, año tras año, que al fin produce una remembranza de pasadas experiencias análogas, de la que nace una expectación del próximo número de frecuentemente repetidas series. Empieza a apuntar la memoria, y cuando un ser vivo recuerda algo del pasado, inevitablemente empieza también a esperar lo venidero. Las experiencias del árbol se repiten año tras año, estación tras estación, en un ciclo que abarca la subida de la savia, la brotación de las hojas, el calor solar, el baño de la lluvia, las alternativas de luz y oscuridad, calor y frío, la resistencia de ramas y raíces al viento y las tormentas, la bajada de la savia y el periodo de inactividad en el rigor del invierno. Todo esto repetido durante siglos despierta en el árbol los incipientes signos de memoria y expectación, es decir, el alborio de la conciencia mental.

Así los botánicos nos hablan de la vista de las

creciendo y le hace feliz; y más tarde, cuando su bondad aumente, se la llevará al mundo celeste para transmutarla en una cualidad moral con la que vuelva a la tierra. Cada vez que renace trae consigo una creciente tendencia a vacilar antes de matar, a reconocer que el matar es injusto, en cuanto le representen la maldad de la acción. Así es como en el transcurso de gran número de vidas se va civilizando y puede ya vivir en una tribu cuya ley respeta en justicia, como límite y restricción de sus actos. Ha cosechado el fruto de la experiencia y se lo ha asimilado, incorporando en su conducta los materiales que acumuló. Vida tras vida sigue progresando hasta llegar al grado de evolución en que nacen hoy muchos de nuestros hijos. La gran diferencia entre nuestros hijos y los del salvaje está en que los nuestros comprenden las enseñanzas morales que les damos y los del salvaje no las comprenden. He presenciado el caso de un niño salvaje a quien una misionera salvó de la matanza de los habitantes de su poblado, llevándosele a Inglaterra, donde fué incapaz de aprender las más elementales ideas de moral a pesar de las enseñanzas que se le dieron y del moral ambiente que lo rodeaba. Nada había en él que pudiese responder a los esfuerzos y evocaciones de su instructora.

Cierto es que algunos salvajes son degradadas reliquias de una pasada civilización muy superior a su actual estado, almas algo más viejas y por lo tanto capaces de responder aunque limitadamente a una insinuación moral. En cambio, si a vuestros hijos les enseñáis que está mal hecho

el apoderarse por fuerza del juguete del hermanito pequeño y débil, lo comprenderán desde luego. Decís entonces que tienen conciencia; pero no por don de Dios, sino resultante de la experiencia, porque han traído con ellos la cosecha de su pasado, el sentimiento de lo justo y lo injusto, la tendencia a aprobar o condenar, y de esta tendencia os aprovecháis, pues no se trata de almas recién nacidas, sino que han pasado ya por muchas existencias. El hijo del hombre culto trae consigo al mundo un carácter determinado según podrá observar quien frecuente el trato de los niños. El carácter es como el acopio con que cada cual comienza su presente vida, y el hombre civilizado comprende la razón de que no es lícito matar ni robar al prójimo. Así sucesivamente, en cada vida adquiere mayor conocimiento y es más prolongada la vida de ultratumba. Cuando el hombre ordinario muere, ¿qué cosecha se lleva para utilizarla en el otro mundo? Los errores que haya cometido le causarán sufrimiento, y tal es la base de cuanto se dice del terrible infierno. Una vez depurados los errores pasará al mundo celeste acompañado de sus buenas acciones, como joyas engarzadas en su corona. Se lleva al mundo celeste todas sus generosas aspiraciones y esperanzas, todo lo noble, bueno y elevado, cual semillas de las cualidades que ha de nutrir y desarrollar, de la propia suerte que la belleza de la estatua labrada por el escultor en el témpano de mármol, depende conjuntamente de las propiedades del mármol y de la habilidad del escultor. El mármol es la experiencia que el hombre se lleva

plantas, que las capacita para escoger determinados lugares de absorción y crecimiento. Sin embargo, el tipo o modalidad de conciencia en el reino vegetal es distinto y muy inferior al del reino animal. Los dos órdenes de conciencia en el vegetal y el animal existen paralelamente, pudiendo suceder que la conciencia llegue en el reino vegetal a un nivel lo bastante elevado para que, al pasar al reino animal, no entre en las formas inferiores sino en las algún tanto superiores de la escala zoológica. Supongamos que el ascenso en el reino animal fuese sucesivo, (aunque no lo es, como también demuestra la *Genealogía del hombre*, de Haeckel) porque esta suposición en nada contraría nuestro argumento. Cuando un ser viviente goza de la facultad de trasladarse de un punto a otro, se acrecientan considerablemente sus ocasiones de adquirir experiencia, pues en este caso se pone en contacto con los objetos externos sin limitarse a responder a los impulsos que eventualmente le sobrevengan, por lo que su «perceptibilidad» se desarrolla más rápidamente y en mayor grado. La lucha por la existencia y la tremenda porfía que existe por el alimento en la naturaleza, desarrollan en el animal las cualidades que le sirven para la crianza y protección de sus pequeñuelos. A través de sus múltiples vicisitudes de cazar y ser cazado, desenvuelve la sagacidad, la astucia, la agudeza, la valentía, la defensa propia, y aun a veces cualidades superiores que lo capacitan para ingresar en el reino humano, si bien al llegar a la etapa de la vida en que aparece el animal-hombre, necesita y

le falta todavía algo para la verdadera humanidad.

La tercera Oleada de Vida, el descenso de los Espíritus que esperaban tomar habitación en las formas para ellos preparadas, constituyen entonces el animal-hombre. Estas formas son naturalmente rudas y groseras al principio, pero a propósito para los primeros esfuerzos del incipiente Espíritu que ha de evolucionar en el hombre, desde el estado salvaje hasta el divino. Se halla ahora en el primer peldaño humano de la Escala de Vidas, y empieza a manifestarse la Jerarquía del Hombre. Pasará gradualmente del estado salvaje a otro de incipiente civilización para ir ascendiendo etapa por etapa a los estados superiores.

Aquí nos encontramos con el siguiente problema: ¿Cuál es el método de este progreso? No hay razón aparente para que el salvaje haya de pasar de su estado al de civilización, ni tampoco para que una civilización llegada a un alto grado haya de disolverse y caer en el salvajismo. Sin embargo, así ocurre, y alguna causa ha de haber para ello, según veremos en otra conferencia.

Consideremos ahora las principales etapas del desenvolvimiento de la conciencia que señalan los peldaños de la Escala de Vidas ocupados por la Jerarquía del Hombre. Las indicaremos tan sólo en amplio bosquejo, pues cada etapa abarca infinidad de pormenores. Las etapas son cuatro, según las describe Patañjali, y el lector podrá hallar cada tipo entre las personas de su trato.

1.^a La mente está lo bastante desarrollada

para percibir, pero de continuo muda el objeto de atención. Primero le atrae una cosa que después le cansa y pone su única complacencia en otra y así sucesivamente. Es el estado infantil de la mente en su largo desenvolvimiento, que se adhiere ansiosa a cada nuevo juguete. Patañjali la llama «mente-mariposa» porque revolotea de objeto en objeto como la mariposa de flor en flor, aleteando en el aire sin que ningún propósito definido guíe su vuelo. Tal es la mente infantil de muchos adultos, despierta para el mundo circundante, pero no sujeta todavía a la obediencia del Espíritu, su verdadero dueño.

2.^a La mente infantil se convierte en mente juvenil, llena de briosas emociones. Ya la atraen los ideales, aunque todavía hay poca fijeza y no muy clara comprensión. La mueven precipitados impulsos, aspiraciones irreflexivas, confusos y vagos pensamientos. Es el estado de confusión, de ilusiones, de ensueños. Es la «mente confusa» de Patañjali.

3.^a Sigue después la etapa viril, cuando la mente está dominada por una idea fija que puede ser de ambición, filantropía, patriotismo o amor a la verdad; pero, sea como sea, domina al hombre. Todos sus propósitos, pensamientos y acciones están subordinados a la idea fija. Si le domina la ambición, escogerá amigos que le sirvan para lograrla, y sus planes, proyectos y labor tendrán por único objeto la adquisición del poderío. Si le avasalla el patriotismo, será un héroe, y si el amor a la verdad, será un mártir en tiempos turbulentos. Ni razones ni persuasiones ni

lógica alguna le disuadirán de su propósito. En los Estados Unidos me encontré con uno de estos hombres dominado por la idea de las formas geométricas y de su utilidad. No podía pensar ni hablar de otra cosa. Dice Patañjali que un hombre así es con el tiempo apto para el yoga.

4.^o En esta cuarta etapa ya no obsesiona al hombre la idea, sino que el hombre es dueño de ella y la convierte en su esclava. Con toda la concentración de voluntad y propósito, adquirida en la tercera etapa, es capaz de elegir su objeto y aplicar sus energías a realizarlo. Únicamente en esta etapa puede el hombre progresar de veras en la vida superior en que llega a la humana perfección. El héroe o el mártir pueden ser ahora el santo, el vidente, porque se hallan ante el portal de la iniciación. Atraviesa el portal y asciende con siempre creciente rapidez por los restantes peldaños humanos de la Escala, hasta alcanzar el dintel del progreso superhumano, junto a los elevados seres a quienes llamamos Maestros. Llega a ser hombre perfecto. Entonces se abre ante sus pasos otra evolución mucho más espléndida. Más arriba de él están en la Escala las Jerarquías superhumanas refulgentemente esplendorosas, y casi perdidos en la luz los Cristos, Budhas y Manús de las pretéritas edades. ¿Alcanzará él las cumbres en donde Ellos están? Podría dejar el mundo y permanecer con gloriosa fortaleza y dignidad entre las Jerarquías de seres vivientes que gobiernan y guían los mundos y moran en los vastos campos del espacio. En verdad que Ellos son grandes y potentes, y admira-

tado por los años le pedimos consejo y vemos que nos lo da mucho más prudente que el joven o inexperto; pero ocurre que si el anciano muere cuando de mayor servicio es su presencia en este mundo, porque la vida le proveyó de áurea sabiduría, y al morir va al cielo o al infierno, según la doctrina ortodoxa, en ninguno de ambos casos vale para nada su sabiduría. Los sabios, prudentes y expertos son útiles en la tierra, y si la muerte se nos los llevase a mundos donde por falta de aplicación fuese inútil la adquirida sabiduría, porque inevitablemente quedara el hombre salvo o condenado, fuera un absurdo la vida humana, y toda experiencia iría a parar al montón de los desperdicios de la naturaleza. Cuanto más se discurre en términos lógicos y racionales, más imperiosa resulta la necesidad de la reencarnación.

II — La reencarnación es necesaria desde el punto de vista científico. Cuando Darwin expuso su teoría de la evolución, todo se fundamentó en la ley de herencia, según la cual los padres transfieren sus cualidades a los hijos, y en la lucha por la vida que aseguraba la supervivencia del mejor y más apto individuo para perpetuar la especie; pero si la ley de herencia no es exacta y los padres no siempre transmiten sus cualidades a los hijos, se derrumba por su base la teoría de Darwin en cuanto atañe a la fórmula del progreso, pues el naturalista inglés consideraba la lucha por la existencia como la única esperanza del progreso humano, ya que sólo por la lucha podía sucumbir el débil y prevalecer el fuerte para engendrar la nueva generación.

Cuando yo estudiaba el modo de actuar de la ley de población, escribí a Darwin sobre el particular y me respondió diciendo que no debíamos adulciar la lucha por la vida, porque en tal caso, cesaría el progreso de la humanidad, ya que la transferencia de cualidades adquiridas por la lucha individual era el único modo de progresar.

Sin embargo, los científicos del día opinan que los padres no transmiten a los hijos sus cualidades morales y mentales, antes al contrario, cuanto más elevadas en ambos órdenes las posee el padre, más débil es la potencia reproductora, hasta el extremo de afirmar que el genio es estéril. En cuanto al genio musical, expone la ciencia moderna que viene preparado como si dijéramos por varias generaciones. En determinada familia se van sucediendo individuos de cierta habilidad musical hasta formar por reproducción un cuerpo cuya exquisita delicadeza de oído, tacto y nervios son las características físicas del genio musical que, encarnado en dicho cuerpo, manifiesta su artística pujanza, admira al mundo y muere; pero en vez de transmitir su genio y realizar así la raza, sus hijos, si los tuvo, son medianías y la familia no tarda en extinguirse. ¿En dónde están las familias de Beethoven, Mozart y otros genios musicales del pasado?

En todos sentidos repite la ciencia la misma verdad. No hay herencia intelectual ni moral. El genio no se vincula; y por lo tanto sería esto el toque fúnebre del progreso humano a menos de admitir por verdadera la reencarnación.

Mientras creímos posible transmitir nuestras

ble y necesaria su obra; mas si él quiere llegar al supremo peldaño de nuestra humanidad, no ha de abandonar entonces al mundo cuyos angustiosos clamores le espolearán en el camino ascendente. La Voz del Silencio murmura diciendo: «¿No podrás emular la divina compasión?» Así es que vuelve a cruzar el golfo, se amarra de nuevo a los grilletes de la carne; toma otra vez la carga de materia grosera y se entrega para ser Salvador de los hombres y Guardián de la humanidad. Sube por los peldaños de la Escala hasta la altura del Bodhisattva, del Cristo, del Buddha, y luego se desvanece en la Gloria, para volver acaso en algún mundo futuro como avatar en divina encarnación.

Tal es la Escala de Vidas según la vemos desde la tierra y los mundos entrelazados con ella. Todos nosotros estamos en determinado peldaño de esta Escala. Tenemos ya muchos peldaños por debajo y muchos también por encima. Podremos ascender despacio o aprisa; pero tiempo hay de sobra para todos, aun para el más perezoso, y todos tendrán fuerzas bastantes, porque en el corazón de cada quién está Dios. Nada es capaz de alterar nuestro ultrerrimo destino, nada que pueda frustrar la voluntad del interno Dios. Aunque nos entretengamos a jugar como chiquillos en las praderas de la vida y nos demoremos largo tiempo en «los verdecientes senderos del placer», no podremos negar finalmente al interno Dios que tiene infinita paciencia porque es todopoderoso y eterno. Su voluntad es cierta e inmutable y El es nuestro íntimo ser. De aquí la seguridad

de que el final destino del hombre es pureza y bienaventuranza.

Algunos sufren la terrible pesadilla de un infierno de eterna maldad a inacabables tormentos; pero como Dios está en todas partes y su esencia es gozo, luz y amor, es incompatible con el infinito mal y la eterna aflicción.

Pero todos debemos ascender en la Escala por nuestro propio esfuerzo, y si difiriéramos irreflexiblemente el ascenso o no quisiéramos ascender, retardaríamos nuestra evolución hasta el extremo de no ser capaces de seguir al mismo nivel de la raza a que pertenecemos, y entonces sobrevendrían el dolor y la angustia, y nuestros indolentes vehículos chocarían con los más evolucionados de nuestro alrededor y el Dios interno se manifestaría como pena y sufrimiento, pero no como gozo. Además, el retraso pudiera ser tal que nos incapacitáramos para alcanzar la meta señalada a nuestra raza, cayendo por lo tanto fuera de la presente evolución y quedar inconscientes durante larguísimas edades. Pero al fin la naturaleza inferior aprenderá la lección y se armonizará con la superior.

Verdaderamente queda todavía mucho que subir, pues la Vida es infinita, y en realidad nos hallamos en varios peldaños a un tiempo, porque la Vida es una en todos los seres y así todos somos hermanos.

CAPITULO III

La reencarnación y su necesidad

Bosquejado ya el plan de la evolución, vimos en líneas generales de qué modo la Vida divina se infunde en la materia cuyas partículas anima, construye con esta animada materia toda clase de formas y las va haciendo cada vez más complejas y sensitivas. También señalé el desenvolvimiento de la conciencia, peldaño tras peldaño de la Escala de Vidas, o sea a lo largo de las diversas etapas mencionadas por Patañjali, en las que va actualizando sus potencias hasta llegar al portal de la iniciación y de allí a la evolución superhumana que sigue a la dignidad de Maestro, para continuar adelantando desde el estado de hombre perfecto hasta el de superhombre, perdido en la luz que vela a los Bodhisattvas, Cristos y Buddhas de la humanidad. Al escuchar esta descripción, alguien preguntará: «¿Cuál es el método de ascensión? ¿Cómo es posible ascender de continuo más y más desde el fango de la tierra hasta identificarse con la Divinidad? ¿Cuál es el proceso de la evolución?»

Vamos a responder a estas preguntas tan naturales y obligadas, y al efecto trataremos primero de la necesidad de la reencarnación, procurando demostrar que es una verdad comprobada en la naturaleza, tan racional como inevitable. En otra conferencia veremos que la reencarnación resuelve los problemas de la vida, explica sus diferencias, soluciona los enigmas del amor y del odio, de la amistad y enemistad, y da la razón del por qué nos ligan fuertes lazos con unos seres mientras quedamos separados de otros.

La obra que se ha de llevar a cabo es tan inmensa y el terreno por cubrir tan sumamente vasto, que es preciso adoptar un método lógico, racional e inteligible para comprender cómo puede realizar el hombre semejante progreso, pues le vemos pasar en esta vida el corto tramo de años que transcurren entre el primer vagido del naciente y el último suspiro del moribundo. Tan breve tiempo no se corresponde con la magnitud de la tarea, cuya realización exige un método extensivo y racional, ya que todo en el mundo ha de ser racional, pues está ordenado por la suprema Sabiduría y mantenido por el infinito Amor.

Ahora bien; ¿cuál es el significado de la reencarnación? No la aplicaremos a los reinos mineral, vegetal y animal, cuyos métodos de evolución, aunque interesantísimos, son tan complicados, que nos faltaría tiempo para tratar de ellos. Únicamente diré en resumen, que los Espíritus que pudiéramos llamar embrionarios y han de ser humanos, están suspensos sobre los reinos inferiores en espera de que las formas les conven-

gan para definitiva morada. Etapa por etapa y grado por grado, podríamos con tiempo y trabajo observar los métodos de evolución en los mundos inferiores; pero la reencarnación en su sentido histórico, tal como se la entendió en las antiguas religiones y en la moderna Teosofía, tiene el claro y definido significado de que el hombre es un ser espiritual revestido de cuerpos materiales, una inteligencia espiritual de la que los cuerpos son indumento. Así como las prendas del traje no son la persona misma, así la espiritual inteligencia se viste de cuerpos materiales que no son tampoco ella en sí misma. Esta espiritual inteligencia ha de actualizar todas sus potencias y adquirir experiencia con objeto de desenvolver sus divinas aptitudes. Su peculiar morada es la altísima región espiritual, pues aunque los cuerpos nazcan en la tierra, nuestro verdadero ser nació en los mundos superiores. La cristiana expresión de que «la patria del hombre es el cielo» es una verdad literal, pues la patria de un hombre es su país nativo, y como el espíritu humano nació en el cielo, es el verdadero hombre ciudadano del cielo y no de la tierra. El cielo es su cuna, su natural residencia y morada. El espíritu humano es como un ave que remontada en los aires, puede planear sobre un lago y hundir el pico en el agua para coger su presa, volviendo enseguida a remontarse a su peculiar ambiente. La morada del Espíritu humano es el mundo celeste; pero se sume en la tierra para adquirir experiencia, el alimento espiritual que se lleva a su morada con objeto de asimilárselo en innatas

aptitudes y facultades. Luego de asimilada la experiencia de una vida, ha de volver a la tierra para adquirir mayor experiencia en otra vida.

La reencarnación se funda en el concepto del hombre como ser espiritual perteneciente a los mundos superiores. Viene a la tierra y toma el cuerpo que se le ha preparado. Todavía no es manifiestamente divino. Tras larga experiencia y múltiples lecciones ha de aprender a dominar la materia. Encarna en un cuerpo salvaje, donde sus experiencias son verdaderamente duras y rigurosas, que le dan las primeras lecciones de la vida, bastante difíciles de aprender. Pasa después a la existencia de ultratumba y el dolor le enseña los errores cometidos, así como el gozo los aciertos de pensamiento y emoción, asimilándose durante el último período de esta vida de ultratumba lo que cosechó en la tierra.

Luego de transmutadas las experiencias en facultades, en aptitudes mentales y morales, vuelve a encarnar en un cuerpo mejor adaptado a las nuevas condiciones del Espíritu, y en este cuerpo adquiere otras experiencias terrenas que transmuta en aptitudes en los otros mundos, de suerte que la vida de ultratumba va siendo más larga a medida que progresa en su evolución, y así sucesivamente hasta elevarse desde el estado salvaje al de la perfección humana del Maestro.

Es una larga vida cuyos días son las existencias terrenas, y del mismo modo que un hombre no deja de serlo aunque viva muchos días en la tierra, así tampoco deja de ser hombre durante la dilatada peregrinación en que las vidas son días.

El mismo hombre que siembra es el que cosecha; el mismo que contrae deudas, las paga. Los mundos están regidos por la inmutable justicia que exige el pago de una deuda contraída y recompensa la virtud lograda. Así transcurre vida tras vida en las que el pasado se manifiesta como carácter y conciencia hasta que al fin llega a ser hombre perfecto. Entonces cesa de reencarnar. Ya no necesita renacer en el mundo, porque aprendió sus lecciones; y le sucede lo que al educando que después de cursada la primera enseñanza en la escuela, ingresa en la segunda para recibir lecciones superiores. En el mundo físico y en los otros dos con él relacionados, el hombre está, por decirlo así, en la escuela, y una vez aprendido todo cuanto esta escuela puede enseñarle, pasa a ser lo que llamamos *ashaiksha*, *aseka* o *adepto*, esto es, el hombre que ya no es educando porque nada más ha de aprender. Sólo entonces queda libre de la rueda de nacimientos y muertes, transfiriéndose a una magnificante evolución superhumana, en la que su ya desenvuelta conciencia escala inconcebibles alturas hasta unirse con la misma Divinidad.

Tal es el significado de la reencarnación. Veamos ahora por qué es necesaria para el hombre.

Esta necesidad puede considerarse bajo tres aspectos:

1.º Desde el punto de vista de la lógica es necesaria para satisfacer a la razón, pues sin ella la vida es un desesperante enigma, un problema que desafía toda solución. No hay sufrimiento más agudo y acerbo para la inteligencia, que la

irremediable incomprensión de cuanto nos rodea. Podemos sobrellevar una cosa cuando la comprendemos. Las penas y tristezas no son la verdadera miseria de la vida humana, sino que la verdadera miseria proviene de que la inteligencia anda a tientas en la obscuridad, entre objetos incapaces de comprender, tropezando con problemas imposibles de solucionar, a pesar de las torturas del cerebro y del corazón. La mente desfallece ante estos arcanos y se hunde en la desesperación al no hallar razonable fundamento de los embrollos del mundo, pues donde no hay razón ni orden no puede haber esperanza. Pero la reencarnación hace inteligible toda existencia y arroja torrentes de luz sobre la vida humana, de modo que podemos ver su génesis, evolución y término.

2.º La reencarnación es necesariamente científica. La ciencia actual no puede ya responder a las preguntas que se le dirigen. Hace veinte o treinta años creyó que podría responder a ellas. Darwin se figuró haberlas respuesto. Pero ningún científico moderno admite que la teoría darviniana resuelve los importantes problemas de la evolución humana. La ciencia del día enmudece ante ellos. Perdió una solución y no halla otra.

3.º La reencarnación es moralmente necesaria y para algunos este aspecto encierra los más importantes problemas. Hay quienes se satisfacen con vivir en una niebla intelectual, sin que al parecer les moleste respirarla; pero ningún corazón bondadoso puede afrontar sin angustia los problemas morales de la vida, a menos que co-

nozca la doctrina de la reencarnación y se convenza de que todo es «bonísimo.»

Hemos afirmado que desde los puntos de vista de la razón, la ciencia y la moral es necesaria e inevitable la reencarnación. Trataremos ahora de demostrarlo.

I — Dicen las Escrituras hebreas apócrifas que la Sabiduría «ordena suave y potentemente todas las cosas.» Esta Sabiduría está personificada por los cristianos en la segunda Persona de la Trinidad, a que los induistas llaman Vishnú. Es la perfecta razón, y el universo por El construído debe estar, por lo tanto, perfectamente razonado.

Examinemos un salvaje primitivo, del ínfimo tipo, como los aborígenes de la Australia, los vedhhas de Ceilán o los cabelludos de Borneo, que apenas son hombres sin dejar de serlo. Su lenguaje está formado por signos y sonidos expresivos de emoción, más bien que por palabras, de modo que sólo aventajan algún tanto al lenguaje de los monos que algunos han logrado reproducir.

Un salvaje así carece, si bien se mira, de mentalidad y de moralidad, pues tan sólo tiene sus gérmenes. Los relatos de los viajeros nos informan que estos salvajes cuentan hasta tres, y al pasar de esta cifra indican el número diciendo *más*. No hace otra cosa la gata con sus crías y la gallina con sus huevos. Dicen que deseoso el gobierno australiano de resguardar a los aborígenes de la intemperie, los proveyó de mantas con que se abrigasen durante la noche, y que al día siguiente, en las horas de sol, quisieron cambiar

las mantas por otros artículos, pues no tenían idea de que volvería otra vez la noche.

En cuanto a moralidad, no les daba reparo alguno matar a quien más rollizo les pareciera para comérselo en banquete. Refiere Darwin el caso de un salvaje que mató a su mujer como hubiera podido matar una oveja para aderezarse la comida, y cuando un misionero le representó la maldad de la acción cometida, respondióle rebosante de satisfacción: «Pues le aseguro que estaba muy buena.» En vano trató el misionero de darle a entender que no eran lo mismo, sino muy distintas, las buenas comidas y las buenas acciones. Todavía no estaba despierto el sentido moral. Los salvajes antropófagos se comen a sus padres porque ya no sirven para nada, y a sus hijos porque todavía no pueden servir para algo. Matan, roban y se embriagan. Sin embargo, todas las religiones nos enseñan que el salvaje es hechura de Dios. ¿Qué haremos con él en el otro mundo? ¿Qué podremos hacer con él en el cielo? En cambio, no sería muy justo enviarle al infierno. ¿Es su estrecha y brutal vida todo cuanto le ha dado un mundo para algunos de nosotros tan admirablemente hermoso? ¿Es su pobre mente embrionaria la única herencia de este hijo de hombre, de este vástago de una humanidad que produce santos, héroes y genios? ¿Esto es todo lo que el salvaje conoce de este maravilloso mundo, de toda la hermosura y grandeza de las posibilidades de la vida? Si os preguntáis qué se hace de él, seguramente reflexionaréis sobre la reencarnación a cuya luz vamos a examinarlo.

Mató el salvaje a su mujer y acaso a varios de sus compañeros. Mató y robó amparado en su fuerza bruta; pero no se le puede llamar criminal, sino amoral. Supongamos que después muere a manos de otro salvaje más vigoroso que él. En realidad no ha muerto, pues solo queda destruido el cuerpo físico, y el salvaje pasa al mundo intermedio entre la tierra y el cielo, donde encuentra vivos a cuantos mató en la tierra. Ellos son muchos y él es uno solo. Ni ellos ni él han olvidado lo sucedido, y así no lo reciben muy cariñosamente en el otro mundo. Aunque pocas, aprende algunas lecciones, entre ellas la de que si hoy mata a alguien, lo volverá a encontrar mañana, y si se come a su mujer, no querrá ser otra vez su compañera cuando de nuevo lo encuentre. También viven en aquel mundo los padres a quienes mató por viejos, con la ventaja de que ellos están allí hace tiempo y él es un recién llegado, errante y temeroso. Entonces empieza a aprender algunas lecciones, no todas, y para seguir aprendiéndolas en otras experiencias, vuelve repetidamente a la vida terrestre hasta que las primeras lecciones se quedan grabadas en el Espíritu y aprende que no está bien hecho el matar y robar, y vagamente reconoce una ley que recompensa a cada cual según sus obras.

Sin embargo, no son éstas sus últimas experiencias de ultratumba. Acaso sintió algo de cariño por su mujer antes de que el hambre le moviese a matarla y comérsela. Este germen de cariño no puede morir porque nada muere en el universo moral. Aquella semillita de bondad va

consigo al mundo celeste. El viviente Espíritu interno es el escultor que labra el carácter en el mármol. De aquí la importancia de la vida terrena que proporciona el material, porque según la pureza del mármol será el valor de la estatua, o empleando otro simil, de la calidad de la siembra dependerá la de la cosecha.

Vemos así cómo la ley de reencarnación depara al hombre la oportunidad de formarse a sí mismo; cómo vida tras vida se acumulan las experiencias y se transmutan en cualidades; cómo a cada nueva etapa de su peregrinación acrecienta, reúne y cristaliza en facultades estas experiencias. El hombre labra sus virtudes durante la bienaventurada vida celeste, y cada vicio indica una virtud por adquirir. Hay tiempo bastante aun para quien vaya a más lento paso, y por consiguiente nuestro triunfo es seguro y el resultado final es cierto. El hombre es dueño de su futuro carácter y en consecuencia de su destino. Tal es uno de los argumentos dados por la Teosofía en apoyo de la reencarnación: la necesidad de convertir al salvaje en sabio, al hombre embrionario en el triunfante Hijo de Dios.

Pero no se contrae a esto la necesidad de la reencarnación. Consideremos el caso de una criatura muerta a poco de nacer. Si no fuese verdad la reencarnación ¿para qué serviría aquella fugaz vida de una hora? Según la teoría cristiana (1) ¿cómo explicar el misterio de la muerte del recién

(1) Aludo a la teoría cristiana porque ha olvidado la doctrina de la reencarnación que un tiempo mantuvo y ahora está recobrando.

nacido? ¿Es o no de permanente valía la experiencia adquirida durante la vida terrena? Si lo es, aquella infortunada criatura queda privada para siempre de adquirir dicha experiencia y nunca podrá recuperar esta pérdida. A menos de que renazca en la tierra, se le usurpa la inestimable herencia de la vida humana y no puede entrar en el cielo porque carece de experiencia terrena, quedando eternamente estéril. Por el contrario, si admitimos que la criatura muerta a poco de nacer nada pierde, y si nuestro eterno destino depende del resultado de esta humana vida, queda la criatura libre de las tribulaciones, miserias, pecados y disgustos a que está sujeto quien vive largos años con el riesgo de ir al infierno, mientras que la criatura, con tal que esté bautizada, se va al cielo, y si no al limbo, donde no tiene ni pena ni gloria. Verdaderamente esta doctrina es incomprensible, aunque se la califique de misteriosa, diciendo que no nos está permitido escrutar los designios de Dios. Respuestas así fomentan el escepticismo, porque es inútil decirles a las gentes que no investiguen ni escudriñen, cuando se les ha dado inteligencia a fin de escudriñar. El hombre tiene el derecho de estudiarlo todo, y mientras no estudie una cuestión no podrá asegurar si es o no capaz de comprenderla. Todas las cuestiones son objeto de estudio para el investigador de la verdad.

Tratemos ahora de resolver otro punto. ¿De qué sirven las cualidades que con esfuerzo y sufrimiento vamos adquiriendo, siquiera sean las adquiridas en una vida? Al anciano experimen-

virtudes a los descendientes, fué poderosamente lógico el argumento de Guillermo Kingdon Clifford cuando en la *Ética de las creencias* recordaba a los padres que en sus manos tenían el porvenir de la raza y los exhortaba a vivir digna y noblemente con objeto de legar su enriquecida herencia a quienes les sucedieran en este mundo. No creía Clifford en la inmortalidad individual y por lo mismo era de mayor mérito su argumentación.

Pero hoy día ya no cabe aducirla lógicamente, y por lo tanto queda muda la ciencia respecto a cómo se efectúa el progreso. La herencia física es notoria. No así la herencia moral y mental. Con todo, del progreso moral e intelectual depende el porvenir del hombre. ¿Acaso no es la continuidad de la conciencia el necesario complemento de la continuidad del protoplasma?

Aún hay otro problema de orden científico. ¿Cómo se fueron desenvolviendo las cualidades sociales? ¿Por la lucha por la existencia? En este caso resultarían vencedores los de menos virtudes sociales, porque según vemos, en la porfiada lucha de la vida humana no triunfa el más honrado, sino el que se amolda a la prevaleciente ética de los negocios, sin reparar gran cosa en ella. En la concurrencia comercial no escala el pináculo el mejor sino el peor, que si sagaz, también es inescrupuloso. En los Estados Unidos trepa a la cumbre el hombre de más astuto cerebro y más embotada conciencia. El que labra su fortuna sobre los escombros de millares de familias, entra en la categoría de los multimillonarios a

quienes se cita como ejemplos. El oro chapea los crímenes que no sanciona el código, y lo que el código no sanciona, la sociedad no lo condena.

El difunto Dr. Huxley, en la última conferencia dada en Oxford, expuso en conmovedores términos la dificultad que vamos examinando. Dijo que el hombre, un mero átomo, se pone en frente del universo en su evolución de las virtudes cívicas que le dan carácter de *hombre* y le elevan sobre el nivel del bruto. Demostró que el hombre no había de evolucionar atropellando al débil, sino auxiliándolo y protegiéndolo, pues las cualidades genuinamente humanas son de compasión y ternura, que ponen la fuerza al servicio del débil y desvalido. Resumió la conferencia en la siguiente frase tomada de un Maestro teósofo, que encierra profunda verdad: «La supervivencia del más apto es la ley de evolución del bruto. El sacrificio propio es la ley de evolución del hombre.»

Mas para esto es indispensable entorpecer los resultados del sacrificio en un mayor poder para el auxilio, porque de lo contrario, como el hombre que se sacrifica, muere, sus cualidades quedarían pérdidas para la humanidad, y si de nada sirviese ya su sacrificio, se desalentarían los demás para seguir su ejemplo. El ave que se expone al tiro del cruel cazador, para alejarlo del nido donde reposan los plumones y a veces muere dejándolos en miserable orfandad ¿cómo podrá transmitir a su prole el valioso instinto de la maternidad? Lo mismo sucede con todos los mártires y héroes que se sacrifican por el linaje humano. Si la reencarnación es cierta, entonces el hombre que

muere retorna con más copiosa y plena conciencia que antes, porque las cualidades de amor y sacrificio se asimilaron a su naturaleza durante la vida celeste y vuelve con mayor potencia y abundancia a prestar más valiosos auxilios.

Conviene examinar de paso otro punto, aunque se roce con los de que debemos prescindir. Por regla general, los hijos nacen durante la juventud de los padres y no cuando ya éstos en la vejez, han entrojado los frutos de la experiencia para transmutarlos en sabiduría. Los padres progresan alentados por la vida conyugal y el sentimiento patri-materno. La debilidad de los hijos, necesitados de auxilio, vigoriza la abnegación de los padres, de modo que los más adelantados muestran sus altas virtudes en la madurez de la vida, ya salidos los hijos de la infancia. Según la supuesta ley de herencia, el hijo sólo podría heredar las virtudes que los padres poseyeran al tiempo de engendrarlo. De aquí se infiere que el relevo de las generaciones está principalmente en manos de los matrimonios jóvenes y todavía inexpertos, pues la madurez mental coincide con el cese de la fecundidad fisiológica. Por lo tanto, tropezamos aquí con otro problema que sólo la reencarnación puede resolver, pues con ella nada se pierde. El cotidiano sacrificio de los padres cristaliza en el cielo en la virtud de abnegación por cuantos necesitan auxilio, cristaliza en la virtud del santo, del héroe y del mártir. Nada se pierde ni consume. ¡Cuán admirablemente concuerda esta transmutación y conservación de la energía en el mundo espiritual con el ya reconocido principio

de la transmutación y conservación de la energía en el mundo físico! La evolución de la conciencia, cuyo desenvolvimiento exige siempre mejores y mejores cuerpos para manifestarse en la materia, proporciona a la ciencia la clave del progreso y muestra el paralelo desarrollo de los aspectos moral, mental y físico de la naturaleza humana en su prolongada ascensión.

III — A mi juicio, la necesidad moral de la reencarnación es el más poderoso argumento en su favor, pues de no ser cierta, quedarían expulsados del universo la justicia y el amor.

Sin embargo, hay otras dos opiniones que conviene examinar. Una es que Dios crea especialmente cada alma. Otra es la herencia. Los cristianos sustentan en su mayoría la primera opinión; pero tanto una como otra dejan al hombre parálítico e inválido en las garras de un destino en que no le cabe influir. Al nacer el hombre no viene al mundo con una mente semejante a un papel blanco donde se puede escribir lo que se quiera. Nadie que conozca a los niños negará que cada cual nace con distinto carácter, temperamento, cualidades, aptitudes y defectos, de modo que es preciso tratarlos según son. Dicen los musulmanes que el hombre nace con el destino atado al cuello. Esto es verdad en gran parte, porque el hombre viene al mundo con determinada índole de carácter, susceptible de reformar y perfeccionar hasta cierto límite. Como dijo Luis Büchner: «la naturaleza es más poderosa que la educación.»

Si Dios creara especialmente cada alma ¿en

dónde estaría la justicia y mucho menos el amor? Uno nace idiota y otro genio; uno tullido y otro vigoroso; uno avaro y otro liberal. Estas diferencias se echan de ver en brazos del aya antes de que el niño sepa andar. ¿Quién señala estas diferencias? ¿Dios? Entonces tendríamos la injusticia entronizada en el universo y significaría el abandono, y por lo tanto, la desesperación del hombre.

Las gentes no se percatan de lo que implica la especial creación de un alma humana salida cada vez directamente de la mano de Dios para animar un cuerpo. Yo conozco bastante bien la ciudad de Londres y más todavía su aspecto tenebroso, porque pertenecí a la Junta escolar del misero distrito del East End, donde tenía a mi cargo 96,000 niños de ambos sexos. Además, he trabajado mucho entre los pobres de aquellos barrios, y quien conozca el East End no será ajeno a las miserias de la vida humana. En mis funciones de vocal de la Junta escolar, observé que había algunos tan díscolos, de tendencia tan de por sí criminales, tan enfermizos de cuerpo y mente, que fué preciso separarlos de las escuelas fundadas para los hijos de padres honrados aunque pobres. ¿De dónde venían esos congénitos delinquentes? ¿Por qué habían nacido entre nosotros?

Acompañadme a los barrios bajos donde las casas están corroídas por el tiempo, empapadas de mugre, sin ventilación ni luz. Sigamos por una estrecha y sucia callejuela, llena de podridas hortalizas y entremos en un patinillo. Bajemos por una desmochada escalera a una bodega subterránea que jamás vió la luz del sol. El aire se masca

más bien que se respira. En un rincón yace una mujer sobre un montón de asquerosos harapos. Acaba de dar a luz un niño, un hombre-niño, de frente estrecha, cráneo alargado en declive desde las cejas al occipucio, que termina en ángulo casi agudo. Aquel niño es un criminal congénito. Tendrá vigorosas pasiones y flaca mentalidad. Está sentenciado al crimen y a la miseria durante toda su infeliz vida en la tierra. Es un malvado mortal con Espíritu humano. ¡Y dirán que acaba de salir de las manos de Dios! La madre es un guiñapo callejero. El padre.... ¡quién sabe!.... acaso un borrachón del muelle. Desde sus más tiernos años, aquel niño sólo oye obscenidades, blasfemias y maldiciones. Sus infantiles labios aprenden a soltar ternos antes de saber su significado. Lo crían a puñetazos y puntapiés, y cada día lo mandan a merodear por las calles, dejándolo sin cena, si por acaso no trajo del merodeo lo bastante para pagarla. Así va pasando los años sin amor ni cariño ni solicitud ni ternura, hasta que, aún niño, cae en manos de la policía. Comparece ante el Tribunal para la infancia de primera delincuencia, y lo mandan a la cárcel en promiscuidad con inveterados criminales, de cuya compañía sale mucho peor que al entrar. La ley es para él un enemigo, nunca un auxiliador ni un maestro. Nadie le enseña. Todas las manos se levantan contra él. Ya lleva encima el estigma de la cárcel, aunque esto le importa poco. Come crimen tras crimen, sufre pena tras pena, y errante, confuso y salvaje, todos los tribunales del país acaban por conocer a aquel miserable en-

gendro de la moderna civilización que ante ellos comparece. Finalmente, en un momento de pasión o acaso de embriaguez, golpea demasiado fuerte y mata a un compañero. La ley le prende por última vez. En el banquillo de los acusados oye las pruebas atestiguadas contra él. Le sentencian a muerte y pasa la noche en la celda de los condenados, de donde una fría mañana de invierno lo llevan a la horca, y después de ejecutado arrojan su cadáver al calizo foso del patio del presidio.

Pero, ¿y después? ¿Qué haremos de él? Evidentemente es demasiado bellaco para mandarlo al cielo donde seguramente no sería feliz, ni tampoco fuera justo enviar al eterno infierno a un hombre que jamás tuvo ocasión de enmienda. Es la historia no de uno, sino de muchísimos, en todos los países civilizados. No es precisamente la más hábil obra salida de las creadoras manos. Podría haber sido mejor.

En el mismo Londres, nace en otro hogar otro niño rodeado de toda clase de comodidades, solícitamente atendido por tiernos y amorosos padres. Lleva en su frente la señal del genio. El cráneo airosamente modelado, las líneas fisonómicas finas y correctas, que denotan suaves emociones y elevados ideales. Se le arrulla en la virtud y en la dignidad así como al otro se le empujó al crimen. No escucha bellaquerías ni obscenidades. Sus padres le guían los pasos y le proporcionan la más excelente educación que puede ofrecer un país culto. De la escuela pasa al instituto y después a la universidad. Recibe alabanzas y se le colma de premios por sus aptitudes natu-

rales. Va de gozo en gozo y de triunfo en triunfo. Está tan favorecido por Dios como paria fué el otro, y muere al cabo de una vida gloriosa, llorado por la nación toda, entre cuyas celebridades queda inscrito su nombre.

¿Qué hicieron uno y otro? Nacen y nada más. No es posible creer que Dios forme un alma para cada cuerpo, cuando tropezamos con tales dificultades. Creerlo fuera blasfemar de la justicia en que funda la humanidad sus esperanzas. Nada digo del amor. Sólo aludo a la justicia, y en su fría y árida mano coloco la cuestión.

El criminal congénito, al trasladarse desde la horca de que pendía su cadáver, a la llamada presencia de Dios, al comparecer ante el estrado de la divina justicia, tendría derecho de decirle a Dios: «¿Por qué me hiciste así?»

No vale la respuesta interrogativa que a estas preguntas da San Pablo en la epístola a los romanos, diciendo: «¿O no tiene potestad el alfarero para hacer de la misma arcilla un vaso para honra y otro para vergüenza?» (1) De ningún modo, si la arcilla es senciente, si tiene el instinto de vida, capaz de sufrir y gozar. Nadie tiene el derecho de formar una criatura para atormentarla o destruirla, para condenarla en este mundo al crimen y en el otro al infierno.

Tal es la necesidad de la reencarnación desde el punto de vista moral, y aparece más imperiosa e irrefutable que desde el punto de vista científico.

(1) Véanse a este propósito los versículos 20 y 21 del capítulo 9 de la epístola de Pablo a los romanos.

Acaso alguien diga que exagero al representar tipos extremos; pero estos tipos existen y me he contraído a ponerlos en contraste de modo que muevan a la reflexión, y quien sobre ellos reflexione se pregunte y responda si Dios puede haber creado de propósito al criminal y al genio. *Si no los creó a los dos, tampoco a uno de ellos.*

En cambio, la reencarnación resuelve la dificultad. El criminal es un espíritu joven y no desarrollado todavía, un salvaje. El otro es un espíritu de mucha experiencia. Ambos son la consecuencia de su pasado, su propia creación interna.

De todos modos, conviene que las gentes estudien por sí mismas estos problemas y no se satisfagan con las rutinarias opiniones de otras gentes que no tienen para ello más habilidad que para proveeros de trajes hechos. Es preciso pensar por cuenta propia o permanecer toda la vida en la ignorancia e insensatez. Yo sólo indico las dificultades que demandan solución y que la tienen si las examinamos con amplitud de criterio. El más abyecto criminal es un hermano menor que algún día estará en donde hoy estamos nosotros. El más excelso Maestro es un hermano mayor que ahora está en donde estaremos nosotros en el futuro milenio.

La reencarnación es el mensaje del evangelio de la Esperanza, de la seguridad del éxito final. La reencarnación es el método para ascender por la etapa humana de la Escala de la Vida. Todos podemos cooperar con la ley, una vez conocida; nadie se substraerá a ella. Los antojos humanos no influyen en la ley natural; pero el conoci-

miento nos capacita para cooperar con la ley, apresurar de esta suerte nuestra evolución y ayudar a nuestros hermanos a que apresuren la suya para ascender con ellos siempre a mayor altura por la Escala de la Vida.

CAPITULO IV

La Reencarnación y los problemas de la vida

Además de los puntos que me había propuesto tratar en esta conferencia, estudiaremos otros sobre los cuales se me ha consultado.

Ante todo veamos si hay un número fijo de espíritus humanos, de suerte que siempre van reencarnando los mismos sucesivamente, o si de continuo surgen nuevos espíritus a la existencia. Prescindiremos del progreso de la mentalidad y la conciencia a través del reino animal, y principiaremos en la etapa humana. Sin embargo, al llegar la evolución a cierto punto, parte del reino animal ingresa en el reino humano, aunque este punto hace ya mucho tiempo que pasó en nuestro actual ciclo de evolución. Incluyendo los que todavía están en los reinos inferiores y no entrarán en el humano durante el ciclo actual, hay un número fijo de espíritus que en el transcurso de los siglos van pasando por la escuela de la reencarnación.

Pero si así está fijado el número de egos ¿a qué se debe el aumento de población? La respuesta

es bien sencilla. Los encarnados en determinado tiempo forman una exigua minoría de los egos atados a la rueda de nacimientos y muertes; y así como a escuchar una conferencia puede concurrir un auditorio más o menos numeroso sin alterar el censo de la población, así sucede también con la población del globo, que puede aumentar en ciertas épocas un cierto número de egos reencarnados, sin variar el número total de espíritus. Los desencarnados permanecen alejados de la tierra tanto más largo tiempo cuanto mayor es su evolución y según va progresando la humanidad, porque los hombres de tipo superior no reencarnan con tanta frecuencia como los de tipo inferior; pero basta una ligera premura en las reencarnaciones o un leve acortamiento del periodo celeste para aumentar en grandes proporciones la población del globo, puesto que sólo un número de egos relativamente corto están encarnados en determinado periodo de tiempo.

Sin embargo, no hay prueba testifical de que aumente la población del globo. Si consideramos, por ejemplo, la invasión de Grecia por Jerjes y advertimos cuán numerosos eran sus ejércitos, echaremos de ver que el mundo estaba densamente poblado en aquella época aunque aún no se conocían las operaciones del censo. En algunos países se censa hoy la población con mucha exactitud; pero en la mayor parte de ellos, como en China, se computa por conjetura el número de habitantes. En consecuencia, no hay dificultad respecto al aumento del número de Egos encarnados, pues la población del globo podría dupli-

carse en unos cuantos años sin alterar el equilibrio de la naturaleza.

Antes de tratar de los puntos que requieren solución, digamos algo acerca de la Causalidad sin la cual no fuera posible resolverlos. Hay en la naturaleza una ley que enlaza las causas con los efectos. En líneas generales, puede resumirse en el conocido axioma de que la acción y la reacción son iguales y contrarias. Los induistas y budistas la llaman karma, palabra que significa acción, porque la reacción está invariablemente unida a ella. Esta ley significa que cuando se perturba el equilibrio de la naturaleza tiende a restablecerse, y por doquiera vemos que así sucede. Si lanzamos una pelota contra la pared, rebotará con fuerza exactamente igual a la del choque. Esta ley actúa sin cesar y está muy relacionada con los puntos de que voy a tratar, por lo que debemos tenerla en cuenta al exponer las soluciones.

Nuestro mundo no es juguete de las casualidades ni del azar ni lo gobiernan el favoritismo o la parcialidad, sino una ley inmutable que actúa en todos los aspectos de la naturaleza, tanto en el mundo físico como en el mental y moral. La ley de la naturaleza es la expresión de la divina voluntad en la que según dice una Escritura cristiana «no hay mudanza ni sombra de variación» (Santiago 1 : 17). Esto es literalmente verdad. La amplísima ley de acción y reacción interviene en todas las cuestiones relativas a la reencarnación y es preciso comprenderla para tener idea clara de las soluciones que voy a exponer.

El primer punto se refiere a las diferencias de

aptitud, como las que se observan entre el salvaje y el genio. Desde el punto de vista científico, la dificultad es insoluble, pero fácilmente soluble desde el de la reencarnación. Cada uno de nosotros es una inteligencia evolucionante que crece de vida en vida, como crece una simiente en el árbol de estación en estación. El salvaje es una inteligencia novel, que ha encarnado mucho, mucho tiempo después de otra inteligencia ya situada en las cumbres de la civilización. Pero ambas son de naturaleza divina. Entre ellas hay análoga diferencia a la existente entre un roble tierno y otro añoso. El primero acaba de brotar de una bellota hace un año plantada, y el segundo brotó hace siglos de otra bellota y se ha convertido en gigantesco árbol. El crecimiento y la evolución no se contraen a los cuerpos sino que también se advierten en los aspectos mental y moral del hombre. La diferencia de evolución en el salvaje y el genio, en el criminal y en el santo, es diferencia de grado. El Dios interno se ha desenvuelto mayormente en uno que en otro, aunque alienta en ambos. Es cuestión de tiempo, no de injusticia. El perfeccionamiento de uno será posterior al del otro; pero ambos tienen la perfección por destino y para lograrla disponen del tiempo sin fin que ante ellos se dilata.

El salvaje de hoy reposaba en el seno de Dios mientras el hoy genio se debatía en las luchas de la evolución. Ahora el genio se acerca al descanso y suena para el salvaje la hora de la lucha. Si reconocemos la evolución del cuerpo ¿por qué no reconocerla en la mente y en la conciencia?

Comparemos nuestro cuerpo con el de un salvaje de Neanderthal, del que sólo queda el cráneo. Tiene la frente estrecha y las mandíbulas prognáticas. Acaso digáis que las diferencias notadas al comparar este cráneo con el nuestro, provienen de la influencia del tiempo, del progreso de la evolución; que uno es el cráneo de un salvaje y el otro de una persona civilizada. Conformes. Pero aplicad el mismo raciocinio a la mente y a la conciencia y notaréis también el por qué de la distinción. En todo hay crecimiento y en nada hay injusticia.

Quienes aquí estamos no somos favoritos de Dios, que por vez primera nos haya enviado al mundo sin merecer la posición en que nos hallamos; ni tampoco es el salvaje un paria divino solamente apto para la situación en que fué sumido. Iguales empezamos e iguales al fin seremos. Todos empezamos en la nesciencia sin conocimiento alguno. Todos culminaremos en la omnisciencia conociéndolo todo. Las diferencias entre nosotros son transitorias; de edad y desarrollo. Pero también se pregunta: Aun suponiendo que de esto resulten las diferencias en la evolución humana ¿ha de nacer siempre un niño del mismo tipo moral que sus padres? Responderé que no. Hay casos en que de padres relativamente salvajes nace un ego más o menos desarrollado. Por lo general, los niños salvajes son del mismo tipo que sus padres; pero hay excepciones. Recordemos al negro Booker Washington, un ego de notabilísimo nivel intelectual y moral, que con su elocuente palabra y sus denodados esfuerzos procuró realzar a su

raza en la escala social. Se le ha señalado como prueba ejemplar de que el negro es susceptible de elevada educación intelectual y moral. Sin embargo, no es un ego adecuado a un cuerpo de raza negra, sino que, más bien movido de compasión y aunque dotado de altas facultades, deliberadamente quiso encarnar en un cuerpo de tipo inferior con el fin de servir de auxilio a una raza abyecta y menospreciada. De cuando en cuando una grande alma consumará el sacrificio de nacer en degradada posición con el propósito de realzar al degradado alentándolo con su ejemplo y estimulándolo a elevarse de nivel.

Algunos de los más insignes santos de la India meridional nacieron entre los parias, y no obstante todo el mundo reverencia allí su memoria como hombres tan santamente espirituales, que aun los más altaneros brahmanes no repugnan reconocerlos como santos y devotos, aunque nacidos en la ínfima casta social de la India. Estas almas nacieron en la degradada casta de los parias con objeto de realzarla y proporcionarle ocasiones de evolución, demostrando que ni el más ínfimo tipo de cuerpo puede en modo alguno afeár la grandeza del interno Dios.

Sin embargo, tales casos son excepciones. Así también se encuentran en los barrios bajos de Londres, entre gentes de tipo abyecto, hombres honradísimos, santas y puras mujeres y candorosos niños que brotan como inmaculadas flores del fango del tugurio. En cambio, en el seno de una honrada y digna familia nace a veces un díscolo a quien los padres no tienen más remedio

que enviar a servir de boyero o de pastor en lejana comarca.

Estos casos excepcionales se explican por la ley kármica que en el pasado ligó a los egos con lazos que los unen en el presente. El díscolo de hoy pudo haber prestado en otra vida algún amable servicio que le ligó a un ego noble, y vuelve a que le paguen la deuda con la influencia de un favorable ambiente. Mas para comprender al por menor estos casos es preciso considerar las causas, según veremos más adelante.

Surge ahora otra pregunta: ¿Qué hay acerca de las criaturas muertas a poco de nacer? ¿Cómo explica este inútil nacimiento la teoría de la reencarnación?

Desde el punto de vista de la reencarnación se explica diciendo que en el pasado (y hablo de hechos vistos y observados) el ego del recién nacido estaba en deuda con la ley por haber causado la muerte de alguien, aunque sin malicia ni de propósito, por inadvertencia o descuido. Pongamos un caso particular. Un hombre arroja el fósforo después de encender el cigarro, y sin cuidar de si está apagado, cae sobre un montón de paja que incendia un cortijo en que muere abrasada una persona. No podemos llamarle asesino, pues ha sido un acto de negligencia, no criminal, salvo lo que tiene de criminal toda negligencia. La deuda contraída con la ley es leve y la satisface por el corto intervalo en que ha tomado nuevo cuerpo al reencarnar. El ego pierde este cuerpo, pero enseguida se procura otro nacimiento que ocurre por lo general al cabo de pocos

meses. Sin embargo, en tales casos, el karma corresponde en su mayor parte a los padres, que son la causa principal del nacimiento, y se les escoge por hijo un ego que tenga la deuda mencionada, a fin de agotar el pesado karma de ellos. La criatura nada pierde en realidad, pues renace a los pocos meses y sólo sufre una breve demora; pero los padres sufren por la pérdida del tan esperado hijo. Su karma se pone en contacto con el del ego que debe una vida, y ambos karmas se agotan con la muerte de la criatura.

Prescindiendo de otros casos, pondremos por ejemplo el de unos padres que en una vida anterior mostraron desvío hacia un niño que tenía algún derecho sobre ellos, aunque no nacido de su sangre; o bien el de un tutor cruel con su pupilo. Esta falta de cariño o sobra de crueldad es una deuda contra ellos en el libro de cuentas de la naturaleza, y han de saldarla con la muerte del hijo de su corazón, para que aprendan a ser más tiernos y cariñosos con otros niños. Yo he oído a una madre que perdió a su hijo confesar que era suya la culpa y decir: «Seré una madre para toda criatura que se cruce en mi camino y los amaré como hubiera amado a mi hijo». En este caso la lección hizo su efecto y quedó pagada enteramente la deuda kármica. Aquella mujer, conocedora de la ley, la aceptó sin queja ni amargura, convirtiendo su tristeza en bendición para muchos niños desvalidos que recibieron centuplicado su amor. Así, por medio de la naturaleza, enseña Dios a sus hijos la ternura y el amor.

Consideremos ahora el punto referente, no ya al

progreso del individuo, sino al de las naciones, con su prosperidad y decadencia. ¿Cómo lo explica la teoría de la reencarnación?

La prosperidad de una nación es obra de los cada vez más adelantados egos que nacen en su seno y la levantan grado por grado a superior nivel, porque ellos mismos constituyen la nación.

En un país relativamente inculto nacerán las más jóvenes almas de la raza, y cuando vuelvan mejoradas serán aptas para nacer en otro país más civilizado. La prosperidad de una nación depende del influjo de almas adelantadas, que nacidas en cuerpos adaptados por afortunada herencia física, contribuyen a elevar su nivel de civilización. Esto da importante enseñanza a quienes han de tratar con las condiciones sociales de un pueblo, pues según sean estas condiciones así atraerán almas adelantadas o atrasadas. Si son malas, como ocurre en la India, donde la sexta parte de la población es paria y está aislada, inevitablemente atraerán gran número de noveles e infantiles almas para que aprendan las primeras lecciones de la evolución. Si educamos a estas almas inferiores de modo que vivan honradamente, si las enseñamos a ser aseadas, dignas, temperantes, y elevamos su carácter, estableceremos con ello en el país donde hayan nacido mejores condiciones sociales para las clases bajas, y las almas noveles habrán de buscar entonces otro país menos culto, mientras que en el mejorado por obra de la educación nacerán almas adelantadas, atraídas por lo ventajoso de las nuevas condiciones para su ulterior evolución.

Lo mismo que en la India sucede en Inglaterra, donde si bien las condiciones son favorables para algunos, tenemos la plaga de los barrios bajos con sus tugurios, que ofrecen oportunidad a la reencarnación de almas salvajes, pues parte de las clases ínfimas de la sociedad inglesa, la hez del populacho, los criminales congénitos, son almas salvajes, anacronismos incorporados a una raza civilizada. Si Inglaterra se limpiara de esa lepra de los tugurios eliminaría las condiciones propicias a la reencarnación en su país de esas almas salvajes.

Lo dicho de India e Inglaterra puede aplicarse también a otros países. Las siniestras condiciones sociales atraerán a una nación almas poco evolucionadas. Las condiciones ventajosas atraerán a otras más adelantadas. En manos de cada nación está su destino. La desidia en mejorar la situación de los menesterosos acarrea la inevitable venganza de la decadencia nacional. Así sucedió en el pasado y así es en el presente. Cuando una nación llega a su punto culminante, de modo que el tipo físico alcanza su límite y para progresar ha de transmutarlo, entonces empieza a decaer la nación. La historia abunda en tales ejemplos, como los de Caldea, Egipto y Roma. Pero los tipos físicos de la nación decadente son todavía útiles para almas atrasadas, que en ellos encarnan. Después va deteriorándose gradualmente el tipo a cada influjo de almas inferiores, hasta que la degenerada nación desaparece de la historia.

Dicen los antropólogos que los pueblos salvajes

acaban por ser estériles, y esto consiste en que su tipo es demasiado inferior para la reencarnación de un ego, a causa de haber otros mejores, por desarrollo de la raza humana. Cuando ya no hay almas tan inferiores que puedan habitar estos degenerados cuerpos, las mujeres cesan de concebir y el tipo se extingue. De aquí la detención del influjo procedente del reino animal, porque llega un punto en que se abre un abismo entre la etapa inferior del reino humano y la superior del reino animal. Perecieron los seres con que la naturaleza salvaba en un principio el abismo, y así los egos individualizados en el reino animal no encuentran cuerpos lo bastante inferiores para su uso. Han de aguardar a que haya en otro mundo tipos suficientemente sencillos e inferiores para morar en ellos.

De esta suerte podemos señalar las causas de la prosperidad y decadencia de las civilizaciones. Depende de la encarnación de los egos, y este es uno de los motivos de nuestra enemiga contra la vivisección y otras formas de crueldad científica, pues la persistente crueldad degrada el tipo físico del hombre, porque lo físico es resultado de lo moral, tanto en sentido ascendente como descendente. Los tipos degradados arruinarán así a la nación.

La vivisección pertenece moralmente al pasado, no al futuro, y a menos que la conciencia colectiva despierte y acabe con estos crímenes de lesa humanidad, será uno de los toques fúnebres de nuestra civilización.

Otro problema es el referente a la evolución de

los instintos sociales. Darwin de ella trató y no pudo explicarla al decir que sobrevivían entre los animales los hijos de padres amantes y abnegados. Pero seguramente no sucede así. Olvidó Darwin que por lo general perecen los padres buenos y abnegados, y que los hijos huérfanos tienen menos probabilidades de sobrevivir. Huxley reconoció que este era un problema insoluble desde el punto de vista de la lucha por la existencia, pues observaba que para ella resultaban desventajosas las cualidades humanas y ventajosas las brutales.

Pongamos, por ejemplo, el de la madre que se sacrifica por el bien de su hijo; del médico que pierde la vida al esforzarse desesperadamente en detener la invasión de una terrible epidemia; del mártir que muere en defensa de la verdad. Además de la inspiración de su ejemplo ¿qué beneficio derraman sobre la sociedad estas nobles almas? En el otro mundo encuentran que el sacrificio realizado en la tierra les sirve de material para la formación de las cualidades del carácter. El pensamiento y el acto de sacrificio se transmutan en permanente virtud.

Un autor indio, Bhagavan Das, define con mucho acierto la virtud diciendo que es «la permanente modalidad de una emoción sana». Así la emoción de amor se convierte en virtud cuando es universal y se ejerce en todos, tanto conocidos como desconocidos. El amor de la madre por su hijo, la emoción maternal, se transmuta en virtud de amor cuando la reciben igualmente todos los niños.

Por lo tanto, la emoción manifestada en un acto heroico cristaliza en virtud en el cielo, y el hombre renace con ella como parte de su carácter. Nada se pierde. Cuantos más son los que se sacrifican, aun con su vida, mayor beneficio recibe la humanidad del sacrificio, porque los sacrificados vuelven más nobles y magnánimos. Dícese que «la sangre de los mártires es la semilla de la iglesia», no tan sólo por lo alentador de su ejemplo, sino porque los mártires han de volver a servir a su religión después de acrecentada la nobleza de su alma en el mundo celeste, donde se fija permanentemente la emoción en un principio fluidica y mudable.

Los instintos sociales despuntan con mayor relieve en el hombre que reencarna después de realizado un sacrificio, porque durante su larga estancia en el mundo celeste los realzó a muy alto grado y al renacer los trajo consigo para el servicio de la humanidad.

Tal es la respuesta adecuada a la pregunta de Huxley, quien ya la tanteaba cuando en su última conferencia dijo: «Acaso el hombre es parte de la conciencia que hizo el universo». El hombre es parte de esta conciencia y por lo tanto es eterno. Una vez desarrolladas las divinas cualidades, vuelve a la tierra para ayudar a la humanidad. Los santos y los héroes traen con ellos la cosecha que sembraron en la tierra y recogieron en el cielo como pan para alimento del hombre. Así se explica el desarrollo de los instintos de sociabilidad que constituyen la conciencia social.

Según hemos visto, la reencarnación explica la

existencia de criminales congénitos. Son egos noveles en estado salvaje por quienes no nos hemos de afligir sino al contrario ayudar. También aquí cabe aplicar la reencarnación a los problemas de la vida. Si creéis en ella, no enviaréis al criminal a presidio y lo soltaréis tras algún tiempo para volverlo a encerrar cuando cometa otro crimen, porque fuera tan ilógico como si un médico mandase a un varioloso al hospital por una semana, y luego lo diera de alta para volverlo a hospitalizar por quince días y la tercera vez por tres semanas. Nada de esto. El médico manda al enfermo al hospital para que allí permanezca *hasta que sane*. El mismo procedimiento que se sigue con las enfermedades físicas debiera seguirse con las morales. Enseñad y educad al criminal. No le castigéis con acritud, porque el castigo con venganza perjudica todavía más al ego caído en vuestras manos. Desde luego que no le dejaréis en libertad, como tampoco soltaríais a un animal dañino que pudiese arremeter contra las gentes, porque es peligroso en su criminal estado. Pero no le amarguéis la vida. Enseñadle y educadle y no le devolváis la libertad hasta que haya aprendido la lección de vivir honradamente. Se habla mucho de libertad; pero conviene advertir que la libertad es inútil y aun peligrosa a menos que la acompañe el sentimiento de responsabilidad y el dominio propio prevalezca contra los impulsos del exterior. Los criminales necesitan enseñanza y disciplina, y lo que tienen derecho a reclamar de nosotros no es libertad sino educación, no la licencia de cometer

crimen tras crimen que vayan expiando con los encarcelamientos consiguientes, sino la disciplina que les enseñe a ser laboriosos, dignos y honrados.

Tan sólo cuando la criminalología se apoye en la reencarnación desaparecerán los delincuentes habituales. Las cárceles y presidios serán escuelas de educación, enseñanza y afinamiento, porque los egos mayores comprenderán cuales son sus deberes para con los menores, y en vez de concederles derechos electorales los ayudarán a la adquisición de virtudes. Este sería mucho mejor procedimiento para tratar a los criminales, que los empleados en las tituladas naciones cultas de hoy día.

Ahora bien; ¿por qué algunos nacen contrahechos, enanos o lisiados? Es el resultado de las crueldades infligidas a otros y que al renacer se pagan en especie de deformidades. Por ejemplo, los inquisidores han renacido contrahechos. Los vivisectores de hoy nacerán contrahechos en el porvenir. Todos los crueles obtendrán análogos resultados. El cruel maestro de escuela que aterroriza a los niños que debieran aprender a amarle; que los domina por el miedo y no por el amor; que abusa de su poder y no siente la responsabilidad de su altísima función ni conoce la divina ley que puso en sus manos al desvalido para protegerlo y no para oprimirlo, tendrá en la reencarnación un amenazador mensaje aunque también sea al fin una esperanza, porque el sufrimiento acabará por mejorarle. No dan las gentes a la crueldad la importancia que merece. Es uno de los peores crímenes, porque vulnera la ley de

amor, y es el peor de todos cuando la víctima está indefensa y desvalida en manos del verdugo.

Suele alegarse la buena intención en excusa de la crueldad. El inquisidor deseaba salvar almas; pero debiera haber empleado otro mejor medio de salvarlas que el potro y la hoguera. Lo mismo sucede con el vivisector. Desea salvar los cuerpos humanos; pero debe valerse de un medio mejor que la tortura de los animales. Lo mismo cabe decir del maestro de escuela. Mejor haría en extirpar las faltas por el amor y el buen ejemplo, que sacarlas a la superficie a palmetazos. Cada crueldad por parte del fuerte no sólo es nociva por el sufrimiento que inflige sino también por los resultados morales, por la cobardía, servilismo y miedo que infunde, así como por la perpetuación de la crueldad, pues el débil cruelmente tratado es cruel a su vez cuando se convierte en fuerte.

La creencia en la reencarnación contribuye al fomento de la moralidad, porque quienes en ella creen no obran como el ignorante que ha de aprender por el sufrimiento lo que si quisiera podría aprender por la razón. Sea por razón o por sufrimiento todos hemos de conocer la ley.

¿Por qué amamos y odiamos? A consecuencia de nuestras pasadas relaciones con las gentes. Algunos se figuran que la reencarnación los ha de separar de los seres amados. No hay tal. Ante todo, en la prolongada vida celeste, que a veces dura millares de años, la mayor parte del tiempo se pasa en compañía de las personas a quienes amamos en la tierra, y al renacer tienden los egos

a agruparse con los que amó en el pasado. Nada más sorprendente al examinar una serie de vidas que ver como reencarnan juntos los esposos, parientes y amigos. Si por cualesquiera razones han nacido en distintos lugares del mundo, la ley los juntará en amorosa amistad si se amaron en el pasado. Nada hay en el cielo ni en la tierra capaz de matar el amor ni romper sus lazos. Donde hay amor, se anuda entre los egos un lazo que no puede desatar la fría mano de la muerte ni tampoco el renacimiento. Volvemos con nuestros antiguos amigos y también con nuestros antiguos enemigos. Al ver por vez primera a una persona ¿no habéis sentido nunca la impresión de que ya la conocíais? Al cabo de dos o tres horas de conversar con esta persona quedáis relacionados más intimamente que si fuerais de la misma familia. En cambio sentiréis instintiva repulsión hacia otra persona desconocida, y habéis de obedecer a este sentimiento porque es el aviso del ego contra un antiguo enemigo. Conviene guardarse de quien provoque semejante emoción, y después enviarle pensamientos de amor y benevolencia, pagándole en bendiciones y buenos deseos el antiguo agravio. Al cabo de años podéis encontrar de nuevo a la misma persona, que ya no será enemigo, sino neutral o amigo. Y cuando al encontrar a una persona por vez primera, de vuestro corazón brote afecto hacia ella, prueba será de que entonces el Espíritu llama al Espíritu a través del velo de carne.

Los cuerpos pueden diferir bastante, porque la reencarnación nos lleva de unos países a otros;

pero como los egos se conocen mutuamente, se conmoverán al encuentro de los cuerpos y se estrecharán las manos con instintivo afecto. Así se explican los extraños impulsos de súbita simpatía, como los viejos agravios explican las repentinas repulsiones. Al sentir simpatía tenéis el fundamento de la más firme amistad que en la tierra quepa conocer. Aquella profunda e instintiva evocación de lo invisible es más segura que todo raciocinio, argumentación o conocimiento, y cuando además de profunda es firme merece la más absoluta confianza.

Pero tengamos la convicción de que proviene de dentro y no viene de fuera, como sucede a veces en los amores fulminantes, porque si bien puede ser el llamamiento del ego a otro ego, también cabe en lo posible que sea la atracción sensual de dos cuerpos de distinto sexo, y entonces se contraerá al amor físico que extingue la posesión. Pocas probabilidades de permanente dicha tiene el matrimonio basado en este amor. Pero el profundo reconocimiento que exclama: «Este es mi esposo» (como exclamó Savitri al ver por primera vez a Satyavan, el hombre con quien determinó casarse prefiriéndolo resueltamente a otros, a pesar del vaticinio que sólo le concedía un año de vida) es una definida voluntad, de los adentros brotada, que merece toda confianza y forma las más sólidas uniones conyugales o de amistad que cabe imaginar en la tierra.

La reencarnación da al amor una permanencia que ninguna otra cosa le puede dar, pues tenemos entonces la convicción de que nunca perderemos

al ser amado. También sirve de poderoso auxilio la creencia en la reencarnación cuando uno ama sin ser correspondido o cuando la correspondencia no basta a la dicha del que más ama. Quien conoce la verdad de la reencarnación exclama: «Mi profundo amor tiene su raíz en el pasado. Si no me veo correspondido, será por algún agravio que en otra vida le inferí a quien amo. Pagaré esta deuda acrecentando mi amor y entonces nos uniremos».

La reencarnación nos fortalece y capacita para el sufrimiento. No hay infortunio en la vida, por amargo que sea, que no pueda sobrellevarse cuando conocemos su origen y prevemos el fin. ¿Qué son el dolor y la tristeza para quienes han de vivir eternamente?

Queda una pregunta: «¿Por qué no recordamos las vidas pasadas?» Es la pregunta siempre repetida y la más natural. «Si yo estuve en la tierra centenares de veces antes ¿porque no lo recuerdo?» Procuremos responder a esta pregunta, aunque no sea más que para estimular al estudio de la cuestión.

La generalidad de las gentes olvidan en esta vida mucho más de lo que recuerdan. ¿Qué recordáis de vuestra niñez? Pocas cosas. El primer libro que os dieron por premio en la escuela, la primera vez que paseasteis en bote o que viajasteis en tren; pero la mayor parte de los días que formaron vuestra niñez no están en vuestra memoria. Ahora bien; si os hipnotizaran, recordaríais los sucesos de la niñez, y esto prueba de que no los habéis olvidado en realidad. Quedaron

en segundo término muchas cosas pasadas, encubiertas por más vívidas memorias o posteriores sucesos; pero en estado hipnótico reaparece el conjunto. Nada se pierde. El hipnotizado hablará en el mismo lenguaje de cuando era niño y que olvidó desde entonces, aunque el hipnotizador no lo conozca. La transmisión del pensamiento, en que hace pocos años no creían las gentes, se emplea hoy, sin que nadie la niegue, para explicar los fenómenos anormales. El hipnotizador le pregunta al sujeto en donde nació y al punto traza su vida infantil, y el sujeto hablará tal como habló en su infancia, aunque después lo olvide al despertar. Si le pregunta respecto de algún pormenor, como, por ejemplo, acerca de un juguete perdido, el sujeto lo recordará y dirá en donde lo puso. Estos experimentos se han repetido multitud de veces, especialmente en París, donde en una ocasión describió el hipnotizado con todos sus pormenores la minuta de un banquete celebrado tres semanas antes de la que no se acordaba al despertar.

Lo mismo suele suceder en la fiebre. Una vez, un hombre que había perdido una joya de valor, recordó en su delirio donde estaba. Todo esto es muy interesante al tratar del problema de la memoria. ¿Por qué recordamos cuando el cerebro está trastornado, como ocurre en los casos de delirio y trance? ¿Por qué el cerebro desquiciado recuerda lo que en función normal olvida? Porque la memoria de un suceso pasado quedó empujada a segundo término por otro más reciente y se hunde bajo el dintel de la conciencia. Ha dismi-

nuido la fuerza vibratoria de las células nerviosas del cerebro, que es la expresión física de lo que llamamos memoria, y olvidamos cuando no están en actividad. Las células funcionan en grupos entrelazados, y a veces una nueva sensación, la de un olor por ejemplo, despierta la dormida memoria de este olor y reproduce un suceso en que intervino predominantemente dicho olor. Una de las células cerebrales ha recibido un estímulo, y el grupo celular a que pertenece responde en conjunto al estímulo.

En estos hechos se funda mi respuesta a la pregunta: «¿Por qué no recuerdo mis vidas pasadas?» Cuando el hipnotizador retrolleva al sujeto a la época de su infancia, la prueba de que aprendió el lenguaje que habla está en el mero hecho de hablarlo, como cuando uno lee es prueba de que aprendió a leer. Aunque hayáis olvidado que aprendísteis a leer, no será prueba de que no aprendísteis, si sabéis leer. Por ejemplo, yo no recuerdo que me enseñaran a leer, ni tampoco recuerdo el tiempo en que no sabía leer. Pero supuesto que sé leer, prueba es de que me enseñaron. Así, el hecho de que tenéis un carácter y una conciencia demuestra que también tenéis un pasado en que el carácter y la conciencia se formaron y desarrollaron.

Sin embargo, aún cabe ir más allá. Ahora no vivís con el cerebro ni con el temperamento emocional ni con la mente que tuvisteis en el pasado. Vuestro ego es el mismo, pero sus vestiduras son otras, y el cuerpo que lleváis sólo recuerda sus propias experiencias, o sean los sucesos físicos,

emocionales y mentales con las manifestaciones de la vida presente. El cerebro es nuevo. ¿Cómo podría recordar el cerebro los sucesos de una vida que no conoció? El cuerpo de deseos es nuevo. ¿Cómo puede recordar los deseos sentidos y satisfechos por su predecesor? La mente es nueva. ¿Cómo recordará pasados pensamientos? Únicamente el verdadero hombre, el ego inmortal, es capaz de recordar, porque ha pasado por todas las experiencias y nada olvida. Pero no graba su peculiar y eterna memoria en los nuevos cuerpos de que se reviste para adquirir nuevas experiencias.

Con todo, podréis tener memoria de las pasadas vidas si empleáis los métodos a propósito, que son bastante sencillos. Vuestra energía se dirige siempre hacia el mundo exterior, donde están vuestros intereses, pensamientos y placeres, de suerte que toda la innata energía del permanente y perdurable ego, del verdadero Yo, fluye siempre hacia fuera por conducto de la mente, de la naturaleza emocional y del cuerpo físico. Continuamente busca lo exterior. Pues bien, habéis de invertir su dirección. Debéis volverla hacia dentro si queréis recordar. Volverla hacia el Espíritu manifiesto en el ego, en quien únicamente reside la memoria del pasado. Tan sólo podréis recordar cuando reconozcáis en vosotros al ego y alcancéis su memoria. Únicamente el ego fué actor o testigo de los sucesos de pasadas vidas, y cuando acaba una vida y en el mundo celeste se transmutan las experiencias en facultades, la memoria de estas experiencias se almacena en el arca espiritual

del ego, y únicamente se transfieren a los nuevos cuerpos las facultades adquiridas como resultado de las experiencias. Puede compararse al comerciante que, en las nuevas cuentas del Mayor, sólo anota los saldos anteriores sin reproducir los asientos del año precedente. Esto es lo que hace el ego en el mundo celeste. Computa el balance de sus cuentas y cierra las del pasado sin anularlas porque las guarda en su memoria. Transfiere el saldo a la cuenta nueva de la mente y la conciencia. Así, por ejemplo, la propensión a pensar en el asesinato formará parte del saldo a cuenta nueva, porque proviene del pasado; pero sólo es *la propensión a pensar* lo que se transfiere a la nueva mente y al nuevo cerebro. Estas propensiones o tendencias a pensar de cierta manera responden a la educación y la hacen posible, siendo la razón fundamental de que la conciencia cerebral no recuerde.

¿Y no es beneficioso que así suceda? He dicho que podréis recobrar la memoria por la interna meditación; por vivir en lo superior y no en lo inferior, en el Espíritu y no en la mente ni en la naturaleza del deseo ni en el cuerpo físico. Vivid la vida espiritual; vivid en el Espíritu que conoce la Unidad y la Divinidad, que se conoce a sí mismo, y entonces se desplegará el pasado ante vosotros y lo abarcaréis en conjunto a voluntad.

Algunos de nosotros sabemos que esto es verdad porque lo hemos practicado y su práctica es la mejor prueba para quien la practicó. Pero no lo es para los demás. Os digo lo que sé de cierto, y también conozco a buen número de gentes que

pueden recordar, comparar observaciones, comprobar hechos y reconocerse unos a otros a través de pasados milenios. Sin embargo, yo pregunto: ¿No es conveniente que no recordéis? Tened presente las palabras de Goethe en su última hora. Creía en la reencarnación, como cree todo filósofo, y exclamó: «¡Qué consuelo es pensar que volveré bañado de nuevo!». Pero cuando todavía no se comprende la verdad de la reencarnación, la ignorancia del destino es un beneficio de la ley. Supongamos que un joven matrimonio recién casado supiera que uno de los dos había de morir antes del año. Desde luego que durante todo este tiempo estarían ambos atormentados por la proximidad de la muerte. Otro ejemplo. Si uno ha cometido en su juventud una mala acción ¿no siente doloroso remordimiento al recordarla? En casos más graves, un criminal se enmendaría con mayor facilidad si pudiese borrar la memoria de su crimen que le aherroja impidiéndole rehabilitarse y progresar.

Mucho más dichosas serían las gentes si les fuera posible olvidar los pasados errores de la vida presente. Algunas cosas vale más olvidarlas, por ejemplo, los agravios e injurias recibidos. De Shri Rámachandra se dice que por la noche había ya olvidado los agravios recibidos durante el día, mientras que jamás olvidaba ni un sólo beneficio. El hombre perfecto recuerda con viva gratitud los beneficios que recibe y borra de su memoria las injurias. Hasta que el hombre sea capaz de mantener la memoria de su vida presente sin pesares, remordimientos ni ansiedades, y

sobre todo sin rencor ni agravio, no le conviene añadir a la carga de una sola vida la de un milenio pasado. Cuando el hombre sea lo bastante fuerte para considerar la vida presente como una lección que ha de aprender y la mire sin queja, resentimiento, disgusto o cólera, entonces tendrá la necesaria fortaleza para sobrellevar la memoria del pasado; pero mientras no sea capaz de resistir serenamente las vicisitudes de una vida, no ha de ansiar el conocimiento de las pretéritas. Es una sabia y misericordiosa ordenación que el ego sólo transfiera a los nuevos cuerpos mental, emocional y físico lo precisamente útil para la nueva vida. Cuando el hombre alcance la memoria del ego y se identifique conscientemente consigo mismo será lo bastante fuerte para soportar la suplementaria carga y recordará con su nuevo cerebro.

Esta es, hoy por hoy, la última respuesta a los problemas de la vida. Cuantas acabo de dar no habéis de aceptarlas sin que el análisis y el estudio las justifiquen ante vuestro criterio, porque el repetir un concepto sin pensar en él no favorece el positivo adelanto. Pensad y comprended y así progresaréis. No recojáis un nuevo conjunto de opiniones que tan sólo sean reflejo del pensamiento ajeno. La imitación no es de modo alguno en este caso la más sincera lisonja. El anheloso pensamiento individual es la mejor manera de agradecer las exhortaciones a vuestra razón. Desechad las preocupaciones y prejuicios que os inclinen a repugnar una idea por ser nueva o aceptarla por ser vieja. Mi propósito es libraros

de la aversión al estudio y persuadiros a pensar por vosotros mismos. Vale más pensar imperfectamente que limitarse a repetir un exacto pensamiento ajeno. Para lograr sabiduría es preciso pensar vigorosa, paciente y perseverantemente. Si repetís lo que oigáis, adquiriréis la facultad del papagayo, pero no la del hombre.

CAPÍTULO V

La ley de acción y reacción

Antes de resolver satisfactoriamente el problema de la reencarnación es indispensable tratar de la ley de causalidad, aunque si bien este término sea familiar a quienes estén algo versados en la literatura y ciencia de Occidente, no es el más adecuado al hecho natural que se desea expresar. Emerson lo definió mejor al decir que con toda acción van unidos sus resultados, y según él no hay diferencia ni línea divisoria entre el aspecto superior de la actividad, o sea la acción, y el aspecto inferior, o sea la reacción, a la cual llamamos consecuencia de aquélla. Ambos aspectos, el visible y el invisible son realmente partes de una misma cosa, y el señor Buddha lo expresó gráficamente diciendo que tan imposible era separar la acción de sus resultados, como el sonido del tambor del tambor mismo. Cuando se golpea el tambor produce sonido, y cuando se ejecuta una acción, la precede algo invisible a que llamamos causa o motivo, y la sigue también un algo a que llamamos consecuencia o resultado. Pero consi-

deradas filosóficamente, son partes de una sola actividad, y por esto los filósofos indos han empleado siempre la única palabra karma, que significa acción, para expresar el positivo enlace o, mejor dicho, identidad entre los aspectos visible e invisible de toda actividad.

En cuanto a la certeza del karma es indudable en el mundo físico. Nadie que haya estudiado alguna ciencia negará las leyes de la naturaleza. Estas leyes no son mandatos, pues no nos ordenan que hagamos esto o lo otro, sino que son sencillamente afirmaciones de ciertos fenómenos enlazados en series, de modo que cuando uno de ellos ocurre, se sigue invariablemente tal o cual otro. Esta segura consecuencia es una *ley natural* cuyo conocimiento científico está basado en innumerables observaciones y experiencias. Por lo tanto, una ley natural no es más que una sucesión de fenómenos. Preciso es comprender claramente este concepto para la completa comprensión del karma.

Según he dicho, ninguna ley natural se ha de tomar en el sentido de «mandato». Las leyes que decretan los Parlamentos y sancionan los monarcas son mandatos para hacer u omitir determinada acción, y la penalidad por su quebrantamiento es arbitraria, pues no hay relación entre el delito prohibido por el código y la pena impuesta al delincuente. El legislador la señala según su criterio sin enlace con la culpa.

Pero no sucede lo mismo respecto a una ley de la naturaleza. No hay mandato sino tan sólo positiva consecuencia, y la penalidad subsiguiente

a su menosprecio es inevitable y natural. Una ley de la naturaleza no puede infringirse; tan sólo cabe menospreciarla, y los resultados de este menosprecio son inevitables. Una ley natural sólo significa que cuando se establecen determinadas condiciones, doquiera que sea, se siguen de ellas otras condiciones también determinadas. Si sembramos arroz, cosecharemos arroz y no cebada; pero la naturaleza no nos manda sembrar precisamente arroz o cebada. Nos deja en completa libertad de sembrar lo que nos parezca, y la ley de la naturaleza se advierte en la positiva relación entre la siembra y la cosecha. A quien necesite arroz, le será inútil sembrar cebada o cardos. Tal es el karma.

También lo afirman inconfundiblemente las Escrituras cristianas, al decir: «No os engaños. Nadie puede burlarse de Dios. Lo que el hombre siembre, eso mismo cosechará.» Esto es karma, ni más ni menos. Y al pensar en las leyes de la naturaleza en el plano físico, si apreciamos su significado y comprendemos lo que entrañan, no tendremos dificultad alguna en ampliar la idea a los planos mental y espiritual. Para dar a entender la continuidad de acción en los planos mental y espiritual se emplea la palabra karma en las obras induistas, budistas y teosóficas. Todos los mundos están relacionados y en todos rige la ley o sea el karma. Es una consecuencia invariable que nada tiene de común con el mandato. Deja a cada cual en completa libertad de elección; pero declara que esto o lo otro sobrevendrá inevitablemente a consecuencia de la elec-

ción, de suerte que, sea lo que sea lo elegido, habrá de aceptar la inevitable consecuencia. Esta afirmación expuesta en el mundo físico por un científico, inducirá a un ignorante a creer que no es ente libre y nada puede hacer. Si enunciamos escuetamente una ley natural, el ignorante podrá pensar: «La naturaleza ha establecido tal o cual condición; y por lo tanto yo no puedo obrar contrariamente.»

Pongamos por caso la ley de gravitación (una modalidad particular de la ley general de atracción) según la cual todos los cuerpos tienden a moverse hacia el centro de la tierra. El ignorante podría creer que todas las cosas han de moverse en este sentido, y colocado al pie de una escalera pudiera decir: «La ley de gravitación me prohíbe moverme en sentido contrario al centro de la tierra, y por lo tanto no puedo subir por la escalera». Pero, ¿cómo es posible subir? Oponiendo a la fuerza natural que nos empuja hacia el centro de la tierra, otra fuerza, la muscular, que nos permita ascender en sentido contrario. Esta es otra fundamental idea que debemos asimilarnos. Aunque hay la tendencia de ir hacia el centro de la tierra, no podemos levantarnos de la superficie sino por medio de otra fuerza igualmente natural. No quebrantamos la ley de la gravitación, sino que notamos su actuación en el esfuerzo que hacemos para contrariarla. Este esfuerzo corrobora la verdad de la científica proposición de que no podemos quebrantar una ley de la naturaleza. Para bajar por la escalera no necesitamos esfuerzos porque la ley de gravitación nos ayuda. Así

veremos, según adelantemos en el estudio, la verdad de una afirmación que al principio parecía paradójica, o sea de que, por ser las leyes inviolables, el hombre puede actuar libremente entre ellas, con la única condición de conocerlas y comprenderlas, pues, de lo contrario, será su esclavo. En la exacta proporción de nuestro conocimiento, seréis libres en medio de las fuerzas de la naturaleza. Podéis confiar en su actuación y calcular su resultado, porque obran invariablemente, y por lo tanto, cabe contar con ellas, neutralizar las que estorben y utilizar las que nos auxilién. Precisamente a causa de estar la naturaleza henchida de fuerzas que actúan en todas las direcciones posibles, le cabe al hombre dominar a la naturaleza por medio del conocimiento. Este es otro punto de evidente realización en el plano físico.

Un insigne científico dijo con profunda verdad: «A la naturaleza se la vence por medio de la obediencia.» Nadie puede luchar victoriosamente contra la naturaleza, pues es demasiado poderosa para anular las débiles fuerzas del hombre; pero es posible lograr que haga cuanto queramos si comprendemos las leyes de su actuación. Quien las comprenda será su dueño; y por estar el mundo regido por leyes, han sido posibles los admirables triunfos de la ciencia durante el pasado siglo, pues de lo contrario, las fuerzas de la naturaleza escaparían a todo cálculo y no podríamos proceder en nada con seguridad, porque de continuo ocurrirían accidentes imprevistos, sin saber nunca lo que podíamos esperar. Pero como las

leyes son inmutables, por lo mismo son calculables y comprensibles; y en consecuencia, en un mundo regido por leyes inmutables, el hombre es, mediante su razón, un agente libre, capaz de someter las leyes a su servicio y obligarlas a hacer lo que él no podría por sí sólo. Aquí está el secreto de la famosa frase de Emerson. «Unce tu carro a una estrella.» La fuerza simbolizada por la estrella moverá nuestro carro, cualquiera que sea su peso. El hombre no es siervo ni esclavo de la naturaleza, sino que está rodeado de cognoscibles y determinables fuerzas, las cuales puede gobernar y utilizar por el conocimiento. En medio de esta red de inmutabilidad es capaz de lograr su propósito, seguro de que la naturaleza no le fallará jamás ni se apartará de su invariable camino. Si el hombre fracasa es porque no ha evocado debidamente a la naturaleza, porque su conocimiento es imperfecto y esta imperfección le ha perdido.

¿Es posible transferir a los dominios de la inteligencia y de la moral esta inmutable e infrangible seguridad y certeza de la ley? Las religiones antiguas lo afirman, y también algunas de las modernas, aunque no tan clara y rotundamente. Si en efecto sucede así, entonces el hombre es dueño de su destino, porque puede actuar en los mundos donde se modela el porvenir y convertirse en lo que quiera ser. Mas para ello es necesario tan detenido estudio como en la ciencia del mundo físico, para conocer los métodos de aplicar las leyes, de suerte que produzcan los apetecidos resultados.

La general ley de acción comprende tres leyes subalternas: 1.^a El pensamiento es la fuerza constructiva del carácter. Cada cual es según piensa. 2.^a Que la fuerza llamada deseo o voluntad (dos modalidades de la misma fuerza) liga a la persona con la cosa deseada y la mueve a ir al lugar donde puede encontrarla para satisfacer su deseo. 3.^a Que la dicha o infortunio de que seamos causantes en el prójimo nos allegará respectivamente dicha o infortunio.

Ya dijimos en otra conferencia que la acción y la reacción son iguales y opuestas. Si el hombre conoce las tres leyes anteriores y sabe aplicarlas, será dueño de su porvenir y labrará su propio destino. En vez de quedar desamparado, como lo estaría según la hipótesis de una especial creación para cada alma, o según la de moral y mental herencia de sus antepasados, es capaz de determinar su porvenir en exacta proporción de su conocimiento y de su voluntad. No diré como actúan estas leyes, porque sin conocerlas ni saber aplicarlas de nada serviría la explicación por muy racional que fuese.

1.^a *El pensamiento forma el carácter.* Se puede comprobar esta afirmación, ya por la autoridad del pasado, que la expone reiteradamente en todas las Escrituras sagradas del mundo, ya por experiencia propia, y este último es el mejor procedimiento, porque nadie puede quebrantar el conocimiento resultante de la personal experiencia. El argumento de autoridad es muy claro en este punto. Dice el *Chhândogyopanishad*; «El hombre está creado por el pensamiento; el hom-

bre se convierte en lo que piensa.» Lo mismo dijo Salómón: «Como un hombre piensa en su corazón, así es.» Análoga idea se halla en el *Bhagavad-Gitá*: «El hombre consiste en su fe; tal como es su fe, así es él.»

Cinco mil años más tarde, el profesor Bain también señaló la conducta como testimonio de la creencia. Podría citar otras muchas máximas en demostración de que todas las Escrituras del mundo están acordes en este punto. Por doquiera encontramos expuesto el mismo principio. Pero si realmente es una ley de la naturaleza, ha de estar sujeta y ser capaz de comprobación, porque toda verídica afirmación de una ley de la naturaleza puede comprobarse por la experiencia individual, y así sucede con la que acabamos de exponer. Quien desee saber con absoluta seguridad si el pensamiento forma el carácter, que haga la prueba. El medio de probarlo es muy sencillo y demuestra en poco tiempo la verdad de la ley. Digo esto porque las gentes del día van siempre apresuradas; pero recordemos que no es posible adquirir sin paciencia y esfuerzo conocimientos de primera mano. Supongamos que deseais saber si os es dable reformar el carácter por medio del pensamiento y eliminar el egoísmo o cualquiera otra flaqueza, por ejemplo, la irascibilidad, que no es un crimen sino una flaqueza muy común en las gentes. Si reconocéis que os irritáis fácilmente, no volváis a pensar más en ello, porque como el pensamiento forma el carácter, al pensar en una flaqueza, la avivaréis y acrecentaréis, por lo que, pensando en vuestra irascibilidad, os

haríais más irascibles y fortaleceríais esta indeseable característica. En vez de pensar en la ira, pensad en la paciencia, su contraria virtud. Pensad en la paciencia unos cinco minutos cada mañana, pero sin faltar ni un solo día. No penséis una vez para luego dejar de pensar durante tres o cuatro días y volver a pensar después, porque la irregularidad invalidará vuestra obra y haréis como el soldado que marca el paso sin moverse de su sitio. Es preciso persistir en el ejercicio, porque es un experimento científico. Por lo tanto, pensad cada mañana cinco minutos en la paciencia. Valeos para ello del procedimiento que gustéis y variadlo si os place, pues no importa la manera de pensar con tal de pensar en la paciencia. Un excelente procedimiento es imaginaros perfectos modelos de paciencia o de la virtud que tratéis de cultivar. Pensad después en las personas de más agresivo carácter con quienes soláis encontraros e imagináoslas provocándoos como acostumbra siempre que os encuentran. Representaos que os agravian de mala manera e imaginaos que os mantenéis absolutamente pacientes e inmovibles ante todas sus provocaciones. Que no haya en vuestro pensamiento el menor resquicio por donde pueda penetrar la irascibilidad. Sea cual sea la provocación que imaginéis por parte del agresor, debéis manteneros pacientes en aquella vuestra representación mental. Repetid este ejercicio con cuantas variaciones gustéis durante siete semanas, y echaréis de ver que el pensamiento de paciencia acude a vuestra mente durante el día, sin necesidad de

evocarlo. Esta será la primera señal de que hace su obra vuestro matutino pensamiento. Habréis acostumbrado a la mente a pensar en la paciencia. Al principio, cuando os acometa un ligero acceso de irascibilidad, el pensamiento matutino se afirmará muy luego y excluiréis: «¡Oh! debí haber sido paciente.» Persistid en el empeño hasta que el pensamiento en la paciencia *coincida con la provocación* y seáis pacientes mediante el esfuerzo para serlo. Pero perseverad todavía más hasta que el pensamiento en la paciencia os acuda *antes* de la provocación, y ésta se desvanezca ante el hábito mental de paciencia. Proseguid así hasta que al cabo de unos cuantos meses (el tiempo dependerá de la fuerza de vuestro pensamiento) hayáis asimilado la paciencia a vuestro carácter y ya no sufráis la menor irascibilidad por provocación alguna. Sé que esto es verdad, porque yo misma lo he experimentado. Antes era naturalmente irascible, y sin embargo, ahora soy muy paciente. Probadlo todos de hacerlo así, y os convenceréis de que el pensamiento forma el carácter. De esta manera podremos ir eliminando flaqueza tras flaqueza hasta sustituirlas por la fortaleza. Podréis construir vuestro carácter con tanta precisión como el albañil levanta ladrillo tras ladrillo una pared, demostrando la exactitud de la ley operante, igualmente en el mundo físico y en el mental, de que el hombre es según piensa.

Si hacéis este sencillo experimento y teniendo en cuenta la importancia de la cuestión le sacrificaréis cinco minutos diarios durante unos cuantos

meses, adquiriréis este poder. Entonces, por lo que respecta al carácter, sabréis cómo construirlo y el éxito será sólo cuestión de tiempo y decidido esfuerzo. ¿No vale esto muchísimo más que ir suspirando toda vuestra vida: «¡Oh!, yo quisiera ser bueno», y sin embargo caer cada día en las mismas faltas? No hay otro medio seguro. El poder del pensamiento es el poder de la creación. Dios creó los mundos por su divino pensamiento. Nosotros creamos nuestros diminutos mundos por nuestro humano pensamiento. No hay en el universo otro poder creador, y si los hombres conocieran y aprovecharan este poder, sería su evolución mucho más rápida de lo que es.

2.^a Sigue luego el deseo. *El deseo atrae juntamente al deseador y al deseado.* Esta afirmación no parecerá de pronto tan clara como la anterior; y sin embargo, el deseo, forma invertida de la voluntad, es la única fuerza motora que en el universo existe. Por doquiera la vemos en su aspecto de atracción. La observamos en las afinidades y repulsiones químicas; en el imán que atrae al hierro dulce; en las fuerzas de cohesión, disgregación, atracción y repulsión. Es la doble fuerza de la naturaleza, la única fuerza motora. Cuando la ejercen en nosotros los objetos exteriores, podemos llamarla deseo. El deseo de poseer esto o lo otro. Mientras os veais atraídos o repelidos por los objetos exteriores, os hallaréis en el voluble estado de conciencia de que os hablé antes, corriendo en pos de tal objeto, asiendo uno tras otro en vagabunda inconstancia. Pero cuando en vez de ser juguete del deseo de los objetos

exteriores, dirigen la misma fuerza desde dentro, no los objetos exteriores sino las acopiadas experiencias discernidas por la razón, entonces la llamamos voluntad.

La diferencia entre un carácter débil y otro enérgico, es que el primero cede sin resistencia a la atracción de los objetos exteriores, y no es posible confiar en él, mientras que el otro está movido por internas experiencias que deciden su conducta entre los objetos atractivos y repulsivos, y se puede confiar en él. Hay en nosotros la fuerza del deseo, idéntica a la magnética, que nos mueve hacia los objetos atrayentes, como el pedazo de hierro dulce hacia el imán. Esta atracción tiene por motivo la unidad de vida en todas las cosas, pues las vidas separadas por sus diversas formas intentan de continuo reunirse. Todos los seres propenden a atraerse o a repelerse, tanto los animados como los inanimados, si hemos de emplear los términos comunes. Todo lo que deseáis poseer, queda atraído a vosotros por este deseo, y a veces así sucede aun en los límites de una corta vida. Cuando el hombre pone su deseo en un objeto, propende éste a caer en sus manos. Si alguien tiene vivísimos deseos de visitar un país, probablemente se le ofrecerá antes de morir la ocasión de visitarlo. Al considerar el más ámplio campo de muchas vidas, entonces se advierte el tremendo poder del deseo, que arrastra al hombre al lugar donde pueda lograrlo, que lo coloca en el punto donde llegue a su alcance el objeto por tanto tiempo deseado. Así el deseo establece nuestras oportunidades. El deseo nos atrae los

objetos y nos lleva a los sitios en donde podemos alcanzarlos. Tal es la segunda ley subalterna.

Todo esto entraña una amonestación. *Id alerta con lo que deseéis.* Sirva de ejemplo el más vulgar deseo: el de dinero. Ved al hombre que amasa una inmensa fortuna. Después de acopiada no sabe que hacer de ella y se le convierte en pesadumbre. Así sucede con la más común frecuencia. Pasó la mayor parte de su vida en amontonar riquezas y al fin se ve descorazonado y abatido. Mientras persiste en su mente el contraste entre la pasada pobreza y la presente riqueza, le causa intenso gozo su buena fortuna; pero gradualmente se habitúa a su inmenso poder de adquisición hasta que le abrumba lo adquirido. En esta lucha y en su consiguiente hastío subyace todo el secreto de la evolución. El hombre se esfuerza en lograr su deseo, y a poco de logrado, se desvanece la ilusión y ya no le satisface. Por medio de estos juguetes que de tal suerte nos atraen, induce Dios a sus hijos a hacer los esfuerzos necesarios para educir sus latentes potencias divinas. Los triunfos de la vida no aprovechan por el gozo que entrañan una vez obtenidos, sino por el esfuerzo a que estimulan para obtenerlos. Así es que nada hay peor para el progreso de un hombre que perder todo el deseo cuando aún su voluntad de conformarse con la Voluntad de Dios no ha sucedido al deseo de personal posesión. Sin deseo se aletarga, se inutiliza y no ejercita su voluntad.

En todo hay inevitable desengaño, excepto en la realización del Yo; y así dijo enérgica y hermosamente Jorge Herbert:

Cuando Dios hizo al hombre, tenía junto a sí una redoma llena de dones, y exclamó: «Derramaré sobre él todo cuanto pueda, y que las riquezas del mundo queden concentradas en un instante.»

Dióle primero la fortaleza y después siguieron la belleza, la sabiduría, el poderío y el placer. Cuando ya le había otorgado muchos dones, se detuvo Dios al notar que de todo Su tesoro sólo quedaba el sosiego en el fondo de la redoma, y exclamó: «Si también le concedo esta joya a mi criatura, adorará mis dones en vez de adorarme a Mí. Por lo tanto, no le daré sosiego, sino por el contrario le infundiré incesante inquietud. Que sea rico y se hastíe, para que si la bondad no le mueve, al menos que el cansancio lo traiga por fin a mi pecho.»

Todo fracasa menos lo divino, y cuando lo prueba todo y nada le satisface cumplidamente, se convence el hombre de su divinidad, y entonces, y sólo entonces, halla descanso y paz.

3.^a *Según des felicidad o miseria a los demás, así cosecharás para tí felicidad o miseria.* De conformidad con el efecto de nuestra acción sobre los demás, sobreviene análoga acción en nosotros. Esta ley esclarece algunos problemas de la vida. A veces vemos un hombre rodeado de lujos y sin embargo de mal carácter. ¿Por qué le ha favorecido la fortuna si es egoísta y enteramente repulsivo? La virtud no allega de por sí riquezas, pues su recompensa, como dice Tennyson, es «progresar y nunca morir.»

Supongamos que un hombre se desprende de una considerable cantidad de dinero con destino a parques u hospitales de una población, no por amor a los pobres, sino porque así espera merced

de un título de nobleza. ¿Cuál es su verdadera acción y que resultados producirá? El parque proporciona esparcimiento a millares de gentes, y el hospital devuelve la salud a millares de enfermos. El resultado de esta acción será de su misma índole, es decir, placeres, comodidades y bienestar físico de toda clase. Cosecha lo que sembró; y así como quien siembra trigo cosecha trigo, así quien siembra placer cosecha placer. Pero esto lo hizo con motivos egoístas, no con el propósito de proporcionar placer, sino con el de recibir en premio un título de nobleza. ¿Que hizo este hombre en realidad y cuál fué el resultado? Proporcionó recreación a los pobres en el parque y alivio en el hospital. La cosecha de esta siembra serán comodidades, placeres y molicias físicas. Cosecha lo que sembró. De la propia suerte que cosecha arroz quien arroz siembra, así quien siembra comodidades, las cosecha. Pero si costó el parque y el hospital con el propósito egoísta de lucrar con ambos ¿qué resultado tendrá esta obra? Que en la próxima vida nazca con un carácter egoísta y por lo tanto sujeto al infortunio por muchas que sean las comodidades de que esté rodeado. Parece algo paradójico que externamente haya comodidad y lujo e internamente un carácter antipático, y sin embargo la ley ha obrado con absoluta justicia. La naturaleza le ha pagado placer físico por placer físico, y por motivo egoísta carácter egoísta, que entraña infortunio personal en medio de su opulencia. Toda ley actúa según su índole en inevitables consecuencias. Nada se olvida ni se omite ni se perdona. La

actuación del karma explica las paradojas de la vida humana.

Quien comprenda bien estas tres leyes podrá labrar su porvenir con sólo aplicarlas. Es posible formar el carácter con el pensamiento, obtener las cosas por el deseo y conseguir la felicidad física, mental y moral, proporcionándoselas a los demás.

Conocidas estas leyes y el modo de aplicarlas, veamos de solventar las dificultades que se oponen a su completa comprensión. En efecto, tantos y tan entrelazados pensamientos, deseos y acciones, deben de formar un complicadísimo telamen de vida. ¿Cómo obra el pasado en el presente y cómo estos principios nos capacitarán para guiar con mayor prudencia nuestra conducta? El incompleto conocimiento de la ley kármica puede ser peligroso, porque quien no la conoce bien arriesga a resignarse con cuanto le suceda, exclamando: «¡Es mi karma!», tal como un ignorante sentado al pié de una escalera podría decirse: «No puedo subir porque la gravedad me atrae hacia el centro de la tierra».

El incompleto conocimiento del karma ha producido un paralizador efecto en muchos indostanes, que por ignorar que como todas las leyes de la naturaleza, la del karma no coacciona sino que capacita, se dejaron caer en la indiferencia, diciendo que nada podían «contra el karma.» Sin embargo, no está la culpa de esta ignorancia popular acerca del karma en los autores antiguos. En el Mahabarata leemos que Yudhishtira le pregunta a Bhishma, el señor del Dharma, que

qué era mejor, si el esfuerzo presente o los resultados del pasado. Bhishma explica detenidamente que el karma es consecuencia de los pasados pensamientos, deseos y acciones, y concluye por decir que el esfuerzo prevalece contra el destino.

Sin embargo, ¿como así cuando tantas vidas tenemos tras nosotros?, ¿cómo puede prevalecer el esfuerzo contra el destino, cuando hemos de habérmolas en el presente con tan enorme acumulación de consecuencias del pasado? Veámoslo. Consideremos ante todo los resultados de un solo día de actividad. Por la noche examinemos cuales fueron nuestros pensamientos. Los había buenos, malos e indiferentes, y el balance resultará con muy poco saldo en bien o en mal. Lo mismo cabe decir de los deseos. Los habrá habido nobles, buenos, malos y aun ruines. Por lo tanto, la resultante de las fuerzas del deseo tendrá su magnitud, intensidad y dirección. Igual sucede con las acciones. Unas habrán beneficiado y otras perjudicado a las gentes de nuestro trato. La resultante será la diferencia entre ambas clases de acciones. Si aplicamos este cómputo a todos los días de nuestras vidas pasadas, veremos que no recae sobre nosotros en la actual una caudalosa corriente de determinada índole, sino una multitud de canalículos que fluyen en encontradas direcciones y se neutralizan unos a otros de modo que el caudal resultante es relativamente escaso.

Cabe la posibilidad de que un hombre insista tan firme y deliberadamente en tal o cual pensamiento, que lo incorpore a su carácter; pero si con la misma insistencia y deliberación piensa en

lo contrario, deshará lo hecho antes. Pero en la mayoría de casos convergen hacia el individuo multitud de corrientes en distintas direcciones, con las que entremezcla durante esta vida otros pensamientos, deseos y acciones. De aquí que, a menudo, el pensamiento o deseo del momento baste para contrabalancear los opuestos e inclinar el fiel de la balanza a uno u otro lado. En la balanza del karma no están todos los pesos en un platillo, sino que suele haber tan poca diferencia entre ambos, que el peso de un dedo es suficiente para la inclinación. Por esto Bhisma procuró estimular a sus oyentes al esfuerzo, diciéndoles que prevalecía contra el destino. Nuestros pasados pensamientos, deseos y acciones y la masa actual de ellos están unos en favor y otros en contra de nosotros, y ahora podemos añadir el peso que a uno u otro lado incline la balanza hasta tocar al suelo.

Verdaderamente hay casos en que el mal karma es tan unilateral y pesado, que no puede neutralizarlo el presente esfuerzo. Entonces, quien conozca la ley del karma debe luchar contra el suyo con todas sus fuerzas, pues así aminorará la pesadumbre del pasado, que obra en siniestra dirección, y no habrá de luchar tan acerbamente en el porvenir.

Supongamos que un hombre en el pasado ha codiciado siempre los bienes ajenos y tiene en esta vida una violenta inclinación al robo. Cuando le asalta la idea de robar ¿ha de decir que no le es posible vencerla? Por el contrario, ha de resistirla con todas sus fuerzas, y aunque caiga en la

tentación, si repite a cada vez el esfuerzo, irá éste debilitándose hasta desvanecerse la siniestra energía. Podrá quedar hoy vencido, pero será mañana vencedor. La lección que el conocimiento del karma nos da, es que cualquiera que sea la tentación, debemos resistirla hasta la última dina de nuestra energía, y aunque los hombres juzguen acremente cada fracaso, por ignorar las luchas sostenidas, la ley kármica os acreditará en cuenta vuestros esfuerzos.

Supongamos ahora un caso en que yerran tanto en Oriente como en Occidente muchos que todavía no comprenden bien la actuación del karma. Cuando alguien se debate contra alguna dificultad o tiene algún sufrimiento, exclama quien lo ve: «Es su karma. ¿Qué puedo yo hacer por él?» Verdad que cuantos males y sufrimientos vemos en nuestro derredor son resultados del karma, pero esto no es razón para que repugnemos el trabajar en su alivio. El pensamiento dimana de los malos pensamientos, deseos y acciones, pero esto no justifica la retención de los pensamientos, deseos y acciones que transmutarían el deseo en dicha. Así como el ayer engendró el hoy, así el hoy puede engendrar el mañana. Aun por egoísmo conviene remediar los sufrimientos kármicos del prójimo, porque si no hacemos todo cuanto nos sea posible para remediarlos, nos crearemos un karma que entrañará falta de auxilio cuando estemos en necesidad. A los clamores del angustioso no hemos de responder: «Merecido lo tiene por loco o malvado», sino que nuestro deber es ayudar. Cierto es que la justicia de Dios rige el mun-

do y que nadie puede sufrir nada sin merecerlo; mas por lo mismo hemos de dejar la vara de la justicia en las divinas manos que guían el mundo y no erigirnos ciegamente en intérpretes de la ley kármica en cuanto a la inflicción de sufrimientos, sino instituirnos en mensajeros del amor y misericordia de Dios para quienes sufren, pues aunque cuando la ley exige un sufrimiento nada podemos hacer para evitarlo en los demás, sí podemos ser los escogidos para proporcionar consuelo kármico a quien ya haya satisfecho su deuda. ¿Rehusaremos ser agentes de la ley que nos pone por delante al afligido con objeto de que le consolemos? Si por incomprensión de la ley nos guarecemos en nuestra dureza, egoísmo e indiferencia, añadiremos el escarnio de la justicia a las culpas que ya tengamos acumuladas, y en la hora de nuestro sufrimiento no se extenderá ninguna mano en nuestra ayuda.

Este error proviene de ignorar o no comprender del todo la actuación de la ley kármica. No nos es posible evitar lo que por karma ha de sucederle a un hombre. Hemos de dejar que obre la ley, pues la Naturaleza no necesita que defendamos sus leyes. Nuestro deber es la acción. Trabajar en redimir todo cuanto sea posible, pero siempre con arreglo y en virtud de la ley; y si el karma neutraliza nuestros esfuerzos, no tendremos más remedio que someternos. El ignorante de la ley kármica se conduce a veces con mayor acierto que quien sólo a medias la conoce. Un europeo desconocedor del karma se esforzará en desbaratar los obstáculos que le embaracen el camino,

mientras que un indo medio enterado de la actuación de la ley se resignará con su suerte diciendo que nada puede contra el obstáculo. Ni la ignorancia absoluta ni la incompleta comprensión convienen al hombre. No es bueno desconocer la ley. Tampoco es bueno conocerla a medias, de suerte que paralicemos su acción. Conviene conocer la ley kármica y aplicarla útilmente. Toda la ley está contenida en los Shastras que han caído en olvido, y en consecuencia yerran los hombres en sus caminos.

Apliquemos la ley del karma al caso de un matrimonio, cuyo único hijo de diez y ocho años murió repentinamente. Los padres me dijeron: «¿Qué explicación tiene este karma que deja con vida a tantos desgraciados hijos de padres miserables, impotentes para criarlos, y en cambio nos arrebató a nuestro único hijo a quien podíamos dar acomodada posición social? Para responder escudriñé el pasado y ví que en otra vida habían sido también matrimonio y tuvieron cuatro hijos. Murió un hermano del marido, dejando un huérfano enteramente desamparado, y el matrimonio lo prohijó para no verle perdido por las calles; pero lo trataban ásperamente, escatimándole la comida y riñéndole de continuo, con lo que el joven, que era de temperamento delicado y anhelaba cariño, murió de pena a los diez y ocho años al ver que en vez de amor recibía aspereza. Pero en la próxima encarnación, el matrimonio volvió a serlo y tuvo por único hijo aquel mismo sobrino a quien con tan malos tratos prohijaran. Como es natural pusieron los padres en aquel hijo todas

sus esperanzas y complacencias, amándolo entrañablemente; mas el karma descargó su pesada mano sobre el matrimonio, arrebatándoles el hijo único a los diez y ocho años, a la misma edad en que muriera el prohijado sobrino. Así actúa el karma. No hay escape. La naturaleza no perdona ni olvida. Es preciso vencer por medio del conocimiento, para que sepamos paritear las fuerzas y neutralizar el pasado mal con el presente bien.

Estudiando de esta suerte la actuación de la ley, adquiriremos un concepto científico de la vida. Nadie se quejará al saber que él mismo es la causa de sus penas y de sus alegrías. El científico no inculpa a la naturaleza sino a su impericia cuando fracasa en algún experimento. Si hubiese dispuesto sus aparatos e ingredientes con arreglo a las leyes de la naturaleza, seguramente tuviera éxito, porque la naturaleza nunca nos engaña. Si el experimento no resulta, comprende el científico que el error está en él y no en la naturaleza, e indaga cuál fué su error para enmendarlo. De análoga manera influye en nuestra conducta el conocimiento del karma. No siempre podemos conocer la causa de las tribulaciones que nos sobrevienen, pero sabemos que tienen su causa, y así procuramos afrontar del mejor modo posible las consecuencias del pasado a fin de que las contrariedades del presente nos sirvan de fundamento para un dichoso destino en el porvenir. El conocimiento del karma es un poderoso auxilio en todas las vicisitudes de la vida. No hay injusticia ni parcialidad. Cada cual cosecha lo que siembra.

Acaso diga alguien que el problema del karma es de mucha dificultad filosófica y no cabe esperar que las masas populares lo comprendan; pero esto no es imposible en la India, donde los mismos labriegos nos enseñan en rústico lenguaje lo que es el karma. Saben que con su conducta preterita determinaron la vida presente y que ahora están determinando su porvenir.

Conversaban un indio y un inglés acerca del karma. El inglés decía:

—Las gentes no pueden comprenderlo. No está al alcance del vulgo.

Pasaban entonces por una casa en construcción donde trabajaban varios peones y albañiles, y el indio respondió:

—Preguntad a cualquiera de estos hombres por qué es usted lo que es y porque son ellos lo que son.

—No lo entenderán.

—No importa. Preguntádselo.

El inglés se acercó a un peón y le dijo:

—¿Por qué soy yo rico y está usted trabajando aquí a los ardores del sol?

—Porque en el pasado usted ganó lo que ahora es y yo gané lo que soy. Y si me porto bien, yo seré rico y dichoso en mi próxima vida, y si usted se porta mal será infortunado.

El karma influye en la vida y la obra del hombre. El peón no podía haberse expresado mejor de lo que yo me expreso, y aunque no argüía en términos filosóficos, comprendía el punto capital de la actuación kármica y a él ajustaba su conducta. No afirmaba científicamente el postulado

de la ley natural, sino que se contraía a sus efectos en la vida y conducta en sucesivos nacimientos.

Nada hay que tan prácticamente gobierne la conducta de los hombres como la ley del karma. Ya dije que el incompleto conocimiento de esta ley puede paralizar su actuación; pero el remedio de este inconveniente no es borrar el escaso conocimiento que las gentes tengan de la ley, sino acrecentarlo para estimular a la acción y fortalecer la voluntad.

Respecto al deseo, hay una objeción que tal vez embarace a alguien. Parece que el deseo no está por completo bajo nuestro dominio. ¿Cómo ponderar nuestros deseos para escoger de entre ellos los que nos pongan en posesión de los objetos más a propósito para nuestra verdadera dicha? El deseo nace de la necesidad. ¿Cómo repugnar lo que nos gusta y desear lo que nos disgusta? Directamente no es posible intercambiar los deseos ni substituir unos por otros. Sin embargo, no es de todo punto imposible, porque la actividad tiene tres fases: el pensamiento, el deseo y la acción. El pensamiento acude de nuevo en nuestro auxilio. Si la desmedida apetencia de comer, beber y de goces de cualquiera índole producen engañosos resultados, no es posible refrenarlos directamente, pero sí por medio del pensamiento. Examinad vuestra conducta y ved cuales de vuestros deseos son «la matriz del dolor». Supongamos que es la gula, que apetecéis comer mucho y regalonamente. Entonces, cuando estéis en sosegada actitud mental, no en el momento del

goce, reflexionad diciendo: «¿Qué consecuencia tendrá mi gula? Indigestión, torpeza, fastidio y alguna enfermedad. Refrenaré este deseo que al fin me ha de infligir sufrimiento.» Así se empieza a dominar el deseo por medio de la mente, que traza el cuadro de los desastrosos efectos del vicio y engendra repugnancia por él. De propósito nos colocamos en la mental disposición de no ceder a un pasajero deleite que acarrea largos sufrimientos. Con las armas mentales combatimos el deseo, y así cabe utilizar el pensamiento para subyugar el deseo y transmutarlo. Si nos representamos vividamente los penosos resultados del vicio y vemos que nos ha de sumir en la maldad y el sufrimiento, nos colocaremos en hostil actitud mental hacia él.

Conviene escoger científica y acertadamente nuestros deseos pensando en sus consecuencias. Podemos escoger entre gastar un duro en un libro o en un almuerzo. Lo mejor será invertir una peseta en el almuerzo y cuatro en el libro, porque el libro perdura y el regalo del paladar es transitorio. La deliberada elección por medio del pensamiento es en todo ser racional el arma más eficaz contra los deseos de dolorosas consecuencias. Seguramente esto supone que la conducta ha de ser prudente y reflexiva, y en efecto, nadie que de humano se precie puede vivir como los brutos movidos por la pasión y el deseo sin pensar en el futuro. El hombre es pensador por naturaleza, según indica la raíz etimológica de la palabra hombre, derivada del sánscrito «man» que significa pensar. El hombre es pensador no sólo por

su nombre sino por el lugar que ocupa en la evolución, por el peldaño en que está de la escala de las vidas. Y para quienes razonan, piensan y disciernen, el conocimiento es absolutamente necesario, porque la razón de nada sirve si no tiene objetos que observar, comparar y juzgar. Por lo tanto, es indispensable estudiar la ley para conocerla, y una vez conocida, obrar de acuerdo con ella.

Tal ha sido el tema de este discurso. Expuse la ley del karma en sus tres fases relativas al deseo, pensamiento y acción. En vez de disgustaros de lo que sois, colocaos en propicia actitud mental para ser lo que deseáis ser. El pensamiento claro y vigoroso es propio del hombre racional; y así como en el mundo físico, cuando no encontramos las cosas tal como las queremos, indagamos la causa para mudarla de modo que produzca los anhelados efectos, así también el creador poder del pensamiento podrá transmutar nuestros deseos, de suerte que inviertan de mal en bien nuestras acciones, pues nuestra dicha o infortunio depende de nuestra conducta con los demás.

Al conocer la ley por medio del estudio, conduciós como seres racionales. Preparaos un destino mejor y un más noble porvenir. Recordad que así como el pensamiento es el creador poder que construye el carácter, así es el carácter el principal factor de vuestra dicha. El carácter noble, firme y entero significa un grandioso destino para el porvenir. En vuestras manos lo tenéis si aprovecháis el poder de formar el carácter.

CAPÍTULO VI

La vida del hombre en los tres mundos

En determinadas épocas de la historia, no en todas, predomina entre las gentes de algunos pueblos la idea de que todo cuanto hay del hombre es lo que de él vemos en esta vida y en este mundo, limitado al periodo entre el nacimiento y la muerte sin relación ni conciencia en otros mundos. Es de notar que esta fase, repetida una y otra vez en la historia del mundo, aparece siempre en análogos periodos, pero nunca en los vigorosos comienzos de una nueva civilización, sino cuando ya caduca y sobrecargada de excesos, predominan en ella los goces sensuales contra la vida intelectual, y los refinamientos materiales substituyen a las altezas de la mente. Siempre coinciden el lujo y la molicie con el fin de una civilización. En uno de sus famosos *Ensayos* declaró lord Bacon que las épocas de ateísmo eran siempre de índole laica y escéptica. (1) Lo cierto

(1) Ignoro si lord Bacon hubiese dicho lo mismo de la Revolución francesa; pero importa recordar que el reinado del Terror coincidió con la proclamación de la creencia en el Ser supremo, de modo que el derramamiento de sangre no puede atribuirse al pensamiento filosófico por escéptico que sea.

es que siempre aparece el materialismo cuando una civilización ha transpuesto el pináculo que precede a su decadencia. Parece como si en las normales condiciones de salud física y mental, nunca pensara el hombre en considerarse recluso en la mera vida terrena. Sin embargo, cuando el cuerpo prevalece contra la mente, y los sentidos dominan a la inteligencia, cuando se rebaja la vida para regalo del cuerpo y halago de la concupiscencia, descuella la idea de que el hombre no es inmortal.

También observamos que en el seno de una civilización decadente y materialista late el embrión, el germen de una nueva civilización que ha de suceder a la moribunda. La Roma imperial era ya notoriamente materialista antes de que se iniciase su decadencia; pero del seno de aquel vacilante imperio brotaba la nueva fe que había de edificar el cristianismo. Porque siempre en la historia, al propio tiempo que la generalidad de las gentes van perdiendo la fe en las cosas espirituales, desciende de los mundos superiores una nueva influencia, de suerte que se echa de ver el germen de una nueva civilización en el seno del caduco cuerpo de la antigua.

Seguramente algo parecido se advierte en nuestros días. Si retrocedemos a los últimos treinta años de la pasada centuria, observaremos el enorme incremento de la incredulidad, el escepticismo de la ciencia, cuyos descubrimientos la sumían cada vez más hondo en las ideas materialistas. Junto con la decadencia de la religión y los peligros que por todas partes la amenazaban, había

análoga tendencia en literatura y arte, que ambos eran más bien imitadores que originales. Este fenómeno se notaba con mayor intensidad en Francia, donde el materialismo había hecho más prosélitos que en parte alguna, y la literatura y el arte franceses sufrieron más esta influencia que otras naciones. La literatura degeneró en obscena, el arte cayó en la indecencia y reprodujo horriblemente repulsivas escenas.

Pero ahora se nota por doquiera una poderosa reacción religiosa y con ella la tendencia a nuevas modalidades artísticas en pintura, escultura y especialmente en música, pues siempre que hay un nuevo impulso de vida espiritual lo hay también de un nuevo arte original sin remedos. Se está preparando una vez más una nueva civilización, y aunque la antigua decae, la humanidad seguirá adelante su camino con nueva fuerza y vigor, dispuesta a revestirse de un nuevo ropaje de gloria y hermosura.

Muchos indicios hay actualmente no sólo de una restauración religiosa, sino también del reconocimiento (aparte de lo que concretamente se llama religión) de una más amplia conciencia del hombre relacionada con más de un mundo, porque mientras vive en la tierra está en contacto con mundos distintos del físico y no perceptibles por los sentidos corporales.

No me refiero especialmente a la Sociedad Teosófica, sino más bien al amplio movimiento que se nota en todo el mundo y que llamamos «movimiento teosófico». Sobre todo entre los psicólogos observamos la tendencia a reconocer y estudiar

la actuación de la conciencia humana fuera del cerebro; el reconocimiento de mundos que vagamente conjeturamos aunque todavía no percibimos; que aún no comprendemos, pero cuya existencia presentimos. Científicos como sir Oliverio Lodge, y muy concretamente Federico Myers, nos hablan de una conciencia planetaria y cósmica, significando por la primera una conciencia propia de nuestro mundo terrestre que actúa mediante el cerebro; y por conciencia cósmica la que se extiende a los reinos supraterrénos, y relacionándose con más amplia vida, abarca más dilatados horizontes. En su obra *La Personalidad humana* expuso Myers que en nuestra época hay muchos indicios de que el hombre empieza a desenvolverse en el círculo de su conciencia planetaria el reconocimiento del cosmos y no sólo de un planeta, y que esta amplia conciencia se manifiesta en religión, arte, poesía y en la belleza de la vida, todo lo cual resultaba inútil desde el punto de vista del vulgar materialismo. Citaba la afirmación de un materialista francés, en la que éste decía que el objeto de la evolución humana era la conquista y dominio del mundo físico, de suerte que todo cuanto no contribuyera a este único fin era secundario, así como en la industria hay productos secundarios respecto del que en primer término se trata de obtener. El ideal de la evolución, según Myers, es la conquista del planeta por medios materiales, y todo lo que de esto se aparte quedará relegado a segundo término, como por ejemplo, la religión y el arte, a juicio de dicho autor materialista y con arreglo

a la enumeración que hizo de las cosas que podrían alzar al hombre más allá de la jefatura del reino animal.

Por supuesto, que si nuestro exquisito sistema nervioso sólo nos pusiera en contacto con el mundo físico, si no poseyéramos otro instrumento más delicado que análogamente nos pusiera en contacto con otros mundos y si nuestra conciencia naciera en la tierra y en la tierra pereciese, fuera imposible refutar los argumentos materialistas, porque entonces todo lo no terreno, lo no tangible, sería quimérico, fantástico e ilusorio, productos o desechos sin utilidad alguna para la evolución, de modo que el hombre, a pesar de su sensibilidad, debería esforzarse únicamente en la conquista de este mundo, el único posible para él. Si así fuese, resultaría misérrima la vida humana, pues lo único que da realidad a la vida y la hace soportable, son precisamente los que el materialismo llama productos secundarios, que levantan al hombre sobre la tiranía de las circunstancias. Podemos perder hacienda, salud y cuanto pertenece al cuerpo físico, menos la lucidez mental; pero si nos dejan la religión, la literatura y el arte, aún tendrá para nosotros alicientes la vida, cuya dicha no depende de la riqueza ni de nuestro ambiente de relación social ni de las circunstancias, sino de internos tesoros que nadie nos puede arrebatarnos, pues pertenecen a un mundo indestructible. De estos tesoros depende la felicidad del hombre y se dilatan a mundos inmortales donde no tiene acceso la muerte.

Consideremos primero la vida en el mundo fi-

sico para ver lo que en realidad es. El Yo consciente, vívido, que piensa, quiere y obra es el hombre en esencia. Pero ¿cómo se relaciona este Yo con el mundo físico? No directamente, sino indirectamente, por medio de un organismo constituido con materia del mundo físico, y modelado de suerte que sirva para la actuación de la conciencia. Si observamos, por ejemplo, el caso de aquella infeliz muchacha norteamericana Elena Keller, muda, ciega y sorda, sin otros sentidos que los del tacto, gusto y olfato para relacionarse con ella, advertiremos que la conciencia del Yo estaba aprisionada, excluida del mundo en que vivimos. El uso del cuerpo, su perfección, depende de su facultad de relacionarse con el mundo para que fué construido, para poner así en contacto al verdadero hombre con el mundo que le rodea. Cada paso adelante en la evolución física hace del cuerpo un instrumento más a propósito para relacionarse con el mundo exterior. La valía del cuerpo consiste en que es el instrumento por cuyo medio se relaciona la conciencia con el mundo exterior, y esta idea la hemos de comprender concretamente para advertir la relación entre el Ego y los cuerpos de que está revestido.

El cuerpo físico está dotado de cinco sentidos; y sin embargo la Teosofía, de acuerdo con el proverbio, afirma que el hombre tendrá con el tiempo siete sentidos, pues dos están en vías de desenvolvimiento, y cuando en el transcurso de la evolución física se desarrollen, pondrán la conciencia en más cercano contacto con el mundo exterior. La Teosofía enseña que estos otros dos sentidos

funcionarán por medio de dos pequeños órganos situados en el cerebro, aunque la ciencia anatómica los considere hoy como vestigios de órganos que un tiempo estuvieron en actividad, pero que se han atrofiado y ya no sirven sus reliquias. Dichos dos órganos son el cuerpo pituitario y la glándula pineal.

Los teósofos afirmamos, no por simple teoría, sino por observación y experiencia, que tales órganos son rudimentarios, es decir, que aguardan condiciones favorables para su desarrollo, y no son, como dice la ciencia, vestigios de órganos un tiempo activos. Sin embargo, no negamos que la glándula pineal fué el «tercer ojo» o sea un ojo intermedio, pero añadiremos que la glándula pineal desempeñará en el porvenir la misma función que ya desempeña en algunos individuos cuya evolución se apresuró artificialmente. El desarrollo de esta glándula será peculiar a toda la raza humana cuando adelante en su evolución.

En efecto, la glándula pineal es el órgano de la transmisión del pensamiento de uno a otro cerebro, y cuando esté plenamente activa pondrá al hombre en contacto con las corrientes mentales que sin cesar fluyen por el mundo circundante, de modo que sea capaz de recibirlas y aprovecharlas. Así como el ojo recibe hoy las ondas etéreas a que llamamos luz, cuyos rayos le facultan para ver, así también la glándula pineal recibirá en el porvenir las vibraciones levantadas en la materia física por el pensamiento, y las utilizará para la comunicación mental.

El cuerpo pituitario tiene distinta función. Es el órgano que nos relaciona con el mundo astral, y cuando la meditación lo pone en actividad, constituye un puente entre las conciencias física y astral.

En este caso, los dos mundos físico y astral son perceptibles en estado de vigilia, y durante el sueño deja el hombre el mundo físico y vive en el astral, con la particularidad de que al despertar recuerda todo cuanto hizo en el mundo astral, de la propia manera que nos acordamos hoy de cuanto ayer hicimos en el plano físico. El cuerpo pituitario está ahora evolucionando en el organismo cerebral, y tan cerca se halla ya del punto de funcionamiento, que un ligero estímulo puede ponerlo en actividad. El cuerpo pituitario ha de ser el órgano del sexto sentido corporal por cuyo medio perciba el hombre exacta y concretamente lo que ahora sólo percibe de una manera vaga, y vea el mundo astral tan claramente como ahora ve el físico, unificando las conciencias física y astral de suerte que ambas actúen conjuntamente en sus respectivos cuerpos y sean una sola en ambos mundos.

Me he desviado del punto que trataba de considerar. El cuerpo físico es el instrumento que nos pone en contacto con el mundo físico y cada órgano en él evolucionado está en relación con determinadas vibraciones físicas. En la *Fortnightly Review* (Revista Quincenal) del año 1891, si no me equivoco, exponía el profesor Crookes, que el conocimiento del mundo exterior depende de nuestros sentidos, y que si se alterara la cons-

titución del ojo, cambiaría por completo la visión del mundo exterior. Ahora bien; el éter vibra en el ojo por el choque de las vibraciones a que llamamos luz, y dice Crookes que si el ojo pudiera vibrar al choque de las ondas eléctricas, respondería a las vibraciones de la electricidad en vez de responder a las de la luz. Esto supuesto, describe Crookes el mundo exterior tal como le aparecería al hombre que lo viera por medio de las ondas eléctricas en vez de por las luminosas, y demuestra cuán diferente sería.

Esto no es más que un ejemplo de la alteración que produciría en nuestra conciencia un leve cambio de estructura de nuestros actuales órganos sensorios; y si recordáis que todavía estamos evolucionando, que no hemos terminado aún nuestra evolución, echaréis de ver fácilmente la posibilidad de que sobrevengan pronto alguno de los cambios que he indicado, según ya los advertimos en un cada vez más creciente número de individuos cultos y educados de la quinta raza raíz o raza aria.

Por lo que atañe al cuerpo físico nos encontramos respecto de lo dicho en el terreno de la ciencia ordinaria con añadidura de una previsión del porvenir. Sigamos adelante y consideremos el mundo astral o del sueño. Por de pronto no hemos de salir del terreno científico, porque la ciencia ha realizado en los últimos treinta años muchas investigaciones sobre los sueños. Primeramente estudió el efecto de sugerirle un sueño a un individuo por medio de un toque en su cuerpo. Gran número de estos experimentos se encuen-

tran descritos en la obra: *Filosofía del Misticismo* de Du Prel, que bien merece vuestra atención. Los experimentos demostraron que por medio del contacto se les puede hacer soñar a muchos individuos. En un caso, el contacto se efectuó en el pescuezo, y al despertar el individuo dijo que había soñado que perpetraba un asesinato, que le habían procesado y que en el acto del juicio oyó la acusación del fiscal y el veredicto del jurado con la consiguiente sentencia de muerte, llevándole después a la guillotina a cuyo contacto con la cuchilla despertó.

Se registran varios experimentos de esta índole y algunos de nosotros hemos comprobado otros análogos. La vividez y plenitud del sueño dependen de la potencia imaginativa del individuo y del poder o energía de su pensamiento. A un colono de Australia le rociaron la cabeza con agua mientras dormía, y salió despavorido de su tienda creyendo que se había desencadenado terrible tempestad. Sin embargo, el cielo estaba sereno. Lo mismo se experimentó con un hombre culto quien soñó en diversas escenas de tempestad. A mayor imaginación, mayor vividez de sueño, aunque sea sugerido. En todos los casos, el individuo relató el sueño al despertar.

No obstante, era este un grosero procedimiento de experimentación, por lo que más adelante se varió en el sentido de poner a prueba al sujeto sumiéndole en sueño hipnótico y preguntándole lo que veía y qué hacía durante el sueño. De esta suerte se estableció la teoría del hipnotismo; pero después se quiso averiguar la naturaleza del sue-

ño en condiciones normales sin que interviniera sugestión externa. En estos otros casos se manifestaron distintos fenómenos. Myers refiere que un individuo soñaba en algo que deseaba conocer y que no le era posible en estado de vigilia. Un caso notable es el del arqueólogo que inutilmente se esforzaba en descifrar un rebelde trozo de jeroglífico, cuando una noche se le apareció en sueños un antiguo sacerdote y le resolvió la dificultad. Muchas veces, el conocimiento de una cosa no está al alcance del individuo en conciencia vigílica de la mente cerebral, y sin embargo llega a conocerla cuando actúa fuera del cerebro físico a la sazón dormido.

Las investigaciones han ido todavía más allá. Hubo individuo capaz de ver un suceso antes de ocurrir y quedar con ello advertido del futuro acontecimiento. Ejemplo de ello nos da el caso del vapor *Waratah* al que se creía perdido después de haber zarpado de Australia. En el camarote de un pasajero se apareció por tres veces en una misma noche el espectro de un hombre que sin decir palabra tenía en una mano un paño manchado de sangre y en la otra una espada que colocó entre el paño y el pasajero. El sueño no parecía de particular significado, pero produjo su efecto, porque el pasajero aquél no las tuvo todas consigo y desembarcó en Durbán, y cuatro noches después soñaba que el buque se debatía en un mar tempestuoso hasta que lo engulló una enorme ola, sin esperanza de salvación. En efecto, se dió al buque por perdido y la compañía de seguros satisfizo la indemnización. Lo interesante

en este caso es el aviso del naufragio, el desembarco del pasajero y el sueño del hundimiento. Como este aviso, se registran muchos otros que cualquiera puede estudiar. ¿Qué indican estos avisos? Para quienes han desenvuelto su conciencia hasta el punto de actuar lo mismo en el cerebro físico que fuera de él, indican la existencia de otro mundo que interpenetra al físico; un mundo también *material*, pero de materia más sutil que la del físico. Asimismo denotan dichos fenómenos que el hombre posee un cuerpo de esta materia sutil, que interpenetra su cuerpo físico y le pone en contacto con el mundo compuesto de su misma clase de materia. Este otro cuerpo es, por decirlo así, una segunda envoltura de la misma materia que la del segundo mundo, el astral, y es tan cuerpo como el físico en el sentido de instrumento para poner la conciencia en contacto con un mundo externo. El segundo cuerpo, a medida que se desarrolla, pone la conciencia en contacto con el segundo mundo.

Este segundo cuerpo está ahora evolucionando y denota mayor desarrollo en las razas superiores y en los individuos cultos. Es el cuerpo que ha de desarrollarse ahora a su vez en el transcurso de la evolución y ya ha adquirido algún desarrollo en los países más adelantados del mundo. Según vaya desarrollándose pondrá la conciencia en relación con el mundo astral, capacitando al hombre para percibirlo.

Los sueños en que se reciben explicaciones y avisos son el resultado de la actuación de la conciencia humana en un cuerpo de materia sutil,

pero no lo bastante evolucionado todavía para que en él actúe tan desembarazadamente como en el cuerpo físico, cuya evolución ha ido efectuándose en el transcurso de millones de años.

La evolución del cuerpo astral puede apresurarse por vigorosa meditación, cuya consecuencia es ir desarrollando los órganos de dicho cuerpo astral tan sencilla y naturalmente y con arreglo a las mismas leyes que fué desarrollando uno tras otro sus órganos el cuerpo físico. Nada hay sobrenatural en esto. Todos vosotros estáis próximos a semejante condición, y las vagas impresiones que de cuando en cuando recibís provienen de que el cuerpo astral está ya lo suficientemente evolucionado para responder a las vibraciones de la materia sutil, pero no lo bastante para quedar gobernado y actuar deliberadamente en él. Mientras dormís por la noche, estáis en el cuerpo astral y os desprendéis del físico. Siempre actúa el cuerpo astral, día y noche; por la noche es el vehículo de la conciencia en el mundo astral; de día es el vehículo de deseos que estimula al cuerpo físico a la acción. Este cuerpo astral es el instrumento de nuestros deseos y sentimientos, por lo que también se le ha llamado «cuerpo de deseos». Es el cuerpo que se desprende por la acción del cloroformo y otros anestésicos, dejando insensible al cuerpo físico, porque la verdadera sensación no está en el cuerpo físico, que nada siente cuando los anestésicos expulsan la materia sutil que lo interpenetra. «Quedarse dormido» es sencillamente salir del cuerpo denso y quedarse en el cuerpo sutil, de la propia suerte

que al llegar a casa os quitais el abrigo o el traje de calle y os quedais en traje de casa. Conviene advertir que no sólo usaréis este cuerpo sutil después de la muerte, sino que ya lo estáis usando ahora. Al morir no seréis espíritus desnudos, sino que os encontraréis cubiertos de una vestidura que os será familiar, y esta familiaridad aumentará a medida que seais más conscientes durante el sueño. Según vayáis desarrollando el cuerpo sutil y usándolo más plenamente, vuestra vida «durmiente» será tan vívida como la de vigilia y aún cabe afirmar que más real todavía que la vida física. Así como los gases son más sutiles que los líquidos y los sólidos, así el mundo astral es más sutil que el físico. De la propia suerte que la luz hace visibles los colores que no se distinguen en la grosera materia desprovista de luz, así toda clase de colores y delicados matices se os harán visibles cuando este sutil cuerpo esté organizado, y os encontraréis en otro mundo más real que el físico porque vuestra conciencia estará separada del mundo exterior por una más sutil envoltura de materia.

Tratemos ahora del tercer mundo, el mental. Normalmente vivimos en los tres mundos mientras estamos en vigilia. Siempre que pensáis en algo empleáis al efecto una clase de materia todavía más sutil que la astral, a la que el profesor Kingdon Clifford llama «substancia mental» y responde por medio de vibraciones a las cambiantes modalidades de conciencia, tan exactamente como las vibraciones del éter determinan la conciencia de la luz. También vivís en el mundo

mental, pero el instrumento de conciencia para relacionaros con él, está todavía mucho menos desarrollado que el cuerpo astral en la generalidad de las gentes. Sin embargo, a medida que adelante la evolución, se irá desarrollando más y más, de modo que sea posible prescindir de los cuerpos físico y astral, y actuar con plena conciencia en el mundo mental. Este es el mundo llamado celeste. El *svarga* de los induistas.

Aunque consideréis lo expuesto como nueva teoría, reflexionad sobre ella, advirtiéndole que *siempre* estáis viviendo en los mundos físico, astral y mental; que usáis tres cuerpos relacionados respectivamente con el mundo constituido de materia análoga a la suya, y que sirven de instrumento para actuar conscientemente en cada mundo. La evolución va perfeccionando los tres cuerpos uno tras otro, de suerte que mientras se efectúa el perfeccionamiento del cuerpo físico, se organiza el astral y se desarrolla el mental, poniéndose cada uno de los tres en contacto con su respectivo mundo.

Echaréis de ver que estos hechos explican un enorme número de fenómenos que a vuestro alrededor ocurren, especialmente aquellos en que se funda la nueva psicología, como los sueños, la doble vista, la profecía, la videncia, el vaticinio del porvenir y todos los fenómenos de carácter religioso. Todo esto entra en la esfera de la superconciencia, y si la genuina psicología ha de fundarse en el testimonio de la conciencia, resultará, como dice el profesor James, que el científico no puede en modo alguno desconocer el testimonio

de la conciencia, largo tiempo desconocido por la ciencia. Si desconocéis o menospreciáis el testimonio de los místicos, los profetas y los santos que daban fe de sus propias experiencias; y si aparte de estas entidades altamente desarrolladas, desconocéis o menospreciáis las ordinarias experiencias de las gentes vulgares que de cuando en cuando se ponen en contacto con el mundo superior, ya por la oración, ya por la meditación, entonces habréis de prescindir enteramente del testimonio de la conciencia, porque no es lógico aceptar unos testimonios y rechazar otros.

Ahora bien, si rechazáis el testimonio consciente de las propias experiencias individuales, no disponéis de fundamento alguno, porque todos los conocimientos psicológicos han de basarse en las experiencias de la conciencia. La existencia de la materia es tan sólo para cada individuo una inducción, porque al sentirse afectado por la materia *induce* que existe. Lo mismo cabe decir de la existencia de los demás individuos con relación a cada uno de ellos, pues cada cual *induce* que los demás existen porque se ve afectado por ellos. En cambio, es un hecho cierto e indudable para cada individuo su propia existencia. De esto se infiere que el testimonio de la conciencia es primario y cualquiera otro es secundario. Aunque tratéis de prescindir de todo testimonio, excepto el de los ojos corporales, habréis de confiar necesariamente en el de vuestra conciencia afectada por los ojos.

¿Cómo influye esto en la mente y en vuestra actitud hacia ella? Expongámoslo en términos

religiosos. El cristiano llama a los tres mundos la tierra, el purgatorio y el cielo. El induista los llama *bhurloka*, *bhuvarloka* y *svarga*. Son exactamente los mismos tres mundos, porque todas las religiones enseñan las mismas verdades. Los tres mundos no están separados, sino que se interpenetran; de modo que si tenéis los tres cuerpos en disposición de actuar, podréis ver los tres mundos a la vez, y viviréis constantemente en los tres, viendo y comunicándoos con sus habitantes, tan por completo como en el mundo físico. Sin embargo, para tener los tres cuerpos en disposición de actuar, es necesario penoso esfuerzo y prolongada práctica. Todos los hombres se hallarán sucesivamente en los mundos astral y mental después de la muerte; pero se figuran engañosamente que sólo entonces entran en dichos mundos y que durante la vida física están fuera de ellos. Las religiones modernas han abierto un abismo entre los tres mundos, y no hay tal abismo, porque constantemente se interpenetran.

Algunos creen que la muerte les arrebatara a sus parientes y amigos; pero no es así, pues están con vosotros y conscientes de vosotros aunque vosotros no seáis conscientes de ellos. Verdad es que unos y otros poseéis cuerpo astral; pero ellos son conscientes en él y vosotros no. Ellos han perdido el cuerpo físico por cuyo medio se comunicaban antes con vosotros, y por lo tanto no pueden afectaros. Vosotros decís que los habéis perdido, pero ellos no os han perdido a vosotros. Ellos están conscientes de otro mundo en el cuerpo astral, y unos y otros vivís en el mismo mun-

do astral aunque vosotros no podáis transmitir el conocimiento de él a vuestro cerebro físico. Durante el sueño estáis con ellos, porque entonces también vosotros habéis desechado interinamente el tupido velo de carne y actuáis unos y otros en el cuerpo astral.

Mientras estáis despiertos no prestáis mucha atención al mundo astral porque vuestras energías fluyen hacia el exterior; pero también entonces están junto a vosotros los muertos queridos y son conscientes de vosotros, por lo que si retraéis vuestra conciencia del mundo físico, os pondréis en contacto con ellos aun en estado de vigilia.

No obstante, esta relación es muy difícil cuando ellos pasan al mundo celeste, a causa de la sutilidad de las vibraciones de una tan tenue materia; pero aun entonces, si practicáis lo que la religión de cada cuál aconseja que hagáis, empleando más tiempo en la oración y en la meditación, ⁽¹⁾ también os pondréis en contacto con el mundo celeste. Entonces la muerte perderá para vosotros toda idea de temor y dolor, porque la vida se continuará sin interrupción en los tres mundos sin que la muerte los separe.

Después de la muerte sigue siendo el hombre el mismo que antes, con los mismos pensamientos, emociones, deseos, esperanzas y temores. No hay más diferencia entre el hombre antes y después de la muerte, que la del mismo hombre antes y después de haberse cambiado de traje. El hom-

(1) Ambas producen el mismo resultado aunque la meditación es más puramente mental que la oración.

bre a que llamamos «muerto» se ha quitado el traje externo y de aquí que no pueda afectarle el mundo exterior. A veces la identificación con su conciencia es tal, que no cree haber muerto, y sólo se percata de ello cuando poco a poco echa de ver que no le es posible afectar a los objetos físicos ni a las personas carnales, que no le responden si les habla ni sienten cuando las toca. Puede ver la materia astral de un objeto; pero el objeto no se moverá si lo empuja, como se hubiera movido antes. Repetidas veces nos hemos encontrado con individuos que no se creían «muertos» y se admiraban de que sus parientes y amigos no les hicieran el menor caso.

Tiempo vendrá en que todos desecharéis el cuerpo físico y os encontraréis en el mundo astral con entera conciencia, saludados por vuestros amigos. ¿Cuál será entonces vuestra condición? Depende enteramente de vuestra conducta actual. Por medio de los sentimientos, deseos y emociones de vuestra vida cotidiana vitalizáis el cuerpo astral. Si os entregáis a los placeres sexuales quedará vitalizada la materia más grosera del cuerpo astral; pero si preferís las emociones nobles, el amor de la familia, el afecto hacia los amigos, el cultivo de las facultades artísticas y el interés por las cosas espirituales, quedará vitalizada la porción más sutil del cuerpo astral. Así todo depende de las condiciones que durante la vida terrena establezcáis. Si todos vuestros placeres se concretan en la comida, bebida y concupiscencias carnales, será entonces la muerte un violento y doloroso choque, pues el deseo por

todos estos placeres continuará en el mundo astral sin posibilidad de gozarlos, ya que os faltará el medio de relación con el mundo físico. En este hecho se fundan todas las ideas de infiernos expuestos por las religiones, porque las ansias imposibles de satisfacer constituyen positivos y terribles tormentos para el hombre y hacen para él del mundo astral un verdadero infierno. Razón tienen las religiones al decir que si únicamente atendéis a las cosas de este bajo mundo, sufriréis mucho después de la muerte. Así ocurrirá sin que sirva de disculpa la ignorancia del hecho ni de alivio la «misericordia de Dios», pues la misericordia de Dios no os salvará de quemaros si ponéis las manos en el fuego. Nadie os librará de los sufrimientos después de la muerte si establecéis durante la vida terrena las condiciones de sufrimiento. Dios construyó los mundos con arreglo a leyes, y en el cumplimiento de estas leyes consiste al fin y al cabo la verdadera misericordia. Pero el sufrimiento no será eterno como algunas religiones afirman con horrible error por haber perdido el conocimiento de la reencarnación. Las penas solo duran hasta que por falta de nutrición se desintegra la materia grosera del cuerpo astral. Entonces el hombre se ha asimilado la lección y queda libre. Ha comprendido por experiencia la verdad enseñada en el *Bhagavad Gîtâ* de que los contactos de los sentidos son «matrices de dolor». Esta grande y saludable lección queda impresa en el Ego, que vuelve a la tierra con mayor conocimiento y experiencia que cuando de ella se marchó.

Supongamos ahora que durante la vida terrena habéis vencido la concupiscencia y que ya no son capaces los placeres sexuales de halagaros y atraeros. Supongamos que ponéis vuestras complacencias en la música, escultura y pòesia, en todo cuanto despierta nobles emociones. En tal caso seguiréis inclinados después de la muerte a estos delicados placeres, porque habréis vitalizado la sutil porción del cuerpo astral que os capacite para disfrutar de la dicha y felicidad de las nobles emociones durante vuestra permanencia en el mundo astral y pasaréis muy luego al mundo celeste.

Lo mismo ocurre respecto a las investigaciones científicas. Quién vitaliza la parte del cuerpo astral que sirve de puente entre el cuerpo mental y el cuerpo físico, y se aficiona a experimentos científicos *que no dañen a nadie*, contrayéndose a los procedimientos puramente físicos de observación y experiencia, se llevará consigo valioso material al otro mundo. Clifford, Huxley y varios otros científicos de su mismo temperamento, prosiguen esforzándose en auxiliar a los científicos del mundo físico sugiriéndoles invenciones y fructíferos procedimientos de investigación, mediante la fuerza mental que comunican a los cuerpos mentales de los científicos vivientes en la tierra..

Especialmente este es el caso cuando el hombre ha preferido durante la vida terrena la actuación mental y no creyó en la vida de ultratumba. Permanece entonces en contacto con el mundo físico o mejor dicho, con sus aspectos astral y mental,

ayudando a los hombres al cumplimiento de labores provechosas.

También hacen lo mismo los políticos, no entendiendo por tales los que sólo buscan su medro personal, sino los que desinteresadamente aman a su país. Estos hombres suelen permanecer mucho tiempo en el mundo astral, auxiliando a quienes con cuya labor simpatizan. Por ejemplo, mi difunto amigo Carlos Bradlaugh trabaja grandemente en este sentido, y sin embargo, no creía en otra vida, pues como acérrimo materialista se figuraba que al morir todo acabaría para él, sin otro sentimiento que el de no poder terminar su labor en este mundo. Pero Bradlaugh era hombre de noble carácter, de elevados ideales, de profunda abnegación, y recibió su recompensa en el mundo astral sin perder nada de su interés por las cosas útiles, de suerte que continúa auxiliando a las personas que amó en la tierra, e inspira a los estadistas y oradores altos ideales y provechosas modalidades de trabajo. Así prosigue en el mundo astral la labor prematuramente interrumpida en el mundo físico.

El hombre pasa al mundo mental o celeste cuando ya consumió todos los lazos que le relacionaban con los medios de actuar en el mundo físico. Los hombres a que me he referido hubieran pasado rápidamente al mundo mental, a no estar tan ligados a los procedimientos de actuación física. El mundo mental es la tierra nativa, el lugar de nacimiento, la patria del Ego. Según recordaréis que expuse en otra conferencia, el hombre nace en el mundo celeste y sólo se sume

en la vida terrena como el somormujo en el agua. Nuestra verdadera patria es el mundo celeste, la natural morada del Ego, y a este mundo volvemos todos, procedentes de los físico y astral, con objeto de transmutar en facultades intelectuales y morales las experiencias de la misma índole pasadas en ellos. Así el gozo del mundo celeste es el gozo del inegoísta amor a la familia, a los amigos y a la patria, derramado sobre todos aquellos a quienes deseamos servir. Es el gozo de las obras intelectuales, de la intuición profunda, de la elevada emoción estética. Todos estos afectos del ánimo fructifican en el mundo celeste en facultades con las que el hombre volverá a la tierra. La vida celeste lo es de crecimiento y allí se cosecha cuanto de bueno se sembró en la tierra. Sin embargo, nada nos será posible acabar en el mundo celeste que no lo hayamos comenzado en el terrestre. En esto consiste la limitación. No podréis iniciar nuevas modalidades de actividad en el mundo celeste, porque tendréis allí el mismo cuerpo mental que tenéis aquí, aunque sólo os será posible utilizar allí la materia mental que hayáis vitalizado durante vuestra vida terrestre. La ley es ley. Podréis progresar, expandaros y desenvolveros en el mundo mental; pero habéis de empezar en el físico. Así como no puede rendir cosecha un campo sin siembra, así tampoco puede florecer en gozo y fructificar en facultades un cuerpo mental en el que no se hayan sembrado las semillas del esfuerzo mental y moral. Pero ahora podéis sembrar para la futura cosecha y así lo hace el sabio.

Por ejemplo, si os acostumbráis a leer y a reflexionar sobre la lectura de siquiera una página diaria de un libro provechoso que os mueva a pensar y acrezca así vuestra talla mental, allegaréis con ello un tesoro para el cielo donde os aguardará sin que ladrón alguno pueda robarlo ni herrumbre desgastarlo ni polilla consumirlo. Tal como sea la cosecha de vuestros pensamientos será la de vuestro amor. Cuanto más améis en la tierra, mayormente vigorizaréis en el cielo vuestra facultad de amar y más ricos en amor seréis al volver a la tierra.

Pero tened en cuenta que la virtud no recibe por recompensa riquezas ni dichas mundanales. Las gentes suelen olvidar que la virtud tiene por premio el incremento de la misma virtud. La siembra de amor en la tierra significa la cosecha en el cielo en forma de mayor facultad de amar, congénita en el hombre al volver a la tierra. El difunto lord Shaftesbury procuraba continuamente auxiliar al desvalido; siempre pensaba en la miseria del pobre y trataba de remediar al infortunado. En la Cámara de los Comunes abogó en favor de las mujeres y niños que trabajaban en las minas y fábricas, de modo que se promulgasen leyes protectoras contra estos esclavos de la industria. ¿Qué movió a este hombre a obrar con tal filantropía? ¿Por qué, si gozaba de tan alta y cómoda posición social, se preocupó del mejoramiento de las miserables capas sociales? ¿Por qué durante su larga vida quiso siempre auxiliar al menesteroso? El amor que trajo al nacer era el resultado obtenido en la vida ce-

leste, de la vigorización del amor engendrado en otro tiempo por modestos servicios. Así como el arquitecto traza su plan, así también el Ego traza en el cielo los planes de su futura obra. El mundo físico es el lugar de la acción, donde se levanta el edificio; y el mundo celeste es el lugar donde se traza el proyecto, el mundo del pensamiento. Los materiales nos los llevamos de la pasada vida terrena y volvemos a la tierra para realizar lo proyectado en el cielo.

Así vivís siempre en tres mundos, aunque ahora sois inconscientes de los astral y mental en que actuaréis conscientemente después de la muerte, y en los que si queréis también podréis ser conscientes antes de morir. Con todo, no digo que sea tarea fácil este desenvolvimiento de la conciencia. Os engañaría si os dijese que podéis desenvolverla sin trabajo, sin vigoroso y persistente esfuerzo. Pero lo mismo ocurre en todas las ciencias o adquisiciones de conocimiento. Si alguien me preguntara si podría llegar a ser insigne matemático, le respondería que ante todo habría de tener alguna aptitud congénita para las matemáticas y después dedicarse asiduamente al estudio para llegar a ser con el tiempo un buen matemático.

El éxito en la vida terrena requiere que el individuo nazca con alguna facultad congénita que día tras día, a copia de tiempo y trabajo, se vaya cultivando y creciendo. Al efecto, se necesita voluntad inquebrantable y firme perseverancia. Por lo tanto, si poseéis determinada facultad y la vigorizáis con tiempo y perseverancia, podréis

hacer lo que otros hicieron y vivir conscientemente en los tres mundos en que estáis. Pensad que esto significa el prevalecimiento contra la muerte, que ya no podrá separar corazón de corazón ni vida de vida. Significa el perpetuo enlace comunicativo con las personas amadas. Significa también que no os habéis de afligir ni apesadumbrar por los cuidados de la tierra, pues vivís en tres mundos y la tierra sólo es uno de ellos. Si fracasáis en la obra terrena, tenéis vuestra labor en los otros dos mundos donde no lograrán estorbaros los impedimentos del mundo físico.

Todo esto denota la abundancia y plenitud de la vida, pues os da por reino tres mundos en vez de uno. Así puede aplicarse a cada cual de nosotros lo que de los niños dijo Cristo la última vez que estuvo en la tierra: «Mirad, no tengáis en poco a algunos de estos pequeños: porque os digo que sus ángeles en los cielos ven siempre la faz de mi Padre». (Mateo 18 : 10.) Porque ¿cuál es el ángel del niño o del hombre? El Yo superior, la conciencia espiritual que constantemente mora en los lugares celestes aunque el sonido de su voz se pierda a menudo entre los estrépitos mundanales. No podríais oír los dulces sonos del tímpano entre la baraúnda de un mercado. No podríais escuchar las suaves vibraciones del violín entre los ruidos de tranvías y coches callejeros. Así también sucede con la delicada voz de la íntima conciencia, el exquisito son del Espíritu, simbolizado por los induistas en el caramillo de Shrí Krishna, que atraía a cuantos lo escuchaban. Lo tañía en

los campos junto a las aguas corrientes, en las faldas de los montes, en las frondosas florestas donde jugueteaban los cervatillos y pacían las vacas. Porque el hombre no puede oír entre los torbellinos mundanos, entre los gentíos de las ciudades la voz del íntimo Yo. Ha de buscarla en el silencio donde no apagan su son los ásperos rumbos de la tierra.

Pero también es verdad que una vez hayáis aprendido a escucharla, nunca jamás ensordecen para ella vuestros oídos y la podréis oír aun en medio del estrépito de la vida mundana. Se necesita esfuerzo para abrir los oídos y los ojos internos; pero luego de abiertos ya nunca más volverán a cerrarse.

Terminaremos nuestra tarea con esta gran lección: que nuestra vida está llena de espléndidas posibilidades; que todos somos Espíritus que se van desenvolviendo en cuerpos evolucionantes; que a medida que el Espíritu va manifestando sus potencias, modela los cuerpos en que actúa; que el pensamiento, la energía creadora, es el cincel con que el Espíritu esculpe sus cuerpos.

¡Oh! si alcanzárais a ver con los ojos internos y no tan sólo con los corporales. ¡Oh! si pudiérais realizar en la vida espiritual lo que el insigne artista realiza en la vida artística cuando el gran impulso creador desciende desde las celestes esferas a su cerebro. Preguntad al músico y os dirá que ha oído sus más embelesadoras melodías en otro mundo, y que se limita a entonar aquí en la tierra en pobres notas sucesivas la música que allá oyó en magnífico conjunto multi-

corde y no en lenta sucesión. Así lo refería Mozart al contar sus maravillosas experiencias.

Preguntadle al escultor qué hace cuando labra el toscó témpano de mármol con el creador impulso que al cincel imprime. Os responderá que ya ve dentro del mármol la futura estatua, y que su labor sólo se reduce a eliminar el mármol sobrante que encubre la Belleza oculta a la ordinaria vista del hombre.

¡Oh! amigos míos. Tal es también la obra de vuestro interno Dios, del Artista inmortal, de la misma Belleza que dentro de la forma del cuerpo mora oculta a la vista de los ojos carnales y sólo perceptible a los del vidente.

El Espíritu que en vuestro interior reside es el escultor que elimina el grosero mármol sobrante en la pulimentada estatua de sí mismo, del íntimo Dios. Es el músico que oye la música celeste y debe entonarla de modo que todos puedan escuchar su armonía. Lo que os toca hacer es arrancar el mármol del yo inferior, y con el cincel de la voluntad y el martillo del pensamiento eliminar la materia que encubre la Belleza de vuestro interior. Habéis de manifestar en toda su gloria y esplendor el Dios interno que ilumine el mundo en que vivís. Sois hijos del cielo que habitáis en la tierra. Sois Dioses en formación y sin embargo os portáis a veces como los brutos animales. Sois divinos, no solamente humanos; ¿por qué no alzados a la altura de vuestras espléndidas posibilidades? Sois de regia estirpe, hijos de un Rey; ¿por qué no os convencéis de vuestra naturaleza y reclamáis vuestra primogenitura? Sois hijos del

Rey inmortal, y no obstante, muchos de vosotros arrastráis por el suelo los andrajos de basureros de la tierra. Sobre vuestras cabezas brilla la corona; ¿por qué no la ceñís? Vacante está vuestro trono: ¿por qué no subís a él y gobernáis el reino que os pertenece? ¿Por qué no asumís vuestra primogenitura como Hijos de Dios y levantando los ojos reclamáis vuestra herencia?

FIN

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Prefacio</i>	5
Capítulo I.— <i>¿Qué es la Teosofía?</i> .	7
Capítulo II.— <i>La Escala de Vidas</i> . .	25
Capítulo III.— <i>La reencarnación y su necesidad</i>	47
Capítulo IV.— <i>La reencarnación y los problemas de la vida</i>	73
Capítulo V.— <i>La ley de acción y reacción</i>	99
Capítulo VI.— <i>La vida del hombre en los tres mundos</i>	125

ESTUDIO GRADUADO DE LAS ENSEÑANZAS TEOSÓFICAS

Obras Elementales de preparación y exposición doctrinal

- | | |
|--|---|
| Leadbeater
Bosquejo Teosófico. | Courmes
Cuestionario Teosófico Elemental |
| Besant
Manual Teosófico.
Lecturas populares sobre Teosofía. | Walter Old
Lo que es la Teosofía. |
| Leadbeater
Vislumbres de Ocultismo. | Pascal
Ensayo sobre la evolución humana. |
| Chatterji
Filosofía Esotérica de la India.
(agotada). | Sinnet
El Budhismo Esotérico. |
| Mario Roso de Luna
Hacia la Gnosis.
En el Umbral del Misterio.
Conferencias Teosóficas dadas en América del Sud (2 tomos). | Leadbeater
El Pensamiento, su poder y empleo. |
| Nemo
Cartas Rosacruces. | Besant
La Sabiduría Antigua. |
| | Falls Wrieth
Bosquejo de los principios de la Teosofía moderna (agotada). |

De estudio más avanzado

- | | |
|---|--|
| Besant
El Poder del Pensamiento, su dominio y cultura. | Besant
La Evolución de la Vida y de la Forma. |
| Leadbeater
El más allá de la muerte.
El Plano Astral y el Devachán.
Protectores invisibles. | Dunlop
La Glificia de la Inmortalidad. |
| Besant
El Yoga y el Hombre perfecto.
El hombre y sus cuerpos.
Reencarnación.
Karma. | Pascal
Las Leyes del Destino.
Historia del Alma. |
| | Sinnet
El Mundo Oculto (2 tomos). |
| | Blavatsky
La Clave de la Teosofía.
Isis sin Velo (4 tomos). |

De estudio superior

- | | |
|---|--|
| Leadbeater
El Hombre Visible e Invisible, ilustrada con láminas en colores. (agotada).
Maestros y discípulos.
El Fuego Serpentino. | La Vida Interna (2 tomos).
Los Espíritus de la naturaleza.
Besant y Leadbeater
Formas del Pensamiento.
El Hombre. ¿De dónde y cómo vino? ¿A dónde va? |
|---|--|

Besant

La Sabiduría de los Upanishads.
Genealogía del Hombre.
Estudio sobre la conciencia.
Introducción al Yoga.

Blavatsky

La Doctrina Secreta. Obra capital (8 tomos).

OBRAS DE ESTUDIOS ESPECIALES Y COMPLEMENTARIOS

Soria y Matas

Origen Poliédrico de las Especies (1 tomo, agotada).
Contribución al Origen Poliédrico de las Especies (2 tomos, agotada).

M. Collins

El Despertar.

S. Corbett

Educación del Carácter.

Crepieux

La Escritura y el Carácter.

Dos Chelas

El Hombre; fragmentos de una historia olvidada.

Eliphas Levi

Dogma y Ritual de Alta Magia (2 tomos)

Hartmann

Magia Blanca y Negra.
Ciencia Oculta en Medicina.
Vida de Jehoshua.
Doctrina del Conocimiento.

Jyotis Pracham

El Misterio de la Vida a la luz del Orientalismo.

Hartmann

Los Elementales.

Johnston

Memoria de los nacimientos pasados.

Un Lama

La Barbarie Cristiana en Europa.

Un Lama

La Teosofía predicada por Jesucristo.

Leadbeater

Clarividencia y Clariaudiencia.
Nuestra relación con los niños.
Las últimas treinta vidas de Alcione.

Sinnett

El sistema al cual pertenecemos.

Mead

Apolonio de Tyana.

Champourcin

¿Qué es la Grafología? (agotada).

Mulford

Nuestras fuerzas mentales (4 tomos).

Vivekananda

Filosofía Yoga.

Manuel Treviño

La Escritura Egipcia.

Trine

El Respeto a todo ser viviente.

Scott Elliott

Historia de los Atlantes (4 mapas).
La pérdida Lemuria (2 mapas).

Bhagavan Das

La Ciencia de las Emociones.
La Ciencia de la organización social.

DE MISTICISMO Y OCULTISMO

Besant

El Bhagavad Gita.
El Sendero de la Iniciación.
El Sendero del discipulado.
Hacia el Templo.
Las Leyes de la Vida Superior.
Los Tres Senderos de perfección
Doctrina del Corazón.

Blavatsky

La Voz del Silencio.

Mabel Collins

Por las puertas de Oro.
Luz en el Sendero.
Guirnalda de Amor.

Krishnamurti (Alcione)

A los pies del Maestro.

Hartmann

Guía en lo Espiritual.

Molinos

Guía Espiritual.

Jasper Niemand

Cartas que me han ayudado.

Roviralta

El Bhagavad Gita.

Trine

En Armonía con el Infinito.
El Credo del Caminante.

Urbano (Rafael)

El Dhammapada (El Evangelio Budista) y el Nárada Sûtra.

Steiner (Rodolfo)

La Iniciación.

Gerling

Ojeadas en el Santuario.

Dacier

Pitágoras y sus «Versos Dorados».

DE ESTUDIOS SOBRE RELIGIONES

Besant

El Cristianismo Esotérico.
Siete grandes Religiones.

Leadbeater

El Credo Cristiano.

Arnould

Creencias fundamentales del Budismo.

Sri Sankaracharya

Su Vida, su Época y sus Doctrinas

S. D. D.

La Magia Egipcia.
Los Vedas (sinopsis).

Schuré

Los Grandes Iniciados.

Mahoma

El Corán.

NOVELAS OCULTISTAS

Lionel Dalsace

Deuda Fatal.

Mabel Collins

Historia de una maga negra.

Quien siembra recoge.

Bulwer Lytton

Zanoni
La Raza Futura.

DE VEGETARISMO Y NATURISMO

Leadbeater

Vegetarismo y Ocultismo.

Julio Grand

Filosofía de la Alimentación.

Sansón

Cocina Vegetariana.

Fernando Carbonell

El Vegetarianismo teórico y práctico (Cocina Vegetariana).
(agotada).

La BIBLIOTECA ORIENTALISTA remite gratis catálogos de obras teosóficas con sólo avisarlo a Barcelona-España, Princesa, n.º 14.

REVISTAS TEOSÓFICAS

que se publican en español y en portugués

LA ESTRELLA DE OCCIDENTE.—*Buenos Aires*: Suipacha, 732.

VIRYA.—*San José de Costa Rica*: Apartado, 220.

AMOR BAHIA.—*Brasil*: Rua da Montanha, 116.

NUEVA LUZ.—*Santiago de Chile*: Administración, Casilla 3794.

O THEOSOPHISTA.—*Rio de Janeiro*: Rua de 1.º de Março, 51.

ALMA.—*Porto Alegre-Brasil*: Rua Benjamín Constant, 196.

EL LOTO BLANCO.—*Barcelona* (España): Princesa, 14.

REVISTA TEOSÓFICA.—*Habana*: Apartado, 965.

ZANONI.—*Sevilla* (España): San Luis, 12.

LA ESTRELLA DE ORIENTE.—*Managua* (Nicaragua): 5.ª Calle Norte, n.º 102

OBJETOS DE LA "SOCIEDAD TEOSÓFICA"

Los objetos de la Sociedad Teosófica, son los tres siguientes:

1.º Formar el núcleo de una Fraternidad universal de la Humanidad, sin distinción de raza, credo, sexo, casta o color.

2.º Fomentar el estudio de las literaturas, religiones, filosofías y ciencias de los arios y demás pueblos orientales, demostrando la importancia de dicho estudio.

3.º Investigar las leyes inexplicables de la Naturaleza, y los poderes psíquicos latentes en el hombre.